

**LOS “PÁJAROS” Y LA VIOLENCIA EN COLOMBIA. UN ANÁLISIS DESDE LA
HISTORIA Y LA LITERATURA**

MATEO RODRÍGUEZ MACHADO

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA
MEDELLÍN**

2018



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**
1 8 0 3

LOS “PÁJAROS” Y LA VIOLENCIA EN COLOMBIA. UN ANÁLISIS DESDE LA
HISTORIA Y LA LITERATURA

MATEO RODRÍGUEZ MACHADO

Monografía para optar al título de Historiador

Asesor:

ANDRÉS LÓPEZ BERMÚDEZ

Historiador, Mg. en Ciencia Política, Doctor en Literatura

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA
MEDELLÍN

2018

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en primer lugar a mi familia por el apoyo incondicional que siempre me han dado, a mi madre Rosa y a mi hermana Isabella. A la Universidad de Antioquia por las herramientas formadoras que me ha brindado, y a mi asesor Andrés López Bermúdez, por su entrega, escucha y paciencia.

A las personas que ayudaron en el desarrollo del presente estudio, de manera directa o indirecta, con sus lecturas, recomendaciones y apoyo. Para ellos una especial dedicatoria y un especial agradecimiento.

RESUMEN

El presente trabajo examina relaciones entre el discurso histórico y el discurso literario. A partir de narraciones escritas por autores de mediados del siglo XX, se aviene a un ámbito de reflexión ya explorado por investigaciones precedentes, pero todavía rico en facetas relacionadas con un horizonte analítico concreto: la descripción literaria de una época, recordada también como cruenta por la historiografía colombiana. Analiza diferentes textos literarios que hicieron mención expresa de la presencia y el accionar del grupo de los “Pájaros”, en la región del Valle del Cauca y zonas adyacentes. El análisis formulado se adentra en el entramado social de la época, buscando descubrir la manera en que diferentes grupos sociales se vincularon a las dinámicas de la Violencia bipartidista (1946-1965) y al contenido distintivo de ese entorno, abiertamente caracterizado por amenazas, asesinatos, robos y torturas ejecutadas por los “Pájaros” ante la mirada estremecida de diferentes literatos, quienes aportaron su percepción y testimonio. Tras revisar la producción historiográfica esencial relacionada con aquel período, y compararla con la literatura centrada en describirlo e interpretarlo desde una perspectiva crítica, el fenómeno de la Violencia se cargó sin embargo de detalles narrativos dotados de un dramatismo espeluznante, quizás más pronunciado en la literatura que en las fuentes históricas propiamente dichas. Apelando a una expresividad y un sentido vívido —que en ocasiones raya con la morbosidad inherente al correr mismo de la sangre—, no solo buscó como lo hace la historiografía informar rigurosa y pertinentemente sobre un fenómeno social, sino que recurrió con tinte acentuado al ámbito sensible de lo humano, aludiendo a un horizonte humano degradado, tipificado en suma por la deshumanización del contradictor político y/o social, que, paradójicamente, resultaba en última instancia tan nacido en Colombia como el perpetrador de los inefables actos violentos.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
1-Historia y literatura: una relación problemática	12
1.1: Discurso histórico y discurso literario	16
1.2: Importancia de la Literatura para la Historia.....	23
2 -Aspectos generales sobre la Violencia en Colombia	29
2.1: Antecedentes	31
2.2: Narrativas de la Violencia	38
2.3: Primeros relatos sobre la Violencia.....	42
2.4: Perspectivas y tipos de violencia	47
3-Los “Pájaros” en la historia de La Violencia en Colombia	53
3.1 El Valle del Cauca y sus condiciones económicas y sociales	56
3.2 La “conservativización” del Valle. Una lucha a sangre y fuego	61
3.3 El “Cóndor” León María Lozano y su accionar	68
3.4 El ocaso. Rupturas con el gobierno y caída de Gustavo Rojas Pinilla	78
3.5: Fin de los “Pájaros” y consideraciones.....	83
4-Los “Pájaros” en las letras colombianas	92
4.1 Arturo Álape, “Noche de Pájaros”. Una descripción y un testigo oculto	93
4.2: Gustavo Álvarez Gardeazábal, una versión “parroquiana” de los “Pájaros”	99
4.3 Daniel Caicedo, “Viento seco”. La novela realista como testimonio	107
4.4: Hernando Téllez, “Cenizas para el viento”. Una mirada crítica y humana a la violencia política bipartidista	118
CONSIDERACIONES FINALES	124
Fuentes y Bibliografía	128

LISTA DE MAPAS, ILUSTRACIONES Y TABLAS

Mapa 1. Mapa del Valle del Cauca. Instituto geográfico Agustín Codazzi.	57
Mapa 2. Mapa de incidencia de los “Pájaros”	75
Ilustración 1. Rondón. Estampa pre-panamericana por Rondón. Revista Credencial Historia. No 25. Bogotá, mayo 2000. p. 12.	82
Ilustración 2. Pedro Alcántara. El martirio agiganta a los hombres raíz. Cali. 1966.	94
Tabla 1. Algunas obras literarias destacadas sobre la Violencia en Colombia, producidas entre 1948-1984	45
Tabla 2. Principales masacres de los “Pájaros” en el Valle del Cauca. 1948-1952	77
Tabla 3. Los “Pájaros” y sus zonas de operación en el Valle del Cauca	87

INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo XX en Colombia se daría inicio a una época tristemente célebre, conocida en la historiografía nacional como “La Violencia”. Dicho período, estuvo marcado por las tensiones políticas existentes entre los partidos tradicionales de aquel momento, esto es, entre el partido liberal y el conservador, quienes se debatían de manera abierta sobre cómo y quién debía sostener el poder y el destino del país, y que en esa búsqueda, dejaron como saldo alrededor de 300.000 muertos a lo largo y ancho de Colombia entre 1946 y 1960. Dentro de este periodo, se destacaron grupos armados, como los “Pájaros” y los “Chulavitas”, quienes defendieron a ultranza las proclamas del Partido conservador, incluso, dándose a la tarea de eliminar sistemáticamente a sus adversarios políticos, en el contexto de un indeseable reconocimiento público de su saña, sevicia y crueldad, presente en su modo de actuar.

Debido a las implicaciones y a la magnitud y complejidad del fenómeno en Colombia, son diversas las obras que al respecto se han escrito. Existe una considerable producción historiográfica sobre la Violencia, sus protagonistas, causas y consecuencias, como también, atinente a la acción desempeñada por diversos sectores de la población.¹ Muchos de estos

¹ Los siguientes libros permiten comprender y acercarse de manera amplia al fenómeno en cuestión, analizando causas, actores y consecuencias: Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (Bogotá: Círculo de lectores, 1988); James D Henderson, *Cuando Colombia se desangró: un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia* (Bogotá: Ancora Editores, 1984); Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, *Estado y subversión en Colombia, la violencia en el Quindío años 50* (Bogotá: CEREC, 1985); Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953* (Bogotá: Siglo XXI, 1987); Gonzalo Sánchez, *Bandoleros, gamonales y campesinos* (Bogotá: Ancora Editores, 1983); Eric J. Hobsbawm, *Ensayos sobre la violencia* (Bogotá: CEREC, 1985); Darío Betancourt Echeverry, Martha García, *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el Occidente colombiano* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990); Jhony Delgado Madroñero, *Como el ave fénix. La Violencia política colombiana 1946-1966* (Bogotá: Allahu Akbar, 2014)

estudios, entre sus múltiples afirmaciones, concuerdan en señalar lo complejo y amplio que resultan los estudios al respecto en el país, ya que se entiende, que no es solamente un tipo particular de violencia que se produjo, sino que se manifestaron distintos tipos de violencias, para la misma época, en diversos lugares de Colombia.

En el caso específico de la violencia desatada en el Norte del Valle del Cauca, los “Pájaros” son reconocidos, tanto por la historiografía de las disciplinas sociales, así como por las aportaciones literarias, en ser los pioneros en llevar a cabo acciones violentas, al igual que por mantener indudable y triste influencia en departamentos como Caldas, Tolima y Quindío. Su accionar se encuentra reflejado en diversas fuentes, desde la oficial hasta la prensa no censurada de la época, y desde testimonios hasta llegar finalmente a la literatura. Esta última, posee un valor especial a la hora de hablar de dichos actores, ya que las narraciones literarias producidas se constituyen en una fuente que resiste al olvido y se configuran así mismo en un documento histórico de importancia, al momento de dar luz sobre los elementos que sirven para analizar diversos procesos sociales, así como para caracterizar a sus protagonistas: quiénes eran y cómo actuaban.²

Dichas obras literarias, abren una nueva vía para dar interpretación a zonas históricas que no han sido suficientemente analizadas por la historiografía. Por tanto, este trabajo pretende examinar los textos literarios sobre los “Pájaros” y su accionar, escritos a lo largo de la

² Véase: Leo Löwenthal, “Tareas de la sociología de la Literatura (1948)”. [Traducción de Juan Guillermo Gómez García] *Utopía Siglo XXI*, Vol. 1, No. 3, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, enero-junio de 1998.

segunda mitad del siglo XX. Esta reflexión, servirá para acercarse al grupo en cuestión, desde la perspectiva de las víctimas, de los relatos que no saltaron a la prensa y de las acciones violentas que llevó a cabo este grupo entre las décadas de 1940 y 1950. Todas ellas son situaciones que no se reconocen en el discurso oficial, al menos de manera suficiente.

Este análisis, considerará los puntos de encuentro entre el discurso literario y el discurso histórico. Los dos, entendidos como formas del lenguaje, que aspiran a representar realidades específicas en un espacio y tiempo determinado. De igual modo, se reconocerán las fronteras y límites que existen, en efecto, entre los dos discursos.

Para el análisis de la literatura, se efectuará un examen de la novela y su relación con la historia, ya que, desde la apropiación de un pasado fragmentado y dilatado, se ofrece una apropiación nostálgica que se somete al recuerdo, al juicio político de los hechos desde una mirada específica, otorgando a la oralidad una puesta en escena permanente y protagónica que, a la vez, toma cierta distancia del discurso historiográfico tradicional, que no es dado a ahondar mucho en los detalles.

Sin embargo, la novela y el cuento no es la única fuente primaria. También, se recurrió a la prensa no censurada de la época, así como relatos de corte testimonial recogidos años después, artículos de revista y proclamas oficiales. Dichas referencias, de igual manera se encuentran fragmentadas (y en muchos casos politizadas por los dirigentes de turno), por lo

que al escribir estas páginas se obró con cautela sobre dichos documentos, confrontando ideas y posturas.³

Los cuatro capítulos que comprende esta investigación reflejarán varios asuntos. Por tanto, el lector hallará unidades temáticas, que abordan cuestiones diversas, desde generalidades propias de la Violencia, hasta relatos, cuentos y novelas que se exponen en el último capítulo.

El primer capítulo expondrá los referentes teóricos que permiten hacer un análisis de una obra literaria. Se hablará de los conceptos de historia y literatura. De igual modo, se hará una relación entre ambas, destacando también sus marcadas diferencias y sus puntos en común, así como la importancia de la literatura para la historia. Al respecto, se traen a colación los aportes de diversos investigadores y su visión de la literatura como complemento, revisión e interpretación de la historia, al igual que los postulados teóricos que expresan referentes sobre el tema, tales como: Pierre Gilhodés, Paul Ricoeur, Roland Barthes, Michel de Certau⁴, entre otros.

³ “La tendencia reciente a romper con el positivismo cientificista y el estructuralismo ha obligado al historiador a revisar y repensar las fuentes y los enfoques tradicionalmente empleados para su oficio”. Ana Carolina Ibarra, “Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia. Discusiones recientes”, *Instituto de investigaciones históricas UNAM*, 2007, P 2. <http://ignorantisimo.free.fr/CELA/docs/Ana%20Carolina%20Ibarra%20-%20ENTRE%20LA%20HISTORIA%20Y%20LA%20MEMORIA.pdf> (22/08/2017)

⁴ Pierre Gilhodes. “La violencia en Colombia; bandolerismo y guerra social”, Eric J. Hobsbawm, *Once ensayos sobre la violencia* (Bogotá: Cerec, 1985); Paul Ricoeur. *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010); Roland Barthes. “El discurso de la historia”, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* (Barcelona: Paidós, 1994); Michel De Certau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1999)

En el segundo capítulo, se mostrarán brevemente los antecedentes de la Violencia en Colombia, de donde se desprendieron los detonantes más inmediatos del conflicto a partir de El Bogotazo”. También, se realizará un análisis de las narrativas de la violencia, para captar lo que éstas han descrito, los diversos tipos de violencia que se suelen presentar y cómo inscribir dichos relatos en un análisis pertinente de protagonistas.

En el tercer capítulo, se analiza el ser y el accionar de los “Pájaros” en la historia de la Violencia en Colombia. Las condiciones contextuales existentes en el Valle del Cauca, las causas del surgimiento de dicho grupo, sus zonas de operación, lo mismo que una descripción de sus líderes, destacando a su máximo cabecilla, León María Lozano.

En el cuarto y último capítulo, el lector encontrará una panorámica descriptiva y analítica de las obras literarias seleccionadas, observando las luces que brindan sobre la vida y accionar de los “Pájaros”. Se analizarán diferentes aspectos, puntos de encuentro (y dispersión) que se posibilitan. Esto contribuirá a un acercamiento de lo que en verdad representaron los “Pájaros” en el imaginario social. Servirá este capítulo también, para dar una mirada a las masacres, y a otros hechos que indiscriminadamente afectaron a un grueso importante de la población.

Por último, se presentan unas consideraciones esenciales que le permitirán al lector comprender cómo la literatura sobre los “Pájaros” presenta diversas motivaciones, historias

y caracterizaciones del mismo grupo muy variables, pero que conllevan un valor indudable de importancia para el estudio de la Violencia en Colombia.

1-Historia y literatura: una relación problemática

“Si nos abocamos a analizar el texto histórico desde un punto de vista formalista, estos, como un artefacto verbal, veremos que historiadores y novelistas desean lo mismo: proporcionarnos una imagen verbal de la realidad”.⁵

Verónica Tozzi⁶

Tanto historia y literatura⁷ se relacionan en primer lugar porque ambas son formas de lenguaje. Es cierto que la historia, tiene una metodología y unas maneras de escribirse que le son propias, que tiene el reto de mostrar “verazmente” que el texto expuesto no es producto de la imaginación y que procura a su vez sustentar en documentos válidos la interpretación histórica. Sin embargo y a pesar de su carácter formal y veraz, la historia sigue siendo una narración, que al igual que la literatura, tiene como objeto la actividad humana. Tanto el

⁵ Verónica Tozzi, “Prólogo”, Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (Barcelona: Paidós, 2003) 18-19.

⁶ Profesora argentina de Filosofía de las Ciencias Sociales y Filosofía de la historia. UBA-UNTREF. Investigadora principal CONICET -Epistemología y Filosofía de la historia. Su investigación ha discurrido en la identificación, evaluación y aplicación de instrumentos metahistóricos a la hora de capturar los aspectos no negociables e irreductibles en las disputas historiográficas. Es referente en el habla hispana de la obra del filósofo de la historia Hayden White, de su propuesta tropológica y de su despliegue del "realismo figural" para la reconstrucción precisa de las controversias sobre el pasado tanto en la disciplina como en las políticas de la memoria.

⁷ Se hace referencia en el presente trabajo a la historia, como la disciplina que estudia al hombre en el pasado, esto a la manera de un “estudio científicamente elaborado”, como lo afirma Marc Bloch. Y se refiere a la literatura como la función estética de la palabra para dar testimonio de ideas, o elementos estéticos y éticos alusivos a la vida de personas y sociedades tanto en el plano de la realidad como en el de la ficción. Posteriormente se ahondará en ambos términos.

literato, como el historiador hacen un proceso de selección, organización de sus fuentes y posteriormente un proceso escriturario.⁸

En el mundo científico, todo historiador utiliza un lenguaje técnico que, en la mayoría de los casos, se desprende del lenguaje artístico que puede embellecer su obra desde el punto de vista estético, además de brindar la posibilidad de ofrecer un conjunto de elementos históricos y culturales que ayudan a lograr una mayor comprensión de la realidad histórico-concreta que trata, o de la cual hace alusión. La literatura por tanto en sí misma nunca es historia porque sólo existe en el acto de la escritura y en el acto de la lectura. El texto literario es un conjunto estructurado de enunciados, fijados por símbolos, que tiene capacidad para evocar su propia realidad dentro de una unidad sistemática o de estilo. La palabra literaria tiene autonomía significativa porque no requiere que esté determinada por referentes reales; el texto literario crea un universo de ficción que sólo depende del contexto literario. El discurso literario tiene, en efecto, la propiedad de crear a través del mismo mensaje su propia realidad.⁹

Sin embargo, la distinción entre ambas ha hecho pensar que la historia se reviste como una representación fidedigna de la realidad, mientras que la literatura, se ve como un producto ficcionado de la realidad, en la que la imaginación cobra un papel preponderante. En este

⁸ Paul Ricoeur dice en su ensayo *Relato, historia y ficción*, su punto de vista sobre la narratividad en la que confluyen tanto el discurso del historiador como del literato, que “las frases narrativas [aún antes de concernir al discurso narrativo] son clases de frases que se pueden encontrar en los relatos de cualquier tipo, comprendidos en el lenguaje ordinario; ellas se refieren a dos acontecimientos separados en el tiempo, aunque describan solamente al primero de ellos”. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010) 189-236.

⁹ Roland Barthes, “El discurso de la historia”, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* (Barcelona: Paidós, 1987) 164.

sentido, el historiador se siente en la mayoría de los casos, ciertamente comprometido con la verdad, o con al menos, una aspiración o acercamiento a lo “real”, por lo que puede llegar a desdeñar de la literatura, ya que esta parte de la imaginación y no necesariamente se encuentra sustentada en fuentes documentales reales, que permitan verificar un hecho en el tiempo.

“La relación entre discurso literario e historiográfico es problemática y compleja como se expone en la Poética de Aristóteles¹⁰: la diferencia entre historia y ficción se expresa en términos de la veracidad de los sucesos: mientras la historia narra lo sucedido, una verdad particular, la poesía cuenta lo que podría suceder, fingiendo e inventando una verdad más filosófica o general.”¹¹ Ahora bien, a pesar de lo anterior¹², la historia ha contado para su composición con hechos que hacen parte de lo supuesto o inventado, puesto que, y a pesar de todos los esfuerzos por conservar la memoria de los pueblos y civilizaciones del pasado, se carece en algunos casos de documentos precisos o específicos, que permitan narrar la total veracidad de los hechos. Por ello mismo, es que se hace menester la reescritura de la historia, esto como una manera de reconocer que siempre hay una renovación en la interpretación de la documentación, en los testimonios, en las fuentes orales y escritas, así como en la teoría y la metodología de la historia. La historia debe ser entonces reconstruida entendiendo por esto

¹⁰ Según Aristóteles, la *mimesis* no es solamente una copia de la realidad, sino también una creación producida desde la realidad. Por ende, la ficción también es una representación de lo real, lo que la transforma en una manera de mostrar el mundo. En la *Poética*, Aristóteles otorga a la poesía características más de índole filosófica y elevada que la misma historia, ya que según él expresa lo universal y lo que debe ser. La poesía es imitación de la realidad sensible que toma un aspecto espiritual. Véase: Aristóteles, *Poética* (Madrid: Editorial Gredos, 1992) 12-20.

¹¹ María Isabel Larrea, “Historia y literatura en la narrativa hispanoamericana”, *Documentos Lingüísticos y Literarios*, 17-19 octubre, 2003-2004, no. 26-27.
www.humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/document.php?id=44 (12/10/2016)

¹² Esto lo controvierte Octavio Paz en su texto *Sor Juana Inés de la Cruz y las trampas de la fe*. Allí se muestra en primera fase que lo ficcional no es del todo irreal porque de haberlo pensado alguien, ya forma parte de la realidad de ese alguien, que a su vez forma parte de un contexto histórico y social específico. Véase: Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (México: Fondo de Cultura Económica, 1983)

que debe “imaginar y conceptualizar sus objetos de interés antes de poder proceder a aplicarles los tipos de procedimientos que desea usar para explicarlos o comprenderlos”.¹³

En contraste, se debe entender que, como lo afirma Hayden White, “El discurso, en una palabra, es en esencia una empresa mediadora. Como tal, es tanto interpretativo como pre-interpretativo; trata siempre tanto sobre la naturaleza de la interpretación misma como sobre el tema que le presenta la ocasión manifiesta para su propia elaboración”¹⁴. En síntesis, debe reconocerse la relación existente entre historia y literatura, como una forma de interpretar una realidad específica, de manera discursiva o de relato. Esto, siguiendo las palabras de Paul Ricoeur, al afirmar que cualquier historia, aun la más “alejada de las formas narrativas sigue estando vinculada a la comprensión narrativa sin que pierda su carácter científico”¹⁵. La historia, por tanto, es una operación del lenguaje.

¹³ White 44.

¹⁴ White 69.

¹⁵ White 78.

1.1: Discurso histórico y discurso literario

Puede afirmarse que todas las sociedades humanas producen prácticas discursivas a lo largo del tiempo, que dan un recuento general del carácter social e histórico de las mismas. Es, por tanto, una práctica antigua, tanto como la humanidad, y que se vuelve compleja según las sociedades, sus contextos y sus individuos.

Como lo señala el investigador Leonardo Perdomo: “En síntesis, la escritura de la historia ya sea en la novela o en un ensayo historiográfico, intenta entender el pasado para aprender de él y así comprender los procesos que contribuyeron a formar las sociedades actuales. Sin embargo, aunque los límites semánticos de ambos conceptos son algo confusos, se puede encontrar una distinción en las intenciones del texto y no en las intenciones del escritor.”¹⁶ Por tanto, se reconoce la particularidad de los relatos y su intencionalidad, más allá de los deseos o intereses de su autor. Dicha tensión entre la narrativización de la historia, su posible carácter ficticio y la veracidad de la literatura se ha sostenido durante años. El boom de la novela histórica actual¹⁷ contribuye a aminorar estas diferencias entre historia y literatura, a la vez que proporciona una voz a los vacíos de la historiografía. En este sentido, la novela histórica de fines del siglo XX apela a una serie de temas recurrentes, tales como la reescritura

¹⁶ William Leonardo Perdomo Vanegas, “El discurso literario y el discurso histórico en la novela histórica”, *Literatura y lingüística*, 2014, no, 30. p 10-15. http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-58112014000200002#n1 (1/11/2016)

¹⁷ La novela histórica narra acontecimientos ambientados en circunstancias reales y concretas del pasado, por lo que es frecuente la aparición de personajes históricos auténticos, y la estructura narrativa, se asemeja mucho (en algunos casos) a lo que pudo haber ocurrido en realidad. Para un ejemplo de la novela histórica actual en Colombia, véase: Pablo Montoya, *Tríptico de la infamia* (Bogotá: Penguin Random House, 2014)

histórica, y en el caso de la literatura en español, las historias del descubrimiento, conquista y posterior colonización de América.

Ahora bien, para delimitar la acepción del discurso, se han de tener en cuenta tres características que son comunes en la definición del mismo. En primer lugar, se reconoce su sentido histórico, seguido del sentido de la práctica que contiene y por último las condiciones que lo identifican como un hecho social. Respecto a lo primero, hay que decir que el discurso es esencialmente histórico, ya que se constituye por acontecimientos y no se analiza por fuera del tiempo en el cual se manifestó. Esta primera premisa es fundamental e imprescindible en el discurso, ya que permite observar las circunstancias en las que surgen los diversos discursos, porque el acontecer histórico es su nicho, su fuente de producción, y ésta permite a su vez, comprenderlo y explicarlo. “El discurso, a diferencia quizá de la lengua, es esencialmente histórico, (...) constituido por acontecimientos reales y sucesivos, que no se pueden analizar fuera del tiempo en el que se manifestó”.¹⁸

Por otro lado, el sentido de la práctica que tiene el discurso hace alusión a su existencia en el seno de múltiples prácticas influidas por la sociedad, las cuales son transformadas, reproducidas y renovadas de manera constante por los individuos de dicha sociedad, a través de prácticas culturales. El discurso entonces tiene un carácter dual, puesto que es producido

¹⁸ Michel Foucault, *La arqueología del saber* (Medellín: Siglo XXI Editores, 2007) 335.

dentro de un contexto social, pero a su vez, el discurso permea a la sociedad de la cual es producto.¹⁹

Por último, frente a las condiciones que identifican al discurso como un hecho social, se remite a las influencias que alcanza la práctica discursiva, y las diversas y complejas relaciones que establece. El carácter social del discurso incluye tanto el contexto histórico, como la práctica discursiva. El discurso influye en la cultura y en la misma sociedad, en las relaciones interpersonales, en las representaciones del mundo, en las identidades y conflictos en las cuales se reconocen las sociedades.²⁰

Abordar el discurso como eje problemático para la historia y adentrarse en una definición del mismo, representa entonces adentrarse en un análisis de lo social, de las identidades que se expresan en diversas manifestaciones culturales en un momento histórico particular. El discurso como tal, refleja el espíritu de una época, o lo que los alemanes llaman *zeitgeist*²¹, el cual puede observarse tanto en el discurso histórico como en el discurso literario.

Dicha problematización viene desde pensadores antiguos y clásicos como Aristóteles y Platón, pasando por los modernos y contemporáneos, quienes han ahondado y realizado infinidad de planteamientos teóricos sobre dicho tema. Por tanto, así como ambos discursos guardan una relación entre sí, también es un hecho que la historia y la literatura demandan

¹⁹ Judith Nieto, "Sobre el discurso histórico y el literario", *Anuario de historia regional y de las fronteras*, septiembre 2004, no 1, p. 180. <http://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/922/1279> (6/11/2016)

²⁰ Nieto 181-182.

²¹ Es originalmente una expresión del idioma alemán que significa "el espíritu (Geist) del tiempo (Zeit)". Se refiere al clima intelectual y cultural de una era.

sus diferencias, y que poseen límites que no deben traspasarse por el historiador cuando se aproxima a las obras literarias, y que sí puede ser atravesado por el literato.

Conforme lo anota el investigador Germán Gullón, “La historia constituye un tipo de narración en la que los hechos con los que se confecciona hallan su origen en la realidad, y que son utilizados por el narrador para realzar esa calidad certificable de los mismos.”²² Por ende, el historiador al elaborar su discurso busca en suma que este sea verificable. Para esta tarea, usa todos los medios posibles en su disciplina para plasmar lo veraz, a través de herramientas tales como: mapas, gráficos, cuadros comparativos, estadísticas, fotografías, citas de referencia de libros o fuentes manuscritas, prensa, etc. El historiador, se convierte entonces en un artesano del discurso, que pretende en últimas plasmar la realidad lo más acertadamente posible. Este ejercicio, propio del oficio del historiador, hace que se origine una distinción entre un interés histórico y uno ficcional. Dicha tensión, puede aumentar de acuerdo a quien compone el texto, y su idea de verdad o ficción, y si a su vez, considera que los textos históricos tienen validez por contener en sí, “la verdad y nada más que la verdad”. Y que por su parte los de carácter literario o ficcional, se valoren como un subproducto de la imaginación, y por tanto carecen de validez. A pesar de esto, dichos criterios resultan insuficientes, ya que el resultado final de un estudio, cualquiera que este sea, siempre es una narración, que no es ni falsa ni verdadera.²³

²² Germán Gullón, “El discurso histórico y la narración novelesca: (Juan Benet)”, *Universiteit van Amsterdam* 2002. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-discurso-historico-y-la-narracin-novelesca---juan-benet-0/html/01664448-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#PagFin (20/11/2016)

²³ Véase: Jorge Lozano, *El discurso histórico* (Madrid: Alianza Universidad, 1994) 125.

Es por esto por lo que, tanto el discurso histórico como el discurso literario, deben ser pensados preferiblemente en términos de realidad y no tanto de verdadero o falso, ya que ambos se originan desde este mismo ámbito.

A pesar de lo anterior, son dos realidades distintas las que se hacen presentes en ambos discursos. La historia, aparte de estar construida a partir del lenguaje, lo mismo que la Literatura, se constituye sobre acontecimientos materiales, así como morales, psicológicos, filosóficos, ideológicos o religiosos por lo que el discurso histórico tiene la necesidad y la posibilidad de ser verificado constantemente.

“[...] Es exagerado decir que el historiador tiene al “tiempo” como “materia de análisis” o como “objeto específico”. Trata, según sus métodos, a los objetos físicos (papeles, piedras, imágenes, sonidos, etc), que distinguen en el continuo de lo percibido, la organización de una sociedad y el sistema de pertinencias propias de una “ciencia”. Trabaja sobre un material para transformarlo en historia. Emprende una manipulación que, como las demás, obedece a sus reglas. Este tipo de manipulación se asemeja a la fabricación que se hace con el mineral, ya refinado”.²⁴

Por tanto, el historiador es quien toma por lo general una base material para *producir*, el discurso histórico. El literato puede inventar a su modo los acontecimientos en los que se basan sus relatos, bien sea por un interés personal, estético o por seguir un hilo narrativo

²⁴ Michel De Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 1999) 84.

determinado, omitiendo o poniendo, según sea el caso, hechos que no siempre pueden compararse ni verificarse materialmente. El enunciado literario, es pues “inverificable por principio, lo que quiere decir que no tiene el menor sentido intentar buscar o probar su verdad o falsedad [...] no es ni verdadero, ni falso, como lo puede ser cualquier juicio de experiencia, puesto que su denotación queda neutralizada y, por tanto, no apunta a la realidad histórica o causal, sino a una realidad imaginaria”.²⁵

En conclusión, la diferencia entre los dos tipos de discurso radica en que mientras la historia no puede distanciarse de los hechos, ni mucho menos alterarlos o modificarlos, la literatura no necesariamente tiene que acogerse a la realidad, ya que el literato puede inventarla, reinventarla, acercarse o alejarse de ella, según lo considere. A pesar de lo anterior, debe tenerse en cuenta que, así como la historia hace explícitas las identidades culturales, que se presentan en las diversas sociedades a través del tiempo, la literatura por su parte, posee espacialidades y temporalidades que representan acciones sociales o individuales de hombres y mujeres en su época determinada.

En síntesis, el historiador debe tener lo anterior siempre presente, y entender que no debe pretender que la narrativa histórica reemplace a la literatura o viceversa. Ambos discursos, apuntan a un cuerpo social (y a personas pertenecientes a él), que se remiten al pasado para comprender el porqué de los acontecimientos. El historiador en su caso, a partir de objetos y métodos que son propios de su disciplina, muestra cómo actuaban los hombres y las mujeres

²⁵ Nieto 190.

del pasado, en una época y espacio delimitados. Por su parte, la literatura, a su modo, muestra acciones humanas, en un tiempo y espacio delimitados, o en el ser interno de personajes que trasiegan sobre espacios físico-temporales o imaginarios y por completo etéreos.

En síntesis y a modo de cierre, el historiador francés Ivan Jablonka plantea: “Conciliar ciencias sociales y creación literaria es intentar escribir de manera más libre, más justa, más original, más reflexiva, no para relajar la cientificidad de la investigación sino, al contrario, para fortalecerla.”²⁶

²⁶ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales* (Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2016) 11.

1.2: Importancia de la Literatura para la Historia

Innegable es la contribución que ha hecho la literatura para la historia, ya que permite complementariamente la reconstrucción de hechos y acontecimientos históricos, maneras de pensar y ser en una época determinada. También, la literatura aporta testimonios, que en algunos casos son olvidados por la historia, arrojando luz sobre nuevos sucesos. Si bien, aún el trato y la relación existente entre literatura e historia no es bien vista por los historiadores más ortodoxos, queda sobre la mesa la discusión de tomar en cuenta las fuentes literarias como una manera de aproximación a la historia y hasta donde es posible, de correlacionar las fuentes.²⁷ Por ejemplo, la adopción de métodos propios del análisis literario que dan luces acerca del contenido atendiendo a la forma (recursos retóricos, léxico, tono, etc.), a fuentes históricas (como discursos políticos, crónicas, artículos periodísticos, entre otros) posibilita una aproximación más crítica al texto y a la intencionalidad del autor. Por su lado, el estudio de una época histórica permite comprender el surgimiento de corrientes literarias, sus motivaciones y características particulares para establecer relaciones de causalidad y conexiones entre el contexto histórico y la producción literaria. De igual manera, al analizar obras consideradas de ruptura o de transición, se podrán vincular estas innovaciones con las transformaciones de la realidad en que fueron producidas; ello revelaría procesos de cambio cuyo estudio es fundamental dentro de la disciplina histórica.

²⁷ Hay un interesante análisis en la Universidad del Pacífico, donde se propone una enseñanza interdisciplinaria entre Literatura e Historia, y se afirma que: “[...] Una novela puede contribuir al conocimiento y comprensión de una época determinada, las características de su sociedad, el orden político imperante”. Michele Montauban, Lourdes Morimoto, Jimena Pizarro, “Literatura e Historia: Juntas en la formación de mejores seres humanos”, *Saberes compartidos*, Universidad del Pacífico, 2009. <http://www.saberescompartidos.pe/humanidades/literatura-e-historia-juntas-en-la-formacion-de-mejores-seres-humanos.html> (23/10/2016)

Puede plantearse entonces que, “Ambas, la historia y la literatura, se encuentran en un lugar desde el cual se pueden generar mecanismos de reflexión, diálogos, preguntas, respuestas y discusiones en torno a un pasado, a una suma de eventos, de tejidos sociales, tan caros a las problemáticas contemporáneas sobre las que atraviesa un mundo cada vez más convulso.”²⁸La literatura, nutre en gran medida el discurso histórico, promoviendo debates y reinterpretaciones que son necesarios en ambas disciplinas. Observar el pasado de manera crítica y a través de varias de sus manifestaciones, es otro de los aportes que conlleva la relación literatura-historia.

El economista Salomón Kalmanovitz, ejemplifica lo anterior para el caso colombiano, ya que, al escribir historia de tipo económica, utiliza fuentes literarias para ilustrar acerca de procesos en torno a la tenencia de la tierra en la sabana cundiboyacense durante el siglo XIX. “[...] Aunque las fuentes son relativamente precarias y extraídas en gran medida de relatos de tipo literario “realista”, de biografías y de recuentos de viajeros [...]. Los trabajadores residentes o “estancieros” tenían arrendadas parcelas para cultivos de subsistencia, como se puede apreciar en el relato de Eugenio Díaz, *El rejo de enlazar*; los días de fiesta los arrendatarios trabajaban sus propios lotes [...]”.²⁹ La literatura aporta entonces luces no

²⁸ Yorgy Andrés Pérez Sepúlveda, “La relación entre la historia y la literatura: (con)fusión para (re)presentar la experiencia (des)humana”, *Argos*, 2012, vol 29, n.56. p. 2 http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-16372012000100004&lng=es&tlng=es. (1/12/2016)

²⁹ Salomón Kalmanovitz, “El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia”, *Nueva historia de Colombia: era republicana* (Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989) 115.

concluyentes, pero sí complementarias, sobre diversos procesos históricos, donde las fuentes no son del todo fiables o totalizantes para analizar un acontecimiento.

Por otra parte, el fenómeno de La Violencia en Colombia, que se analizará en los sucesivos capítulos, no escapa tampoco a plantear una relación entre las fuentes literarias y la historia en particular, ya que como lo afirma Pierre Gilhodés. “Aunque los especialistas de las ciencias sociales, los juristas, los siquiátras [...] se han interesado por los problemas que plantea la violencia con relativo acierto, hay que constatar que los mejores testimonios que poseemos provienen más bien de la literatura, de la canción, de la pintura, del cine o del teatro”.³⁰ Por ende, aunque hay que reconocer las imprecisiones que son propias a cada disciplina, en este caso la literatura, también hay que saber reconocer el valor de sus testimonios, sus aportes y la manera en que los literatos recrean una época en particular, desde su condición social, económica y material, así como desde su posición de narradores de hechos, que fueron descartados en su momento, o que no tuvieron resonancia a nivel nacional, ni en la prensa, ni en el imaginario colectivo. Sobre este particular el investigador Pérez amplía:

“Es sencillo: el mundo no puede ser contenido en una frase; una oración sólo será un conjunto de vocales y consonantes con un sentido, o no. Lo mismo ocurre con el discurso histórico y la literatura: funcionan cuando tienen que funcionar, dicen cuando hay alguien que lee y le da un significado. El devenir humano jamás podrá

³⁰ Pierre Gilhodés, “La violencia en Colombia; bandolerismo y guerra social”, *Once ensayos sobre la violencia*. (Bogotá: Cerec, 1985) 193.

estar condensado en una investigación histórica, así como la totalidad del imaginario en la ficción tampoco. Fragmentos, asimetrías, desarticulaciones, la memoria y el olvido se confunden a veces con la invención y el deseo de contar.³¹

Tratar de concebir los sucesos del pasado de forma simétrica y veraz, a partir de única y exclusivamente los relatos oficiales puede no ser lo más adecuado cuando quiere realmente comprenderse una época, o un acontecimiento. El tiempo, entonces, no es algo exterior al ser humano, ni mucho menos un agente condicionante. La aventura de la ficción lo sabe, por lo que penetra en lo más hondo del sentir popular y le da un tono distinto a la rigidez de la disciplina histórica. De esta manera, la literatura se convierte en espejo y crisol de múltiples reflejos; plasmando, por ejemplo, la denuncia en contra de la identidad y la construcción de lo auténticamente nacional, o reflexionando sobre síntomas de una crisis, pero a su vez, brinda la oportunidad para el análisis y la imaginación de un fragmento de la existencia panorámica, amplia y diversa de un conglomerado social.

En el caso de la novela, su análisis es de interés preponderante para la historia, ya que, desde la apropiación de un pasado fragmentado, ofrece una percepción nostálgica y sometida al recuerdo, al juicio político de los hechos desde una mirada protagónica, otorgando a la oralidad una puesta en escena permanente y, a la vez, tomando cierta distancia del discurso historiográfico. En el caso de la época de la Violencia en Colombia, muchas de las novelas del periodo son de corte testimonial, al igual que muchos de sus escritores también iniciaron

³¹ Pérez 3.

sus escritos permeados por el ambiente bélico, violento y bipartidista de aquel entonces. Sus relatos, así como los diversos testimonios y crónicas contenidas allí reflejan una cara poco amable de la Colombia de la época, llegando a narrar, sin más, diversas series de masacres, violaciones, abusos de poder, asesinatos, torturas, etc, que la prensa no se tomó el trabajo de recoger y que las cifras públicamente reconocidas siempre maquillaron. Acercarse pues, a la literatura de una época, puede ser crucial para entender aquello que se oculta al margen del poder y de las élites de un momento dado, o del pueblo y sus cotidianidades, junto a sus luchas, crisis, éxitos y miserias.

El factor político es un elemento que prima en dichos relatos de la Violencia, produciendo a su vez una trama que condiciona y envuelve las relaciones entre la literatura y la historia, pues la fuente desde donde surge el diálogo entre ambas disciplinas acontece en la intervención que suscita la memoria, lamentando la dificultad de un país en la lucha por establecer un modelo democrático efectivo y su fuga a través de la locura, el desvarío y la desilusión. Es a través de estos relatos y su carga dramática, donde el diálogo invita a la reflexión y se instaura un lugar de encuentro donde el pasado, el presente y el porvenir se cruzan, elaborando una representación de lo que fue. Dicha tensión, difícilmente retratada por la historia *per se*, permite humanizar los relatos, darles un sentido, una voz, un reconocimiento, no sólo para la historia de un país, sino para todos sus participantes. Estos relatos permiten adentrarse humanamente en una parte de la historia que fue conocida por ser sangrienta y violenta y que aún se reconoce en el presente, como una continuidad.

Reconocer finalmente, la relación e importancia entre historia y literatura, permite unir dos discursos que tratan de definir la identidad (o identidades) de un pueblo, de un suceso, o simplemente contrarrestar o afirmar relatos orales, para ver hasta qué punto son disímiles o no, complementarios o completamente opuestos. En este punto, el relato histórico adquiere trascendencia, ya que: “La historia produce conocimiento porque es literaria, porque se despliega en un texto, porque cuenta, expone, explica, contradice, prueba: porque es un escribir-veraz”.³² Una vez más, la ficción conforma y promueve espacios de encuentro donde lo polisémico adquiere connotaciones vívidas para la comunidad imaginada que es en sí misma la sociedad colombiana. En esa movilidad de las prácticas culturales, entre ellas la narrativa y la historiografía, son desdibujadas las fronteras, generando ansiedades y reviviendo antiguas angustias. La historia y la literatura en este caso se aproximan, pero también se alejan, se fragmentan y se desarticulan para otorgar una confusa imagen del país con todas las consecuencias que ello puede traer para la delicada psicología de la sociedad colombiana, siempre en el borde, en lo “esquizoide”, dispuesta a cruzar el intrincado umbral, fino vértice, que existe entre la razón y la locura.

³² Jablonka 18.

2 -Aspectos generales sobre la Violencia en Colombia

“En Colombia entre 1946 y 1965, se generalizó una guerra civil no declarada que enfrentó a liberales y conservadores, produciendo más de doscientas mil víctimas en su mayoría campesinos analfabetas que seguían fanáticamente las orientaciones de gamonales y caciques locales de uno y otro partido”.³³

Darío Betancourt Echeverry³⁴

La denominada Violencia ha sido un fenómeno social resaltado dentro de la historia de Colombia, que ha abarcado buena parte de la segunda mitad del siglo XX y que tiene eco aún en nuestros días. Notables estudios se han hecho sobre el período, que han permitido ir tejiendo a lo largo del tiempo un acervo importante de información, testimonios, perspectivas, protagonistas y demás temas que han ido nutriendo las investigaciones.³⁵

³³ Darío Betancourt Echeverry, “Las cuadrillas bandoleras del norte del Valle, en la violencia de los años cincuentas”, *Historia Crítica*, No 4. Universidad Pedagógica Nacional (1990): 57.

³⁴ Fue profesor de historia de Colombia en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Sus obras ahondaron en la temática del narcotráfico y la Violencia en Colombia: Darío Betancourt Echeverry y Martha García, *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la Violencia en el occidente colombiano*, (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990); Darío Betancourt Echeverry y Martha García Contrabandistas, *Marimberos y Mafiosos. Historia Social de la Mafía Colombiana (1965-1992)* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994); Darío Betancourt Echeverry, *Mediadores, rebuscadores, traquetos y narcos. Valle del Cauca, (1890-1997)* (Bogotá: Ediciones Antropos, 1998)

³⁵ Las investigaciones en torno a la Violencia en Colombia se han desarrollado desde diversas perspectivas, pasando por el relato (testimonial en muchos casos), obras literarias, sociológicas, históricas y políticas entre otras. De igual manera, los académicos que han investigado sobre el tema han sido denominados como “violentólogos”. Véase el artículo de la Revista Semana: <http://www.semana.com/nacion/articulo/los-violentologos/88236-3>

Ahora bien, para el concepto histórico de la Violencia en Colombia, son significativos los estudios de caso y los teoremas que permiten establecer una relación o una diferencia entre los diversos tipos de violencia, al considerar que las percepciones y los protagonistas varían a lo largo del tiempo. Por tanto, para hablar de Violencia en Colombia, un referente importante es el historiador James D Henderson³⁶ y sus estudios de caso sobre la Violencia, ya que reconoce que uno de los mayores problemas epistemológicos de la Violencia, es su particularidad por regiones a lo largo y ancho de Colombia: “Antes de que la violencia pueda ser entendida adecuadamente, debe ser examinada en sus contextos regionales y aún locales”.³⁷ En este sentido, cobran vital importancia los estudios regionales sobre el fenómeno de la violencia, ya que dan claridad sobre un fenómeno complejo y heterogéneo, que si bien, comprometió a una nación entera, tuvo matices diversos en las distintas regiones del país. Daniel Pécaut sustenta, históricamente, que el Estado colombiano ha sido endeble y su poder no se ha percibido con la misma intensidad en algunas regiones del país, por lo que muchas poblaciones, recurrieron a tomar por sus propias manos el trajinar político, económico y social de sus territorios. Destaca a su vez, la importancia de las élites regionales en la conformación de grupos armados, muchos de ellos, movidos por intereses económicos. En lo sucesivo del presente estudio, al referirnos a la Violencia en Colombia, nos estamos refiriendo a un período de la historia colombiana, que se sitúa entre 1947-1964³⁸, y que se

³⁶ Actualmente es Profesor de la Coastal Carolina University en los Estados Unidos, donde dicta cátedra en Estudios Internacionales. Henderson se especializa en historia de América Latina, así como en historia moderna de Colombia. Su más reciente volumen es el estudio pionero sobre drogas y violencia en Colombia. James D Henderson, *Víctima de la Globalización: La historia de cómo el narcotráfico destruyó la paz en Colombia* (Bogotá: Siglo del Hombre. 2012)

³⁷ James D Henderson. *Cuando Colombia se desangró: un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia* (Bogotá: Áncora Editores, 1984) 26.

³⁸ “La Violencia es un término que en el habla cotidiano de los colombianos [...] se fue convirtiendo en el nombre de una época extendida desde la mitad del decenio de los años 40 hasta la mitad de los 60, cuando se extinguieron las últimas organizaciones armadas vinculadas de alguna forma a los dos partidos contendores, liberal y conservador[...] Sin embargo, la historia de lo “violento” se prolonga más allá de la época conocida

destacó como un período particularmente violento en Colombia, que se remonta a una violencia bipartidista a ultranza, donde sólo importaba la eliminación física del otro, así como de sus ideas y consignas de partido, ya fueran liberales o conservadores. Posteriormente, se habla de una “primera tregua”, establecida entre 1953 y 1954, período del inicio de la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla. Luego, se da una segunda ola de violencia, entre 1954 y 1958 y, así mismo, se da una segunda tregua en el año de 1958.³⁹ Vendría ese mismo año el inicio del Frente Nacional, y el fin del período de la Violencia hasta 1964. El presente estudio, culmina con el fin de los “Pájaros”, esto es, en el año de 1958, antes del inicio del Frente Nacional.

2.1: Antecedentes

La “Violencia” de los años 50, ha sido un período destacado dentro de la historia de Colombia, caracterizado por la ejecución sistemática de la fuerza, en varios lugares del país. Sus orígenes, si bien se remontan a las secuelas dejadas por la Guerra de los Mil Días (1899-1902) y las posteriores disputas por el poder entre liberales y conservadores, tienen dentro de sus causas más inmediatas el asesinato del candidato liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Ya desde tiempo atrás se veía la necesidad de solucionar por la fuerza las disidencias políticas e ideológicas de cada partido, aunque no se habían organizado, formalmente, grupos subversivos que se ampararan bajo las insignias de los partidos para

como “La Violencia”. En: Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, “Historiografía de la Violencia”, *La historia al final del milenio: Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana* (Bogotá: UNAL, 1994) 371.

³⁹ Se toma como referente el estudio clásico sobre la Violencia en Colombia: Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (Bogotá: Círculo de lectores, 1988) Para las etapas de la violencia véase: 36-37.

acallar al otro. En este caso los liberales y los conservadores, quienes pretendían gobernar, movidos más por los intereses de su propio partido, que por los intereses nacionales.⁴⁰ Surgen así para la década de los 40 grupos armados destacados, tales como “los Pájaros”; de tendencia conservadora que surgen en el occidente de Caldas y se perfeccionan en el Valle del Cauca, y los “chulavitas” o “chulavos” que se originan en Boyacá; también de filiación conservadora y defensores a ultranza del gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez, quien fuera presidente de Colombia en el período 1946-1950. Para este mismo momento son ya claras y marcadas las tensiones entre ambos partidos, y la radicalización por algunos grupos sociales, que perseguían intereses diversos. A pesar de ello, hasta el momento nadie parecía darse cuenta en efecto de lo que verdaderamente pasaba.

“[...] Sin duda un extranjero que quisiera informarse sobre la situación actual de Colombia, al pasar una revista sobre la prensa del país lo creería al borde de una catástrofe o en el filo de una revolución. Los colombianos en cambio no nos alarmamos. ¿Por qué? ¿Nos es indiferente que cada 24 horas se registre un nuevo hecho de sangre, atribuido a luchas políticas? [...] Y es que no aceptamos esas versiones como se presentan. Ni los conservadores asesinados por los liberales, ni los liberales asesinados por los conservadores provocan nuestra alarma o nuestra indignación. [...] Los partidos que coléricamente se disputan la palma del martirio, contribuyen decisivamente a que los hechos vuelvan a provocarse, a que haya

⁴⁰ Gaitán diría al respecto que en Colombia hay dos países: “El país político que piensa en sus empleos, en su mecánica y en su poder; y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político. El país político tiene rutas diferentes a las del país nacional. ¡Tremendo drama en la historia de un pueblo!” Citado en: Herbert Braun, *Mataron a Gaitán* (Bogotá: Penguin Random House, 2013) 409.

impunidad, a que la criminalidad ocasional se tape con sus banderas y levante testigos para amparar a los ofensores o derivar la responsabilidad hacia personas inocentes”.⁴¹

Los días transcurren entonces bajo una gran tensión política y social con una tendencia a la anarquía, que se ve reflejada en un aumento de reuniones políticas que se desarrollan por todo el país desde el mes de septiembre de 1946, justo un mes después de haber asumido la presidencia, el conservador antioqueño, Mariano Ospina Pérez. En julio de 1947 tiene lugar en Bucaramanga el Quinto Congreso Comunista, liderado por facciones del partido encabezadas por Gilberto Vieira y Augusto Durán. La facción de Vieira declara en un manifiesto textualmente que: “El gobierno del presidente Ospina Pérez es un gobierno de la burguesía colombiana liberal y conservadora, donde predominan las fuerzas de reacción”.⁴²De igual manera, el 15 de octubre de 1947, en el trigésimo quinto aniversario del asesinato del general Rafael Uribe Uribe, su busto del Parque Centenario de Cartagena es arrojado al fango. Así mismo, en Villa María, municipio del departamento de Caldas, a la tierra iría a dar el busto del doctor y expresidente Enrique Olaya Herrera. Ambos, figuras ilustres para el liberalismo colombiano.

“El desarrollo económico en Colombia se consolidó en los primeros años de la posguerra. En el período de análisis la población del país dejó de ser predominantemente rural para concentrarse en las ciudades, y la economía dejó de ser agrícola para convertirse en urbana con cierto grado de complejidad en la división

⁴¹ *Revista Semana*. Enero 1947. Vol I. no. 13. p. 4-5.

⁴² *Comité central del partido comunista de Colombia. Treinta años de lucha del Partido Comunista de Colombia*, (Bogotá: Editorial Los Comunerros, 1960) 81-82.

del trabajo y en la especialización. El crecimiento de las ciudades alcanzó su máxima velocidad en los cincuenta, impulsado por la migración de la población rural que, además del natural proceso de diferenciación entre campo y ciudad, y dentro de la misma agricultura, huía también de la violencia”.⁴³

El país no dejó de ser completamente agrícola, sino que tuvo cambios notables dentro de su economía, donde la agricultura siguió siendo importante, pero se vio de una manera destacada la migración de buena parte de la población, del campo a la ciudad, producto de la violencia desatada luego de “El Bogotazo”⁴⁴ y consecuencia también de que muchas de las ilusiones y aspiraciones que representaba el caudillo liberal, Jorge Eliécer Gaitán, hayan sido acalladas luego de su asesinato que propició un ambiente de inseguridad y violencia en general. En efecto, “El conflicto político a nivel nacional que empezó a desatarse en forma crítica a partir de 1948, creó condiciones de creciente inseguridad rural, que se presentaron con especial rudeza en las regiones cafeteras del país. La estructura tenencial sufrió profundos cambios, los cuales sería difícil determinar con exactitud”.⁴⁵

Ya para mediados del siglo XX y luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial:

⁴³ Salomón Kalmanovitz y Enrique López Enciso, *La agricultura colombiana en el siglo XX* (Bogotá: Fondo de cultura económica, 2006) 148.

⁴⁴ Así fueron conocidos los sucesos posteriores al asesinato del entonces candidato liberal a la presidencia de Colombia, Jorge Eliécer Gaitán. Olas de protestas violentas, represión y desorden que se vivió en el Centro del país, así como en las provincias. Al respecto de “El Bogotazo”, véase: Arturo Álape, *El Bogotazo: Memorias del olvido* (Bogotá: Círculo de Lectores, 1987); Herbert Braun, *Mataron a Gaitán* (Bogotá: Penguin Random House, 2013) J Osorio Lizarazo, *El día del odio* (Bogotá: El Áncora Editores, 1998)

⁴⁵ Salomón Kalmanovitz, *El desarrollo de la agricultura en Colombia* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982) 39.

“Para 1950 se calculaba la población de Colombia en 11 millones de habitantes con un crecimiento anual de 2.1%, es decir, que casi se había cuadruplicado desde el comienzo del siglo. El índice de mortalidad era muy alto, casi el doble del de Estados Unidos, pero muy semejante al de los países latinoamericanos. La duración probable de vida en el país era de 37 a 40 años, mientras en esa misma fecha, en los Estados Unidos era de 66 y en Suecia de 70 años. La población activa del país llegaba a 4 millones, de la cual el 56.0% se ocupaba en la agricultura, mientras que el empleo en la industria manufacturera apenas llegaba al 5.5%, inferior al de la industria artesanal que representaba todavía en plena mitad del siglo XX casi el 8.0% de la población activa.”⁴⁶

Dicha economía, dependía en buena parte de la ya súper potencia Estados Unidos, triunfante en la Segunda Guerra Mundial, y se mostraba como un modelo económico dominante, bajo el cual los países latinoamericanos, podían cobijarse. Colombia se hallaba pues, a mediados del siglo, en la órbita norteamericana y no saldría de ella; sin embargo, tendría que hacer frente a los diversos vaivenes políticos, a las coyunturas económicas, y fundamentalmente a la ya antigua querrela entre liberales y conservadores. Sin duda alguna, la década de 1940 es la época del auge capitalista en el país. “Entre 1948 y 1954 los salarios reales industriales aparentemente cayeron en 11 % a la par que aumentaban la productividad y los ingresos de

⁴⁶ José Fernando Ocampo, “A mediados del Siglo XX: La Convulsión política y Subdesarrollo Económico”, *Ensayos sobre historia de Colombia*, Diciembre 2008. No. 2. p. 34. <http://www.moir.org.co/A-mediados-del-Siglo-XX-La.html> (21/10/2016)

prácticamente todas las empresas industriales del país.”⁴⁷ Es decir, mano de obra barata, que sirvió, tanto a la agricultura y la comercialización cafetera, como a empresas nacionales y extranjeras para consolidarse en el país y propiciar que los indicadores económicos, fueran en apariencia más importantes que las muertes de una crisis social que estaba en proceso. “De 1945 y prácticamente hasta 1956, la acumulación de capital en la economía colombiana se aceleró considerablemente, tanto en la industria como en la agricultura y los servicios, sorprendiendo a más de un observador. Alberto Lleras Camargo asociaba la rapidez del crecimiento económico con el período de turbulencia y violencia que lo acompañó, para concluir que sangre y acumulación iban juntas”.⁴⁸ De hecho el desplazamiento de gentes por la acción de las armas no suspendió la producción cafetera, sino que puso en entredicho a sus beneficiarios directos.

Sin embargo, y a pesar del aparente auge económico de mediados de siglo, la inestabilidad política en el país daba mucho de qué hablar.

“La situación de inestabilidad política en Colombia preocupaba también a los funcionarios del Departamento de Estado y del Banco Mundial; el Departamento de Estado se abstenía de dar recomendación favorable a las solicitudes colombianas ante el Banco Mundial y el Export-Import Bank mientras continuase el estado de sitio”.⁴⁹

⁴⁷ Salomón Kalmanovitz, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo, 1994) 399-400.

⁴⁸ Kalmanovitz 379.

⁴⁹ Eduardo Sáenz Rovner, *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia* (Bogotá: UNAL, 2002) 39.

Una inestabilidad política, seguida de una crisis moral se producía en varios lugares del país, donde los pequeños terratenientes, los campesinos y la gente denominada rural, comenzaron a preocuparse seriamente por su suerte y por sus dirigentes. Comenzaron a cuestionar sus condiciones y a notar desigualdad en su entorno. Esto, sumado al atrasado material y económico de algunas regiones del país, propició las condiciones óptimas para el surgimiento de grupos armados, que vieron en sus adversarios políticos una válvula de escape para descargar su rabia y su frustración por medio de la fuerza armada (y muchas veces de protesta) al asesinarlos o desposeerlos, proceso en el que se destacaron algunas figuras de los partidos políticos, o en algunos casos, la Iglesia Católica.⁵⁰

⁵⁰ Célebres fueron los discursos discriminatorios y de odio hacia el partido político contrario, en este caso, de los conservadores contra los liberales. Laureano Gómez “El monstruo”, es un ejemplo claro de ello, llegando a ser denominado el ideólogo de la violencia en Colombia, por promover a ultranza el odio sin más a los liberales, promoviendo incluso su desaparición física. Así mismo, el obispo de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes, sentenciaba: “Que el liberalismo ya no es pecado, se viene diciendo últimamente con grande insistencia; los prelados no sólo callan, sino que han prohibido hablar del liberalismo [...] y que, por tanto, ser liberal ya no es malo [...] Nada más erróneo, pues lo que es esencialmente malo jamás dejará de serlo, y el liberalismo es esencialmente malo”. Véase: Juan David Giraldo, “Miguel Ángel Builes”, *Biografías Biblioteca Virtual del Banco de la República*, Bogotá. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/builmigu.htm> (01/12/2016)

2.2: Narrativas de la Violencia

“Ante un país que fue de cárceles y torturados, humillado por la muerte y obsesionado por la venganza, resultaría de un humor trágico la solicitud a sus poetas, de olvidar la ruina colectiva y continuar una temática artificial con la que alguno pudo embriagarse en un mundo menos ensombrecido”.⁵¹

Fernando Charry Lara⁵²

La Violencia como fenómeno social, ha sido descrito y analizado desde diversas perspectivas. Una de ellas, se puede ubicar en las diversas fases del desarrollo de la narrativa correspondiente. En un primer momento, los relatos son de corte testimonial y en su mayoría, cuentan con agudos detalles y descripciones diversas, tanto de las masacres, como de las condiciones de las poblaciones, así como de los protagonistas, víctimas y victimarios. Posteriormente, los relatos se vuelven menos descriptivos, y se enmarcan en un contexto de violencia general, casi que aceptada e interiorizada por el país, donde el tinte político e ideológico toma un papel preponderante. Se da un interés marcado por las regiones, por los contextos específicos en los que se desarrolla la Violencia en el país, donde ciertos autores hablan de lo que sucedió en los Llanos, en Bogotá, en el Valle del Cauca, en Antioquia, etc. Es decir, los relatos se vuelven un producto regional, donde trata de dársele una interpretación al por qué y al cómo se han desarrollado los sucesos violentos en las distintas zonas del país.

⁵¹ Fernando Charry Lara. Prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda. *Revista Mito 1955-1962. Colección de Autores Nacionales* (Bogotá: Instituto colombiano de cultura, 1975) 16.

⁵² Poeta e intelectual colombiano. Fue director de la Radio difusora Nacional de Colombia y director de extensión cultural en la Universidad Nacional de Colombia. Su obra se caracterizó por la brevedad, la lucidez crítica y la intensidad expresiva. Sobre su obra, véase el interesante resumen: Rafael Gutiérrez Girardot, *Heterodoxias* (Bogotá: Taurus, 2004) 297-317.

“Una de las causas del bajo nivel explicativo de las teorías de la literatura sobre la violencia en Colombia, puede ser la presunción común en la mayoría de las interpretaciones de que la Violencia fue un fenómeno unitario explicable por un solo conjunto de factores para la totalidad de la república de Colombia. Sin embargo, un examen minucioso de lo que se denomina la Violencia está conformado por varios procesos, se requiere un examen de una serie de procesos sociales que ocurrieron en diferentes sitios geográficos. En algunas regiones estos diversos procesos sucedieron simultáneamente; en otras, tuvieron una secuencia, mientras que en otras áreas sólo se observó un proceso en lugar de varios.”⁵³

Si bien, con el paso del tiempo las teorías sobre la literatura alusiva a la Violencia fueron creciendo, a pesar de ello, no han sido concluyentes en muchos aspectos. Esto en parte, debido al origen diverso de los relatos, que se han centrado en aspectos específicos y no en un recuento general, que permita ubicar al menos elementos en común dentro de dichos relatos. Ahora bien, para hacer un recuento genérico sobre la literatura de esta época, comprendido entre 1947 y 1964, se pueden destacar dentro de los temas más tratados los siguientes.

“De las setenta novelas conocidas que tratan de la Violencia: 54 (77%) implican a la Iglesia católica colombiana como una de las instituciones responsables del auge de

⁵³ Paul Oquist. “Violencia, conflicto y política en Colombia”, *Once ensayos sobre la violencia* (Bogotá: Cerec, 1985) 301.

la violencia; 62 (90%) comprometen a la policía y a los grupos parapolíticos (chulavitas, pájaros, guerrillas de la paz, policía rural) por el caos, destrucción y muertes habidas; 49 (70%) defienden el punto de vista liberal y se le atribuye la Violencia a los conservadores, 7 (10%) novelas reflejan la opinión conservadora y endilgan la Violencia a los liberales; 14 (20%) hacen una reflexión crítica sobre la Violencia, superando de cierta manera el enfoque partidista. De los 57 escritores, 19 (33%) habían escrito por lo menos una obra antes de su primera novela sobre la Violencia, 38 (67%) y se inician escribiendo sobre ella.”⁵⁴

Fue entonces la Violencia, en suma, un tema de interés común para los escritores e intelectuales de la época, donde en algunos casos fueron testigos de diversos sucesos enmarcados dentro de ella. Otros, a partir de recolección de información sobre los hechos, construyeron sus relatos. Por otra parte, un porcentaje considerable comenzó su carrera literaria precisamente narrando la Violencia, por lo que son relatos primerizos. Se habla entonces de una generación de escritores que tomó conciencia de lo que implicaba el oficio literario y la necesidad de ahondar sobre la realidad histórica en la que se vive⁵⁵, de manera que no quedaran en el olvido los sucesos de una época violenta y sádica que una población tuvo que soportar, sin ni siquiera casi tener acogida en la prensa nacional, o al menos, un interés real y efectivo por parte de las autoridades para que los sucesos violentos no se

⁵⁴ Jaime Alejandro Rodríguez, “Textos sobre la violencia en la narrativa colombiana”, *Revista Universidad Javeriana*, Vol 1, 2002 P 8.
http://cmap.javeriana.edu.co/servlet/SBReadResourceServlet?rid=1274989824676_109430334_1870
(08/01/2017)

⁵⁵ Esto en la línea de pensamiento de Jean Paul Sartre, en su libro *¿Qué es la literatura?* Allí se afirma que la literatura: “es la subjetividad de una sociedad en constante revolución. Se trata de una subjetividad societal puesto que no se buscan las creaciones particulares, las subjetividades de este u otro autor, sino la consecución a partir de sus trabajos de una imagen mucho más amplia del tiempo y la situación histórica”. Jean Paul Sartre, *¿Qué es la literatura?* (Buenos Aires: Editorial Losada S.A, 1950) 49.

repitieran de una manera dramática. Por tanto, dichos relatos incorporan, profundizan, estudian e internalizan los problemas inherentes al lenguaje y el manejo de las diversas técnicas narrativas. De ese modo, se hace un explícito reconocimiento al oficio del escritor como una actividad exigente y propia de un momento en específico, que permite dejar un legado material (escrito) para las futuras generaciones y para una creación de la memoria histórica, así como una interpretación y una sensibilidad frente al conflicto. Es, por tanto, una generación de escritores “originales”, que dejan de verse en el canon literario o europeo y construyen para sí relatos propios, sucesos y hechos que pertenecen a su generación y que narran y reflexionan sobre una sociedad que se mira a sí misma, conforme con la poca frecuencia que ocurre en la historia colombiana.

Según Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, ambos investigadores de la literatura de la Violencia, la literatura del período abordado es un campo de interpretación del fenómeno de la Violencia en sí misma, y de la evolución en la manera de dar tratamiento a este problema o circunstancia histórica. Afirman, así mismo, que las novelas sobre la Violencia progresivamente superan la referencia directa y escueta de una realidad presa de los acontecimientos más inmediatos, para llegar a simbolizaciones que remiten a una realidad muy concreta, pero lo hacen a partir de una mutilación de los sucesos para alcanzar una escritura enriquecida artísticamente, para dar cuenta de la complejidad del fenómeno al apartarse del esquematismo y del maniqueísmo de los primeros relatos.

2.3: Primeros relatos sobre la Violencia

La mala hora (1962) de Gabriel García Márquez es la primera novela sobre el tema de la violencia colombiana, en la que se trata de integrar la realidad y la ficción, lo cual la constituye en un momento muy importante en el proceso de la novelística nacional;⁵⁶ Por eso se denomina por algunos críticos de García Márquez como “la mala obra de García Márquez”, en consideración a la manera como está escrita, descuidando un poco el estilo narrativo tan característico en García Márquez. De igual manera, personifica en demasiada buena parte de los personajes, haciendo que, en algunos puntos del relato, se pierda el hilo de la historia, y así mismo, se confundan. La muerte en este libro pierde todo sentido lógico y racional, donde se muestra una violencia abierta, en la que desaparece todo resquicio legal en cuanto a la muerte se refiere, no se hacen autopsias ni se levantan cadáveres. La violencia se ejerce en nombre de la política partidista y electoral, en forma directa e inmediata contra quienes tienen la misión de garantizar el derecho democrático del sufragio y contra el pueblo. Así que se destruye a los hombres y en forma desesperada hasta sus documentos de identificación, sus registros. “El espacio de la novela es prácticamente subsumido bajo la categoría pueblo, que se reitera en varias direcciones y dimensiona su geografía física, urbana, sociopolítica. En el doble contraste de la obra, ficción y realidad, también el espacio pretende convertirse en algo maravilloso, prácticamente fantasmal”.⁵⁷ Es decir, se desvirtúa hasta cierto punto lo que “verdaderamente pasa”, creando un espacio disperso y en algunos casos difuso, que no le muestra al lector, la verdadera cara de la Violencia. García Márquez,

⁵⁶ Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar. *La novela de la violencia en Colombia. La mala hora de Gabriel García Márquez: Ficción y realidad* (Medellín: Hombre Nuevo, 1980) 7.

⁵⁷ Bedoya 87.

recoge, la premisa para los escritores latinoamericanos de mediados del siglo XX, pues según una crítica formulada por Ángel Rama, la suya: “Funcionó como una literatura urgente, peculiar de momentos de agitación, que no estuvo destinada a los indígenas (analfabetos) ni a los proletarios (que no leían), aunque éstos fueran los personajes habituales de tales novelas, sino que, como remedo del realismo socialista soviético, se constituyó en una literatura para cuadros intelectuales que en América Latina no podían ser sino salidos de la pequeña y baja burguesía”.⁵⁸

Para 1964, Manuel Mejía Vallejo publicaría, *El día señalado*. En esta obra, su autor nos presenta un espacio que subyuga a sus habitantes, y no les deja otro camino que la violencia. Este sometimiento se logra involucrando a los personajes directamente con la violencia; como por ejemplo en el caso del gamonal, la policía, y los guerrilleros que viven en la montaña; o excluyéndolos como es el caso de la gran mayoría de los habitantes que siguen lo dictado colectivamente por temor a la violencia. Mejía Vallejo, muestra una obra madura, donde propone una novela regional en la que todos sus personajes, logran revelarnos una región olvidada, donde desvela el interior puro y sin adornos de sus personajes que, en el caso específico de sus relatos, es un pasado campesino regido por la sencillez de la vida rural. Tal como el padre Barrios, personaje presente en la novela, el autor nos muestra su intención de integrar a todos los habitantes de Tambo, alegoría de Colombia, en el proyecto redentor: la siembra de árboles.⁵⁹

⁵⁸ Ángel Rama, *La novela en América Latina, panoramas 1920-1980* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982) 181.

⁵⁹ Jaime Orrego, “El día señalado de Manuel Mejía Vallejo”, *Revista Cronopio*, febrero 2010, Ed 7. <http://www.revistacronopio.com/?p=1470> (07/02/2017)

Obra destacada para el período es la de Eduardo Caballero Calderón, quien al momento de la publicación de su clásico texto *El cristo de espaldas*, se anticipa a los autores mencionados anteriormente, ya que se publica en el año de 1952. Allí, lo que el autor plantea es la notable desigualdad en la Colombia de mediados del siglo, la poca participación que tenían los pobres en el actuar nacional, lo poco considerados que eran y su casi inexistente derecho a alzarse en contra del poder de turno. Resulta interesante que Caballero Calderón fuese miembro de una clase dominante, que de alguna u otra manera, siente una responsabilidad paternalista y feudal por las clases sociales más desfavorecidas, entonando siempre las consignas de la Iglesia católica, como un alivio en los tiempos de crisis. La religión tiene pues, para el autor, un papel preponderante dentro del imaginario social, pero que no fue suficiente para orientar la lucha. Su relato de un pueblo conservador enclaustrado en las montañas de Colombia, a merced de los gamonales y líderes del pueblo, parece ser una historia repetida en Colombia, donde las “luces de la civilización”, claramente no alcanzan a llegar.⁶⁰

Ciertamente, las anteriores fueron obras destacadas, que lograron hacer un primer acercamiento a lo que ocurría en las regiones de Colombia, y permitieron mostrar una parte de esa realidad. Sin embargo, no fueron las únicas para el período analizado, como se muestra a continuación.

⁶⁰ Para un análisis sobre la obra de Eduardo Caballero Calderón véase: Raymond L Williams, *Novela y poder en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991) 99-110.

Tabla 1. Algunas literarias destacas sobre la Violencia en Colombia, producidas entre 1948-1984

AÑO	AUTOR	TÍTULO	GÉNERO
1948	Ramón Manrique	<i>A sangre y fuego</i>	Novela
1949	Arnoldo Palacios	<i>Las estrellas son negras</i>	Novela
1949	Pedro Gómez Carena	<i>El 9 de abril</i>	Novela
1950	Hernando Téllez	<i>Cenizas para el viento</i>	Cuentos
1952	Eduardo Caballero Calderón	<i>El cristo de espaldas</i>	Novela
1952	José Antonio Lizarazo	<i>El día del odio</i>	Novela
1953	Daniel Caicedo	<i>Viento seco</i>	Novela
1953	Alfonso Hilarión Sánchez	<i>Las balas de la ley</i>	Novela
1953	Domingo Almova	<i>Sangre</i>	Novela
1953	Rogelio Velásquez	<i>Las memorias del odio</i>	Novela
1954	Fidel Blandón Berrio	<i>Lo que el cielo no perdona</i>	Novela
1954	Eduardo Santa	<i>Sin tierra para morir</i>	Novela
1954	Julio Ortiz Márquez	<i>Tierra sin Dios</i>	Novela

1954	Galo Velásquez	Pogrom	Novela
1955	Ramón Manrique	<i>Los días del terror</i>	Novela
1957	Carlos H Pareja	<i>El monstruo</i>	Novela
1958	Francisco Gómez	<i>Cadenas de violencia</i>	Novela
1959	Tirso de Eguza	<i>Caos y tiranía</i>	Novela
1960	Arturo Echeverry Mejía	<i>Marea de ratas</i>	Novela
1960	Donaro Cartagena	<i>Una semana de miedo</i>	Novela
1961	José Francisco Socarrás	<i>Viento del trópico</i>	Novela
1962	Gabriel García Márquez	<i>La mala hora</i>	Novela
1964	Augusto Ángel	<i>La sombra del sayón</i>	Novela
1964	Manuel Mejía Vallejo	<i>El día señalado</i>	Novela
1971	Gustavo Álvarez Gardeazábal	<i>Cóndores no entierran todos los días</i>	Novela
1984	Arturo Alape	<i>Noche de pájaros</i>	Novela

Tabla de elaboración propia.

Este corpus literario, sin aras de ser totalizante sobre la literatura de la época referida, hace parte de una selección de las obras más representativas del período, en alusión a los “Pájaros” del Valle del Cauca, así como a los sucesos que dieron configuración a la Violencia. Estos textos, exploran causas y dejan al descubierto los múltiples motivos por los cuales estos

grupos (liberales y conservadores) sostuvieron una guerra encarnizada, que en muchos de los casos difiera de las razones expuestas por el discurso oficial, que sólo buscaba la justificación de la violencia ejercida en contra del partido opositor; así como se reflejan razones de los conflictos y las estrategias de una “guerra no declarada”. Así mismo, las obras expuestas indagan en las significaciones más profundas de los sentimientos de sus personajes, sus pensamientos, su manera de entender esa Colombia violenta, sus actores y su odio.

En las obras mencionadas, la Violencia, más que ser un tema recurrente o un tema de moda, es el campo social donde se decide y pasan todo de tipo sucesos: violaciones, masacres, desplazamientos, pobreza, ignorancia, desigualdad, etc. Ello muestra la cara de Colombia menos amable y expone, sin ambages, las consecuencias potenciadas por “El Bogotazo”, tanto en Bogotá como en Colombia, logrando dar un marco general sobre el estado de desánimo y protesta acaecido en el país. Así mismo, los relatos critican a la élite y en algunos casos la señalan de ser una vergüenza para el país y de generar una inmensa brecha social, que haría crecer de manera descomunal la desigualdad en buena parte de Colombia.

2.4: Perspectivas y tipos de violencia

Las obras literarias y de corte testimonial señaladas anteriormente, muestran varios tipos de violencia y sus interpretaciones son variadas. “La Violencia es, ante todo, un fenómeno político; es la manifestación política más aguda y más representativa de la lucha de clases. Se ha dicho que la guerra es la continuación de la política por otros medios: en realidad la violencia (y la guerra, como una de sus formas) es el medio esencial por el que se desenvuelve

la política”.⁶¹ Por tanto, la connotación política, como ya se ha mencionado, se hace implícita en los relatos y casi que obliga al lector a ponerse de algún lado, o de al menos, sentirse inclinado a tomar partido por algún sector en particular.⁶²

A lo largo de los relatos, se identifican diversos tipos de violencia en los que se inscriben los relatos, esto es, en un primer plano, la violencia del poder político; que es la forma en que se defiende el Estado de sus enemigos políticos, y es a su vez la contrapartida política de la opresión económica. Y por el otro lado, ocurre la violencia de las masas oprimidas, esto es, la violencia que ejercen los campesinos, proletarios, pequeños y medianos propietarios y, en general, las clases sociales que se sentían desprotegidas por el Estado; por lo que recurren también a la violencia, de una manera similar a como lo hace el poder político. “La violencia es la comadrona de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva: es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas enrigidecidas y muertas”.⁶³ En este sentido, los movimientos populares, para romper el poder establecido que le es adverso y no atiende sus necesidades básicas, no tienen otra alternativa que hacerlo violentamente, no tienen más remedio que ejercer una llamada contraviolencia para así anteponerse ante el orden establecido.

⁶¹ Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, *La novela de la violencia en Colombia. Viento seco de Daniel Caicedo una lectura crítica* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 1980) 7.

⁶² La Violencia, no sólo implicó una lucha de clases, sino que también implicó, además, profundas discrepancias ideológico-políticas y, sobre todo, vínculos con luchas generacionales (que defendieron o atacaron) legados familiares, veredales, locales y regionales; a su vez atados a profundas pugnas que venían incluso desde el siglo XIX, entre grupos de poder o élites regionales, que sin duda movilizaron multitudes de aparceros y peones en pos de sus intereses. Véase al respecto: Fermán González, “Poblamiento y conflicto social en la historia colombiana”, En: Renán Silva, *Territorios, regiones, sociedades* (Bogotá: CEREC, Depto de Ciencias Sociales Univalle, 1994) 25-30.

⁶³ Karl Marx y Friedrich Engels, *Anti-Dübring* (Barcelona: Crítica Grijalbo, 1977) 189.

De la pugna entonces de los dos tipos de violencia política ya mencionados surgen otros tipos, tales como:

Violencia religiosa

Esta se expresa en las obras a través de la alianza⁶⁴ entre la Iglesia católica y el gobierno, y por ende, entre la Iglesia y el partido conservador. En nombre del sectarismo político y religioso se entabla una guerra a muerte contra las otras iglesias o credos ajenos al ámbito católico. Así que la violencia política fue también en buena medida violencia religiosa, y esto en gran parte podría dar pie para explicar el exceso sádico, el fanatismo de la violencia colombiana que se lee en los relatos. Muchos sacerdotes participaron, por ejemplo, bendiciendo las armas de fuego de diversos grupos armados, fueran liberales o conservadores. También participaron exonerando a algunos victimarios tras sus desmanes, ya que veían válida la manera de reivindicar sus pretendidos “derechos” y sus posturas políticas. Otros, por el contrario, se opusieron a la saña y sádica maldad de los hechos e impulsaron públicas denuncias, en contraposición a la opinión de otra parte de la iglesia, que

⁶⁴ Con la alianza de la oligarquía, entendida esta como la alianza del latifundio y la burguesía y en consecuencia de sus respectivos partidos en el movimiento de la Regeneración con predominio del sector latifundista, se selló el carácter reaccionario de la república de Colombia, el cual quedó consignado y refrendado en la constitución de 1886, que entre otras cosas definió al Estado colombiano, como estado de sitio o de guerra permanente y así fue en efecto. Así mismo, se otorgaron concesiones y privilegios a la Iglesia Católica, que se contemplan en la mencionada constitución, firmándose un concordato el 31 de diciembre de 1887, cuyo artículo I comienza por reconocer que la religión católica es la de Colombia, de donde se deducen las obligaciones de los poderes públicos a reconocerla como elemento esencial del orden social, la educación y la institución matrimonial, así como de protegerla y hacerla respetar.

simplemente se limitó a observar cómo se desencadenaban las circunstancias, sin tomar partido ni participación en el conflicto.

Violencia económica.

La violencia económica o remunerada crea una dualidad siniestra, originada por usufructuarios y reducidos que se dedicaron a obtener fincas, café y ganado a menor precio. Para lograrlo, realizaron una labor de ablandamiento sobre los propietarios mediante amenazas anónimas (panfleteo), atentados, asaltos, intimidación, expulsión de sus agregados, exilio y crímenes consumados sobre inocentes e indefensos trabajadores y campesinos.

En *Viento seco*, por ejemplo, se da una apropiación violenta de propiedades, fincas, dinero, animales y cosechas, etc., mediante el robo, el asalto y el desalojo obligado por el incendio de casas, tiendas, cosechas etc. Esto trae como consecuencia el éxodo masivo de campesinos a las ciudades, en las cuales son marginados y víctimas del desempleo, y pasan a ser arrollados por la prostitución y la explotación sexual y laboral.

Violencia sexual

Una de las formas de violencia presentadas con mayor patetismo dentro de las novelas es la violencia sexual, la cual está íntimamente relacionada tanto por sus causas como por sus efectos con la psicología de los colombianos y con la guerra misma.

En medio de la Violencia, según lo refieren las novelas consultadas, se da una caza feroz contra las mujeres embarazadas, dándose también lugar a mostrar violaciones en masa contra mujeres indistintamente de su condición; esposos castrados que debían ver la violación de sus mujeres e hijas. Es frecuente también en los relatos, una violencia excesiva en el ámbito sexual, siendo casi inmisericordes en su trato hacia las mujeres. Se notan claramente signos machistas en el acceso y el trato. Poco respeto y carencia de valores cristianos por parte de los victimarios quienes tantas veces habían hecho apología para la defensa de la familia y las posturas éticas correspondientes en Colombia, bien fueran dentro del partido liberal o conservador, ya que ambos eran creyentes católicos y sus respectivos partidos trataban de promover e inculcar los principios morales de su religión. Muchos de estos hechos han pasados desapercibidos por la historia, haciendo que los diversos relatos de este tipo se invisibilizaran, o simplemente se omitieran, pasando por alto una de las mayores páginas de la vergüenza en la historia del país.

Estos tipos de violencia narran, de manera general, los hechos acaecidos en el período de la Violencia, donde ya no sólo es una lucha entre facciones de un partido político y otro, sino también, una confrontación entre poblaciones enteras, ocurrida muchas veces de manera

cruda y descarnada, donde una población tuvo que sufrir las desavenencias y ultrajes ocasionados por los líderes de turno, que antepusieron sus valores políticos y “religiosos” para preservar su “statu quo” y sobre todo, sus intereses personales.

3-Los “Pájaros” en la historia de La Violencia en Colombia

“Frecuentemente, las oligarquías gobiernan en países atrasados porque tienen un lógico derecho para hacerlo. A menudo son las únicas capaces de hacerlo por razones económicas y sociales. No necesitan justificar su papel en la organización y dirección de la sociedad: las masas casi siempre son muy pobres, ignorantes e incompetentes para tomar decisiones gubernamentales difíciles.”⁶⁵

Vernon Lee Fluharty⁶⁶

El fenómeno del bandolerismo ha sido estudiado y analizado a nivel mundial desde diversas perspectivas, tales como: las razones de su surgimiento, las condiciones económicas y sociales que existen en un momento contextual dado, así como diversos factores intrínsecos y extrínsecos que pueden influir en su conformación. El historiador Eric Hobsbawm sostiene que el bandolerismo es un fenómeno universal que se da en las sociedades basadas en la agricultura e incluso en las pastoriles, compuestas por campesinos, trabajadores sin tierra y franjas sociales explotadas por terceros, ya sea hacendados, terratenientes, gamonales o bancos. Dicho bandolerismo proyecta según el autor británico, tres formas distintas, aunque en algunos casos, complementarias entre sí: el ladrón bueno, estilo Robin Hood, que trata de

⁶⁵ Vernon Lee Fluharty, *La danza de los millones. Régimen militar y revolución social en Colombia (1930-1956)* (Bogotá: El Áncora Editores, 1981) 11.

⁶⁶ Vernon Lee Fluharty fue asesor de la embajada de los Estados Unidos en Bogotá y vivió durante varios años en el país en la década del cincuenta. Escribió e investigó sobre el fenómeno de la Violencia en Colombia.

defender a ultranza las clases menos favorecidas, a merced de ultrajes a la clase alta, o a las clases más favorecidas; el luchador primitivo, que tiene interés por la lucha, la aventura y que actúa conforme a sus intereses personales o familiares; y el vengador, movido muchas veces por afrentas cometidas contra su persona o allegados, ya que actúa motivado por el impulso de ver recompensada la afrenta.⁶⁷

En repetidas ocasiones la historia ha demostrado que aún a pesar de la protección del campesino al bandolero, si los gamonales o jefes políticos junto a las fuerzas del orden emprenden acciones punitivas de orden militar o represiva contra el campesinado, terminan limitando el espacio, el movimiento y la protección del bandolero, por lo que, según sea el caso, el bandolero puede verse solo y desprotegido. De igual modo, puede percibirse como un agente externo, o catalogarse también, protegido y respetado como un restaurador del orden a nivel general.⁶⁸ Sin embargo, las categorías para estudiar el fenómeno del bandolerismo en Colombia se muestran amplias, en comparación con los modelos de interpretación, según lo afirma el investigador Johnny Delgado Madroño. Él afirma que en el país existió un bandolerismo político, que a su juicio “es el que surge de la dependencia del fenómeno a una o varias estructuras dominantes del poder, representado en los políticos, en los gamonales o en algunos gremios que representan tal poder. Una de las características del bandolerismo político es que no existe por sí solo, sino siempre guiado, subordinado y

⁶⁷ Eric J Hobsbawm, *Bandidos* (Barcelona: Editorial Crítica, 2001) 4-12.

⁶⁸ Hobsbawm 43.

manejado por los intereses de la clase dominante que determina el accionar y el blanco de dicho accionar”.⁶⁹

En el caso del fenómeno de las cuadrillas bandoleras del Norte del Valle del Cauca, resulta acertada la definición del bandolerismo político inscrito en la Violencia bipartidista de la década de los cuarenta, donde se buscó la eliminación física del adversario. Lo anterior, no quiere decir que las definiciones no se manifestaran en el caso de los “Pájaros”⁷⁰, quienes actuaban ciertamente movidos por órdenes superiores a ellos, pero que también pudieron actuar movidos por la venganza, así como por el afán de lucro, tierra o poder, por lo que puede hablarse de intereses diversos para la acción, pero motivados fundamentalmente, desde las élites de turno a conveniencia propia, o de su partido político.

Básicamente, el término bandolero, se refiere al hecho o la forma de actuar en bandas, de la manera como lo hicieron los “Pájaros” en el Valle del Cauca y regiones adyacentes, que es, precisamente de donde viene su nombre, haciendo referencia a su forma de actuar, esto es, hacer las cosas rápido, “volando”, y de manera efectiva. Las bandas o cuadrillas fueron pues,

⁶⁹ Johnny Delgado Madroñero, *El bandolerismo en el Valle del Cauca 1946-1966* (Cali: Secretaria de Cultura del Valle del Cauca, 2011) 11.

⁷⁰ El “Pájaro” se originó en las tierras altas; allí había relaciones mediadas, conflictos agrarios, gamonalismo y lucha ideológica en los términos de guerra santa. Se originó en la cordillera occidental, pues allí, en los pequeños pueblos y veredas cafeteros, convergían las contradicciones que harían posible su aparición: relaciones de trabajo mediadas con el predominio del gamonalismo y el clientelismo. Véase: Gonzalo Sánchez y Donny Merteens, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia* (Bogotá: El Áncora Editores, 1983) 5-22.

la estructura básica y de operación en que actuaron los “Pájaros”, siempre de a tres, cuatro o cinco personas, dependiendo de la complejidad de la operación a realizar.⁷¹

3.1 El Valle del Cauca y sus condiciones económicas y sociales

Para analizar el surgimiento de uno de los primeros grupos bandoleros, los “Pájaros” dentro de la Violencia en Colombia, es necesario hacer un análisis de su surgimiento, la geografía y las condiciones sociales y económicas existentes en aquella época.

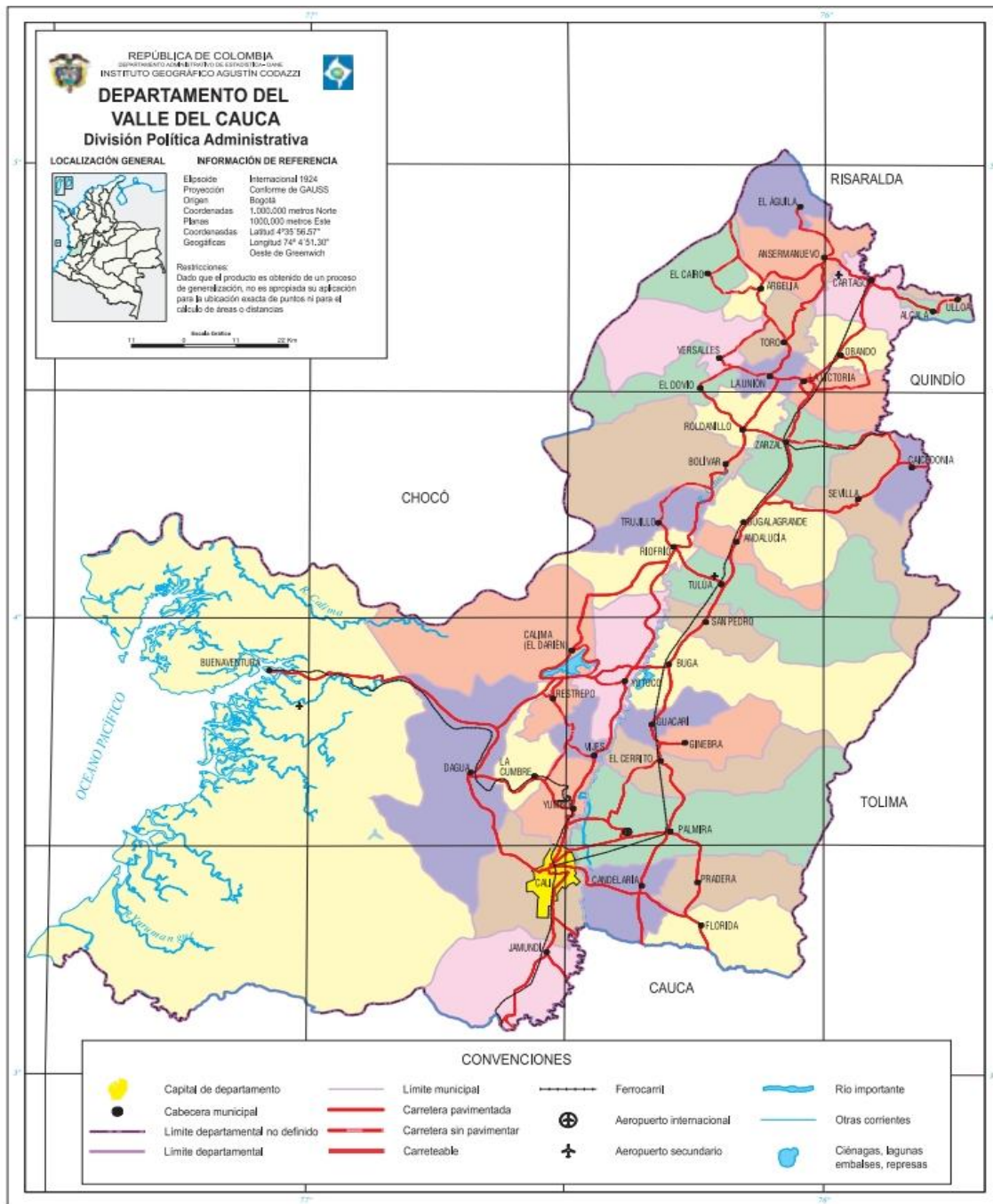
Tal como lo anota el historiador especialista en el tema, Darío Betancourt Echeverry, “El proceso de colonización y ocupación de la Cordillera Occidental (1910-1946) [prolongación de circunstancias surgidas en el siglo XIX], generó un agudo conflicto agrario en el que hacendados, comerciantes y funcionarios públicos se enfrentaron con colonos que ocupaban baldíos o terrenos que eran entendidos como tales”.⁷² Dicha colonización, surgida a raíz de la colonización antioqueña decimonónica⁷³, propició el desarrollo de diversas actividades económicas en el Valle del Cauca, así como la tenencia de la tierra en aras del desarrollo de la agricultura.

⁷¹ La cuadrilla ofrecía múltiples ventajas: era de una gran movilidad y muy fácil de mimetizar, pues de una cuadrilla se conocía generalmente su jefe y dos o tres de sus integrantes, el resto de sus integrantes se camuflaban como trabajadores o jornaleros que cumplían el doble papel.

⁷² Darío Betancourt Echeverry y Marha Sánchez, *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el Occidente colombiano* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990) 19.

⁷³ Remítase a: James Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia* (Bogotá: Banco de la Republica, 1961) 30-45.

Mapa 1. El Valle del Cauca



Instituto geográfico Agustín Codazzi, “Mapa del departamento del Valle del Cauca” (11-22 Km) 1924. Instituto geográfico Agustín Codazzi, Bogotá, Sección Mapas y Planos.

Betancourt Echeverry también señala:

“Las cordilleras Central y Occidental permanecieron prácticamente deshabitadas durante gran parte del siglo XIX, sólo vinieron a ser ocupadas en las primeras décadas del siglo XX, cuando se asentaron en sus laderas colonos antioqueños, tolimenses, caldenses y caucanos refugiados de la Guerra de los Mil Días; parceleros desplazados del plan; y, más tarde, boyacenses y nariñenses desplazados por la violencia liberal de los treinta”.⁷⁴

Se trata de una zona entonces, como aquí se señala, conformada en principio por pobladores de diversas regiones del país, en la que posteriormente se fueron estableciendo pequeños poblados, y así mismo, se originó en ella una valorización de los terrenos de ladera, que constituyó la constante en la colonización del Valle, contraria a las tesis que solo observan la colonización antioqueña, desde una perspectiva exagerada y romántica, con acciones heroicas de parte de los nuevos pobladores⁷⁵. De igual manera, “El aumento en el número de adjudicaciones y titulaciones de baldíos a partir de 1940 [en dicha zona] se explica no sólo por la expedición del Decreto No 1415 de 1940, sino por la apertura de numerosas vías, como la carretera al mar [Pacífico]”.⁷⁶

⁷⁴ Betancourt 44.

⁷⁵ Después de la Guerra de los Mil Días (1899-1902), con la consolidación del capital extranjero y con la construcción del ferrocarril de Cali a Buenaventura, se abrieron los mercados exteriores; los nacientes agroindustriales se constituyeron en una clase sólida con capacidad para adueñarse de la tierra perteneciente a los pequeños propietarios, obligándolos a trabajar como peones o asalariados.

⁷⁶ Betancourt 54.

El denominado “Plan del Valle”⁷⁷, tuvo notable crecimiento a partir de las condiciones mencionadas, que impulsaron la economía de la zona a mediados del siglo XX, propiciando, por ejemplo, el crecimiento de diversas industrias (como los ingenios azucareros y los cultivos de café)⁷⁸, y permitiendo el asentamiento de grandes hacendados y terratenientes en la región.

Tal como lo anota el economista Salomón Kalmanovitz, para la época en mención:

“La agricultura comercial había avanzado considerablemente en los renglones del algodón, la cebada, el arroz y la caña de azúcar. Estos dos últimos cultivos habían triplicado su área entre 1930 y 1948. En el Valle del Cauca la superficie sembrada en caña, ya se vio, se expandió mucho durante los cuarentas, aunque predominaba aún la producción de panela, que seguía siendo el método popular de consumo de azúcar. En 1952 todos los ingenios del Valle multiplicaron su capacidad productiva, dando paso a la gran industria fabril de la azúcar refinada y dejando atrás el artesanal trapiche panelero.”⁷⁹

Las valiosas haciendas del Valle mejoraron notablemente, debido a sustanciales reformas agrícolas y pecuarias que quebrantaron las antiguas ruinas de este pueblo, otrora pastoril y

⁷⁷ Ciudades del plan del Valle: Cali, Palmira, Buga, Tuluá y Cartago.

⁷⁸ Tanto en el desarrollo como en la consolidación de las cuadrillas de “Pájaros” en el Norte del Valle el café jugó un papel fundamental, pues habría marcado interés de éstos (los “Pájaros”) en manejar a los administradores de fincas y en propiciar el robo de café, que se facilitaba igualmente por su comercialización y buen precio hasta convertirse en dinero contante y sonante. Véase: Mariano Arango Restrepo, *El café en Colombia: 1930-1958: producción, circulación y política* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982) 150-208.

⁷⁹ Salomón Kalmanovitz, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo, 1994) 385.

despoblado. De igual manera, el auge en el cultivo del café fue un eje dinamizador en las mecánicas de poder:

“El café jugó un papel preponderante en la violencia en el norte del Valle y el Quindío, su facilidad de comercio, su facilidad de almacenamiento, y los buenos precios del grano en el mercado en aquel periodo lo convirtieron en un dinamizador sostenedor de las cuadrillas y los bandoleros. El nombre de “Diezmero” fue tomado de la terminología religiosa de la iglesia, que para este periodo todavía percibía diezmos de los campesinos. La presión sobre los propietarios para la venta de tierra y el ascenso de sectores medios, fue muy parecido guardando las proporciones y las nuevas clases sociales.⁸⁰

Es en esta misma zona, también, en donde ocurriría la mayor radicalización de la violencia bipartidista en el Valle durante los años cincuentas; concentrándose allí las condiciones para el surgimiento de uno de los grupos más sanguinarios dentro de la historia de Colombia: “los Pájaros”, pues como se ha expuesto su ascenso y accionar se encontró determinado, en buena medida, por factores económicos que les permitieron lucrarse y consolidarse.

⁸⁰ Darío Betancourt Echeverry, “Las cuadrillas bandoleras del norte del Valle, en la violencia de los años cincuentas” *Revista Historia Crítica*, No 4 julio-diciembre (1990): 61.

3.2 La “conservatización” del Valle. Una lucha a sangre y fuego

Las condiciones para el surgimiento de los “Pájaros” se inscriben en lo que se ha denominado el proceso de conservatización⁸¹ en el país, que consistió en influenciar y promover a ultranza las consignas y banderas del partido conservador, de la manera que fuere (generalmente de forma violenta).⁸²

Los “Pájaros”, como lo señala Monseñor Germán Guzmán Campos:

“Nacenenel occidente de Caldas y es perfeccionado en el Valle. Integra una cofradía, una mafia de desconcertante eficacia letal. Es inasible, gaseoso, inconcreto, esencialmente ciudadano en los comienzos. Primero opera solo en forma individual, con rapidez increíble, sin dejar huellas. Su grupo cuenta con automotores y "flotas" de carros comprometidos en la depredación, con choferes cómplices en el crimen, particioneros del despojo. Se señala a la víctima, que cae infaliblemente. Su modalidad más próxima es la del sicario.”⁸³

⁸¹ Autores como Darío Betancourt Echeverry, Jhony Delgado Madroñero, Medófilo Medina y otros académicos, se refieren que la conservatización del Valle y de algunas partes del país consistió en el uso indiscriminado de la fuerza por distintos actores, algunos del orden gubernamental, con el fin de tener áreas de influencia, así como de promover la afiliación al partido conservador que, en muchos casos, se dio por amenazas, panfleteo, intimidaciones y torturas.

⁸² El caso de Boyacá es bastante parecido al del Valle en cuanto a su conservatización. Para este departamento, véase: Anónimo, *Sangre y fraude, testimonio de la tragedia boyacense* (Bogotá: Kelly, 1949) Este documento muestra la conservatización de Boyacá (sobre todo en las págs. 11 a 17) mediante la acción de la policía y los alcaldes. En ese sentido, fue el mismo plan llevado a cabo en el Valle. En la Literatura, puede verse retratado en la obra: Eduardo Caballero Calderón, *Siervo sin tierra* (Bogotá: Oveja Negra. 1986)

⁸³ Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (Bogotá: Círculo de lectores, 1988) 165.

Los “Pájaros” fueron allí sicarios rápidos, ágiles y letales que se movían rápido, por las entrecruzadas montañas vallunas. Seguidores a ultranza del partido conservador, recibieron su nombre puesto que ese era un calificativo acuñado por la sabiduría popular, para designar al individuo o grupo de individuos que actuaban de manera escurridiza y veloz; que se nucleaban con otros para hacer ciertos ‘trabajitos’, y se iban ‘volando’, para después reincorporarse a la vida cotidiana. A raíz de este modo de actuar, los “Pájaros” fueron utilizados para homogeneizar pueblos, para cambiar conciencias, para convertir por la fuerza al partido conservador a radicales liberales, para perseguir a protestantes, para atacar a masones y comunistas, en una ‘santa cruzada’ de las “fuerzas del bien” contra las “dañinas y nefastas” “fuerzas del mal”.

Su modo de actuar fue retratado por el investigador León David Quintero Restrepo, quien señala:

“El actuar de estos “Pájaros”, se diferenció de la forma de actuar de otros grupos al margen de la ley organizados en forma de guerrillas, debido a que los “Pájaros”, no tuvieron asidero en regiones montañosas e inhóspitas; todo lo contrario, estos actuaron siempre en zonas urbanas o semi-urbanas y su movilización la hacían por medio de vehículos a través de carreteras a pleno día. En este contexto conservatizante en que se encontraba el Valle del Cauca, es donde encontraremos los nidos de “Pájaros”, auspiciados por las fuerzas de seguridad del Estado”⁸⁴

⁸⁴ León David Quintero Restrepo, “Los pájaros del Valle del Cauca” *Estudios de Derecho*, Vol. LXIV. No 145, Medellín. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Universidad de Antioquia (2008): 252.

Se puede definir entonces al “Pájaro” como aquel matón, movido desde fuera de muchas comunidades, que irrumpía sobre ellas como fuerza oscura y tenebrosa que era movilizad para amedrentar, presionar y asesinar, y que luego de actuar desaparecía bajo el espeso manto de humo tendido por directorios conservadores, autoridades y funcionarios públicos.

Su surgimiento, se inscribiría en la oficialización de la policía privada y las bandas de “Pájaros” en el Valle que hizo el entonces gobernador, Nicolás Borrero Olano⁸⁵, quien convocó a una reunión en su despacho a los gremios, a los ganaderos y hacendados, para proponerles la creación de un cuerpo de policía privado. El 28 de octubre de 1949 se reunieron los invitados en la gobernación del Valle, en donde el gobernador planteó la urgente necesidad de crear un cuerpo propio de policía, “con unas trescientas unidades, pagadas y dotadas con fondos de los propietarios [...] esta policía dependería de una junta que presidiría el gobernador y que estaría integrada por varios ganaderos y agricultores del departamento”.⁸⁶ La Junta quedó conformada por Bernardo Henao Mejía, Alfonso Garcés Valencia y José Abel Peláez. En esta reunión quedó evidenciada la oficialización de los “Pájaros”, pues en lo que trascendió a la prensa, el gobernador llegó al extremo de ofrecer “a los hacendados y agricultores que lo necesitaran y lo desearan, la facilidad de crear un cuerpo

⁸⁵ Nicolás Borrero Olano fue amigo personal de los “Pájaros” y bandoleros conservadores; “Lamparilla” y “Pájaro Verde” tenían libre acceso a la gobernación. “N. Granada”, jefe de los “Pájaros” en el municipio de Sevilla (Valle), donde era famoso, era su protegido. De igual manera, Borrero Olano, fue junto a su hermano Guillermo, dueños del derechista *Diario del Pacífico*, proclive a las ideas fascistas y furibundo laureanista. Fue el que interpuso el poder civil en favor de la policía política y los “Pájaros”, para así frenar y amarrar la intervención del Ejército en esa zona del país.

⁸⁶ *Diario del Pacífico* (Cali) octubre 29, 1949. Véase convocatoria con nombres en diario del 28 del mismo mes.

de vigilancia de sus respectivas propiedades, el cual tendría todo el respaldo de la autoridad y podría actuar en nombre de ella”.⁸⁷

Dicha necesidad de “protección”, no era un fenómeno aislado, ya que los “Pájaros” actuaron amparados por la Policía, y por el Ejército del momento, aprovechando la laxitud existente en estas instituciones para operar al servicio del partido conservador: “La caracterización de los “Pájaros” implica, entonces, que la existencia de modalidades de justicia privada al servicio de la violencia oficial, no es un fenómeno nuevo en Colombia.”⁸⁸ La manipulación de la Policía por parte de los partidos tradicionales en Colombia era ya para entonces, una vieja práctica, que se puede ubicar desde la década de 1930, cuando el régimen liberal, en aras de imponer sus doctrinas ideológicas y políticas, utilizaron las instituciones públicas para su impulso y sus intereses.

Del mismo modo, diversas fuentes de la época, comprendida a mediados del siglo XX, hacen referencia a la poca preparación e inducción que tenían los policías en el momento:

“El movimiento y los servicios de las policías nacional y departamental en los municipios están sujetos a direcciones extrañas y generalmente distantes, y los alcaldes no pueden contar en cualquier momento dado con los servicios que puedan prestarle estos agentes... La policía nacional ha adquirido últimamente un elevado

⁸⁷ *Diario del Pacífico*, (Cali) octubre 29, 1949. Al respecto, véase también: *El Relator*, (Cali) octubre 31, 1949

⁸⁸ Augusto J Gómez, “Los pájaros, los sicarios y los paramilitares: ¿Los grupos de justicia privada o la privatización de la violencia oficial?” *Universitas Humanística*, 94-107 Universidad Javeriana. (2004): 95.

grado de cultura y de eficacia, que dista infinitamente de lo que sobre el particular ofrece la policía municipal, integrada a veces con elementos de escasa o ninguna cultura general y desprovistos de las más elementales nociones técnicas. No se les somete a ningún entrenamiento previo, no se les da instrucción de ninguna clase durante el tiempo que duran al frente de su cargo y no aportan más que las fuerzas físicas como cualquier peón de brega. Sobre todo, o principalmente en los municipios de inferior categoría”.⁸⁹

Un editorial de la *Revista de la Policía* es quizá más explícito en lo que concierne al manejo gamonal del período conservador:

“El partido conservador, con la mentalidad vieja de la hegemonía, veía en la Policía, el instrumento insustituible para hacerse fuerte en el Gobierno, y deseaba destruir la organización para darle una nueva fisionomía que sirviera sus intereses banderizos. Pensaba el partido conservador en idéntica forma a como pensó en el año 1930 el partido liberal, cuando ascendió al Poder: la Policía debe ser una institución de confianza del Gobierno, integrada por sus partidarios más exaltados, que ofrezca un apoyo decidido y efectivo al Gobierno, y donde ninguno de sus integrantes pueda ser objeto de recelo. La Policía siempre había sido empleada como instrumento de poder y para dominar al adversario”.⁹⁰

⁸⁹ Policía nacionalizada. En: *Editorial del Nuevo Día*, (Cali) febrero 4, (1943): 3.

⁹⁰ *Revista Fuerzas de Policía de Colombia*. No. 61-62, Bogotá (julio-agosto de 1957): 5.

Así pues, en esta aureola de complicidad entre entes del gobierno, es decir, entre las fuerzas armadas “oficiales” y las que se desmarcaban de ese carácter “oficial”, se daba vía libre a los “Pájaros” para actuar, estableciéndose en Tuluá⁹¹, un pequeño poblado a unos 105 kilómetros de Cali, el lugar que llegó a ser el epicentro de las principales operaciones del grupo; de ese modo fue escenario de incontables muertes, asesinatos, violaciones, masacres y un sinnúmero de actos delictivos y de lesa humanidad, que en buena medida, quedaron condenados al olvido por la Justicia Colombiana.

Es importante resaltar ese carácter semi-urbano y motorizado que tenían los “Pájaros”, hasta entonces bastante inusual, como lo registra Eric Hobsbawm en sus investigaciones: “Si descartamos el período de guerra civil formal (1949-1953), la Violencia es un fenómeno totalmente rural, aunque en uno o dos casos (como sucede en los departamentos de Valle y Caldas) sus orígenes fuesen urbanos, y algunos tipos de pistoleros reaccionarios o del gobierno – los “pájaros”- permaneciesen en las ciudades, de lo que nos da cuenta su utilización de transporte motorizado”.⁹² La denominada “motorización”, de los “Pájaros”, parece ser una constante en el accionar de los mismos, por lo que pueden ser denominados como los primeros grupos bandoleros que usaron medios de transporte motorizados para moverse velozmente y asesinar a sus víctimas de una manera más ágil.

⁹¹ El “Happy bar” en Tuluá, fue el lugar de reunión más reconocido de los Pájaros. Allí eran frecuentes las reuniones hasta altas horas de la noche, acompañadas de grandes cantidades de aguardiente.

⁹² Eric J Hobsbawm, “La anatomía de La Violencia en Colombia” *Once ensayos sobre la violencia* (Bogotá: Cerec, 1985) 14.

De otra parte, muchos de los líderes de los “Pájaros” se sentían movidos a actuar, más por sus convicciones de partido y de religión, que, por un afán de lucro, lo que los desmarca del sicariato moderno, surgido en las épocas posteriores de fortalecimiento del narcotráfico en el país, con posterioridad a los años 1970. Al respecto Delgado Madroñero apunta:

“Los autores intelectuales e incluso muchos gamonales no buscaron lucro económico. De hecho, ellos tenían dinero y propiedades suficientes para financiar a los pájaros. Pero [los de] esa clase inferior, de los sicarios y matones a sueldo, eran premiados con los frutos del desplazamiento forzado al campesinado, del botín en sus correrías por los campos y veredas, favoreciendo por igual a una clase comerciante que se aprovechó de la desgracia de sus oponentes y compraron en el mejor de los casos, tierras y ganados a precios irrisorios como fruto del terror impuesto por las bandas asaltantes. En la mayoría de las ocasiones, simplemente invadieron y robaron las propiedades, ayudados por la corrupción imperante y la falsificación de los títulos de propiedad.”⁹³

La tolerancia de la autoridad civil y militar a la *pajaramenta*, puede entenderse mejor si imaginamos la utilidad que éstos les representaba. Se sabía que las guerrillas y demás gente armada no-gobernista, tenían en los centros urbanos sus contactos y auxiliares entre los profesionales y antiguos caciques del liberalismo. No le era fácil entonces al gobierno, directamente, castigar esa complicidad: los opositores actuaban a través de mediaciones inteligentemente calculadas y por ende difícilmente comprobables; pues algunos eran jueces

⁹³ Delgado 54.

en sus municipios, y actuaban a su consideración para guardar o hacer avanzar procesos a su beneficio. Dicho sea de paso, el arsenal jurídico para el momento era muy precario, y poco apto para las nuevas circunstancias del gobernar; y por sobre todo, la sanción del gobierno era susceptible de provocar reacciones colectivas de envergadura, cuando recaía sobre dirigentes de popularidad. Por añadidura, los códigos no permitían la eliminación física, que en más de una ocasión la autoridad juzgaba “necesaria”. En este contexto, la misión del “Pájaro” se mostró beneficiosa y complementaria para algunos, tanto más si en su contratación adelantada por particulares no tenían que inmiscuirse los funcionarios. Entonces la debilidad del Estado se manifestó a través de la contemporización con los “Pájaros” en los poblados y ciudades, así como se manifestó también mediante la complicidad de las bandas en los campos.⁹⁴

3.3 El “Cóndor” León María Lozano y su accionar

El líder indiscutible de los “Pájaros” fue León María Lozano, apodado el “Cóndor”⁹⁵, fundador de un grupo aliado a las instituciones y órganos locales de tinte netamente conservador. Fue amparado, en primera instancia por el presidente de la República Laureano

⁹⁴ Al respecto, véase la síntesis: Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, *Estado y subversión en Colombia* (Bogotá: Fondo Editorial Cerec, 1985) 184-195.

⁹⁵ Sobre su figura y su actuar, puede consultarse el escrito literario de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días*, llevado a la pantalla en una película colombiana titulada de la misma manera. Cuenta que León María Lozano, personaje central de la obra, se presentó un día a Sevilla (Valle) con diez hombres armados; exigió al alcalde militar la liberación inmediata de uno de sus muchachos capturado en aquel municipio, bajo amenaza de atacar el pueblo. Según el relato, el reo habría sido puesto en libertad sin demora. Según Russel W Ramsey, los comienzos de León María Lozano contaron con la protección del entonces coronel Gustavo Rojas Pinilla, comandante de la III Brigada. Véase: Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días* (Bogotá: Oveja Negra, 1986) Ramsey Russell W, *Guerrilleros y soldados* (Bogotá: Tercer Mundo, 2000)

Gómez, y luego por el dictador Gustavo Rojas Pinilla⁹⁶, con el firme propósito de intimidar y asesinar a los campesinos que tuviesen filiación con el partido liberal. Los recursos para llevar a cabo sus propósitos provenían del interior del país, específicamente de la ciudad de Bogotá, y de los caciques conservadores que veían con recelo al “vetusto” gobierno liberal, y que deseaban, fuese como fuese, hacerse con el poder y mantenerse el tiempo que fuera necesario.⁹⁷



La controvertida foto con Rojas Pinilla al centro; el líder político del Valle, Salazar García a la derecha, y el célebre rey de los “pájaros”, “El Cóndor”, a la izquierda.

Fotografía 1. Foto tomada de: Alberto Donadio y Silvia Galvis, *El jefe supremo. Rojas Pinilla en La Violencia y en el poder* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2002) 211.

⁹⁶ Gustavo Rojas Pinilla tenía presencia en el Valle desde 1923, en una serie de revueltas en la Gobernación. Comandante de la Tercera Brigada, actuaría también en el Valle el 9 de abril de 1948 y el 22 de octubre de 1949, en el ataque de los “Pájaros” a la Casa Liberal de Cali, así como en diversos hechos “aislados” para la misma época. Véase: Alberto Donadio y Silvia Galvis, *El jefe supremo. Rojas Pinilla en La Violencia y en el poder* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2002) 105-169.

⁹⁷ Álvarez Gardeazábal en *Cóndores no entierran todos los días*, es enfático en señalar que León María recibía importantes sumas de dinero del interior del país, particularmente de Bogotá, en nombre de altos dirigentes. Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días* (Bogotá: Oveja Negra. 1986) 107.

La figura de León María Lozano parece resaltarse como estampa insigne de los “Pájaros”.

Al respecto, Monseñor Guzmán Campos señala:

"De mis investigaciones llevadas a cabo en Tuluá, pude comprobar que el "Cóndor" obraba en connivencia con la policía y el detectivismo y manejaba a los miembros de estas entidades como parte de su cuadrilla o "pajarería", cosa que ocurría no solo en Tuluá, sino en varias partes del suelo colombiano; pues en donde había un puesto de policía existía una cuadrilla de malhechores formada por agentes y particulares que a la sombra del sectarismo político asesinaban, incendiaban y robaban, como tuve oportunidad de decírselo personalmente al entonces Ministro de Gobierno, doctor Domingo Sarasti, en presencia del entonces Ministro de Justicia y hoy de Gobierno, doctor Guillermo Amaya Ramírez.⁹⁸

Conforme ya se ha anotado, “El Cóndor” tampoco actuaba movido por el dinero:

"León María, aunque pudo haberse vuelto más rico que todos ellos juntos (los ricos del pueblo), jamás compró una plaza de tierra ni obligó a nadie a vendérsela. A él no le importaba el dinero, con lo que recibía mensualmente, del directorio, le alcanzaba [...] Además, y eso lo pregonaba cada que tenía cuatro aguardientes en su cabeza, la política la hacía con dinero, pero no para conseguir dinero".⁹⁹

⁹⁸ Guzmán C 167.

⁹⁹ Álvarez 83-84.

Este antiguo vendedor de quesos en la galería de Tuluá tuvo claro su compromiso con el partido conservador, todo en pos de mantener el statu quo. Su misión, desde el inicio de su accionar, fue la de “conservatizar” los territorios en el Valle para sustraerlos de la influencia liberal, siendo célebres varias de las masacres que perpetró, como en Betania, El Dovio, Ceilán y la Casa liberal de Cali, entre otras.¹⁰⁰

De León María Lozano, se dice también que nunca llevó a cabo un asesinato por sus propias manos, sino que su figura se convirtió en la cabeza más visible del conservatismo radical en el Valle, y que por órdenes suyas (muchas de manera indirecta), desplegaron su accionar los “Pájaros”. Al respecto, Chimbilá (en la vida real conocido como “El Vampiro”), citado por el sociólogo e investigador colombiano Alfredo Molano, quien señala:

“Además, El Cóndor, no sólo por instinto de conservación sino porque era un soñador, un defensor de la camándula, adoraba a Laureano y se había vuelto muy fino en leer en el editorial de *El Siglo* lo que debía hacer al día siguiente. Para él esas editoriales estaban escritas en clave y él se consideraba un experto en descifrarla, y en realidad lo era. A eso se acostumbró y por eso no nos daba órdenes claras, como las que dan en el ejército. Todo era descifrado en un lenguaje que sólo él y sus allegados conocían”.¹⁰¹

¹⁰⁰ Masacres que son relatadas en obras como: Arturo Álape, *Noche de Pájaros* (Bogotá: Planeta, 1984), Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días* (Bogotá: Oveja Negra, 1986), Daniel Caicedo *Viento seco* (Medellín: Nuestra América, 1954), Hernando Téllez, *Cenizas para el viento y otras historias* (Bogotá: El Áncora Editores, 1984)

¹⁰¹ Alfredo Molano, *Los años del Tropel* (Bogotá: El Áncora Editores, 2000) 171.

Resulta interesante resaltar que los oficios más comunes de los pájaros eran por lo general simples y cotidianos, que realizaban a la par de su actuar criminal: “choferes, carniceros, fonderos, cantineros, talabarteros, sastres, lavanderos, sacristanes, cacharrereros, jornaleros o lungos, matarifes, inspectores de policía, policías y empleados de la alcaldía y juzgado municipal”.¹⁰²Se trataba pues de oficios comunes, y ello daba pie a que los “Pájaros” trabajaran desapercibidamente durante el día, y que en la noche, se diera lugar para sus fechorías y sus “trabajitos”. “Uno veía por aquí a todos esos pájaros, al otro día, vendiendo un marrano, una gallina, una máquina de coser, una ternera. Inclusive, entre ellos mismos llegó a haber disputas y muertos para la repartición. Hubo enemistades entre los mismos violentos por deudas y por la distribución de las campañas que se hacían”.¹⁰³

Dicho accionar, estuvo marcado también por la saña y la sevicia, circunstancias de la cotidianidad hasta el momento inauditas en algunas regiones del país. Violaciones, masacres, panfleteo para amenazar y despojar gentes de su tierra, maltratos e intimidaciones, fueron el pan de cada día desde 1949, hasta la caída de Rojas (1957). Al respecto, Molano recoge testimonios sobrecogedores, como el aportado por Ana Julia.

“Una noche llegaron los pájaros, porque para esa época, después del 9 de abril, comenzaron a llegar fueron los pájaros, y le partieron los brazos y las piernas a culata. Lo dejaron inválido pero vivo, tirado y aullando como un perro. Enseguida violaron

¹⁰² Betancourt 112-113.

¹⁰³ *Chimbilá*, citado en: Molano 17.

a su mujer y a sus hijas. Una de ellas, Olga, contaba que a ella la habían violado hasta catorce veces, el último número que sabía, pero que después habían pasado muchos más.”¹⁰⁴

La tortura y el abuso, al parecer eran constante en los “Pájaros”, quienes usaban la violencia extrema y sin distinción de raza, edad o procedencia social. Inclusive, la violencia llegó a ser ejecutada, contra miembros del mismo partido conservador, sea porque eran conversos (o como se decía comúnmente “voltiaos”); o bien, porque no mostraban su total apoyo a las acciones llevadas en pos de la conservatización del Valle. Al respecto Ana Julia, en el relato recogido por Alfredo Molano, señala:

“Evelio contaba que por allá en El Dovio un conocido suyo había visto cómo los pájaros de El Cóndor habían cogido a una mujer que estaba ya para coger cama y le habían sacado un par de mellizos vivos del vientre, y que luego le habían metido un gato negro y la habían cosido dejando la cabeza del animal por fuera. El gato, cuando se vio encerrado, tratada de salir y destrozó a la mujer a puro arañetazo. También me contaron de un caso muy sonado en Anserma, donde hicieron lo mismo, pero metiendo un gallo”.¹⁰⁵

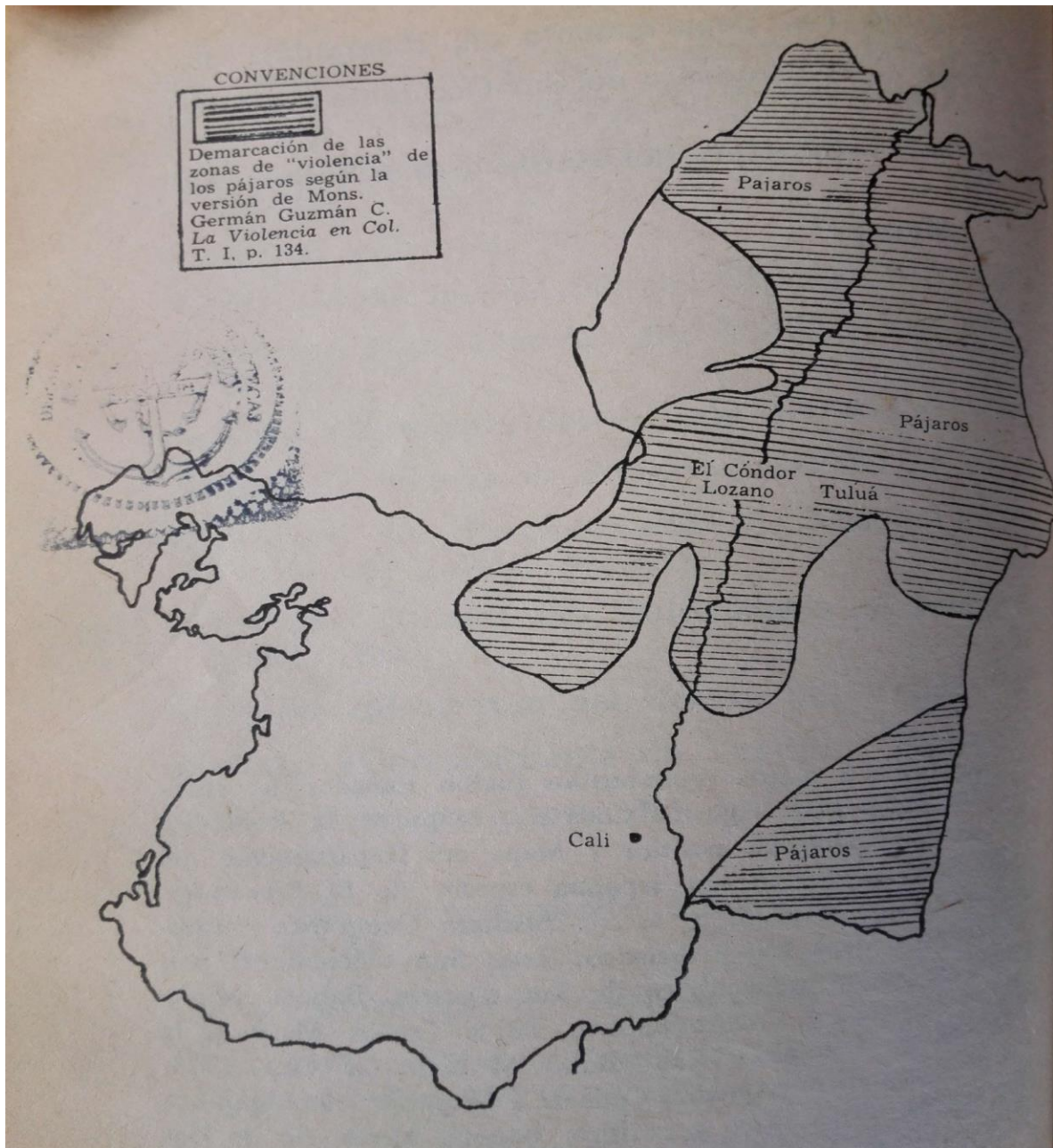
La religión, por ejemplo, fue usada también como pretexto para justificar acciones de este tipo, ya que quienes profesaban el credo protestante, conocidos comúnmente como

¹⁰⁴ Molano 85.

¹⁰⁵ Molano 85.

evangélicos, fueron perseguidos y asesinados. En ello influyeron algunos curas y párrocos, que, con ideas sectarias inculcadas irracionalmente desde tiempos coloniales y republicanos, dirigieron esas ideas a una masa de población desprovista de educación, convocando una cruzada en contra del liberalismo masón y de los impíos, como lo dejan entrever los discursos de Laureano Gómez y de algunos sacerdotes, obispos y cardenales del país.¹⁰⁶

¹⁰⁶ El obispo de Pasto, Ezequiel Moreno, hoy convertido en santo de la Iglesia Católica, bramaba en los púlpitos y escritos de la época a finales del siglo XIX, que el liberalismo era pecado. Dicha afirmación, de manera más vehemente, fue defendida por diversas cabezas de la Iglesia, quienes apoyaban el conservatismo a ultranza.



Mapa 1. Tomado de: Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna, La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social (Bogotá: Círculo de lectores, 1988) 134.

De hecho, numerosos relatos de las víctimas campesinas entre 1949 y 1953, narran como los “Pájaros” llegaban a los pueblos asesinando y a la vez dando vivas a Cristo Rey, al partido conservador y por supuesto, a Laureano Gómez.

El grado de odio y sectarismo político llegó incluso a un nivel tal que los “pájaros” o sicarios, siendo conservadores, se empeñaron en perseguir y asesinar a aquellos conservadores que guardaban una dignidad e integridad que, por principios morales, religiosos o humanistas, se negaba a odiar o atacar a sus conocidos o vecinos liberales; o se atrevían a brindarle protección. Aquellos conservadores moderados fueron denominados traidores, o más comúnmente *patiamarillos*.¹⁰⁷

Las regiones limítrofes del Valle del Cauca desempeñaron un importante factor en la evolución del bandolerismo, en cuanto al desplazamiento de las cuadrillas por estas regiones, el desarrollo económico dispar de las mismas y las influencias políticas de los gamonales de cada departamento.

La región del Quindío, que para ese momento pertenecía al Departamento de Caldas, no fue ajena al desarrollo típico de la violencia gubernamental contra los liberales. La barbarie continuó bajo un manto de silencio e impunidad, y hasta hoy se conocen pocas noticias porque la prensa estuvo censurada. Solo quedan testimonios de algunos sobrevivientes, pues han muerto en el paso de los años.¹⁰⁸

¹⁰⁷ Delgado 53-55.

¹⁰⁸ Sobre la incidencia de la Violencia en el Quindío, Tolima y Cauca, véase la síntesis: DELGADO M. Op. cit., p. 58 -106. Véase también: Santiago Gómez Cardona. La historia narrada, relatos de la violencia en el

Tabla 2. Principales masacres de los “Pájaros” en el Valle del Cauca, 1948-1952

FECHA	SITIO	VÍCTIMAS	AUTORES
07/03/1948	Cgto La María. Ansermanuevo (Valle)	6 campesinos liberales asesinados	Israel y Juvenal Echeverry
03/08/1949	Betania (Valle)	Indeterminado número de muertos liberales	Policía Chulavita y Pájaros
17/09/1949	Cgto La María y San Antonio. Ansermanuevo (Valle)	11 campesinos liberales	Cuadrilla de Pájaros y Policías. Israel y Juvenal Echeverry entre otros
06/10/1949	La Primavera, La Tulia, Naranjal. Bolívar (Valle)	50 campesinos liberales asesinados	Lamparilla, Efraín Lancheros, Hnos Pulido
08/10/1949	Betania (Valle)	300 campesinos liberales asesinados y pobladores muertos e incinerados	Cóndor Lozano, Lamparilla, J Gordillo, El Vampiro, Pájaro Azul y policía Chulavita
22/10/1949	Casa Liberal Cali (Valle)	22 ciudadanos y campesinos liberales muertos. 50 heridos	Detectives, Policía, Ejército y Pájaros
23 a 15/10/1949	San Rafael. Bugalagrande (Valle)	Más de 57 muertos liberales arrojados al río Bugalagrande	Lamparilla, Pájaro Verde, Pajarito, Uriel Maya, El Pollo, Cóndor Lozano, Sombras
27/10/1949	Ceilán. Bugalagrande (Valle)	92 pobladores asesinados e incinerados	300 pájaros al mando del Cóndor y Lamparilla

Quindío. Tesis de grado para optar al título de antropología. (Medellín: Universidad de Antioquia, 2003), Ortiz Sarmiento 214-235.

02/01/1950	Hacienda La Carmelita, Las Piedras. Riofrío (Valle)	11 trabajadores de la Hacienda muertos y 6 personas asesinadas en Las Piedras	Cristóbal Vieira, Omar Vélez, Restrepo Ave negra
16/06/1950	Los Cocuyos, Los Lulos. Ginebra (Valle)	45 campesinos liberales	Pájaros, Policías y guardias de Rentas Departamentales
23/07/1950	Bolo Azul. Pradera (Valle)	2 policías, 2 hnos Arango Ospina asesinados, 3 bandoleros muertos	Enfrentamientos entre policía y bandoleros y campesinos muertos por la policía
29/01/1952	Piedra de Moler. Cartago (Valle)	Familia Amariles: Padres y 3 hijos. 5 en total. Campesinos indigentes	Germán Fontal. A Marejo y Angel Guevara

Tomado de: Johnny Delgado Madroñero, *El bandolerismo en el Valle del Cauca 1946-1966* (Cali, secretaria de cultura del Valle del Cauca, 2011) 52-53

3.4 El ocaso. Rupturas con el gobierno y caída de Gustavo Rojas Pinilla

A partir del golpe de Estado del 13 de junio de 1953 propinado por Gustavo Rojas Pinilla al entonces presidente Laureano Gómez, representado en ese momento por Roberto Urdaneta Arbeláez, llegaron las promesas de paz, la Amnistía y la desmovilización de los guerrilleros del Llano, del sur del Tolima, Santander y Antioquia, llevadas a cabo entre julio y septiembre de 1953, que permitieron desarmar los principales focos de rebelión.¹⁰⁹ En el Valle del Cauca y específicamente en Tuluá, los asesinatos selectivos de los “Pájaros” continuaron al mando de “El Cóndor” contra los liberales, situación establecida en la amistad de Rojas Pinilla con

¹⁰⁹ La cuestión de si un presidente de Colombia fue amigo y favorecedor de un insigne criminal, merece examinarse en detalle. Los lazos entre uno y otro, cuando existen en efecto, algo enseñan sobre la índole moral del gobernante y sobre los usos para los cuales concibe el poder. Al respecto véase la información ofrecida por la revista *Semana*, sobre dicha relación: *Revista Semana*, “El General y El Cóndor”. 12/12/1998 <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-general-el-condor/11075-3> (12/02/2017)

“ El Cóndor” al tiempo que Leonardo Espinosa, en Trujillo (Valle), afianzó su poder e influencia en colaboración con los bandoleros de Toro y demás sicarios.¹¹⁰

El 8 de julio de 1955, fueron asesinados en una carretera cerca de La Victoria (Valle), el director y periodista liberal de *El Diario de Pereira*, Emilio Correa Uribe y su hijo, Carlos Correa Echeverri. Los responsables materiales del crimen fueron Guillermo Granada Galeano y Luis Lugo Valencia, conocidos sicarios del norte del Valle. Granada pertenecía al clan de Onésimo y Marcos Granada, al de Sevilla (Valle). Posteriormente se conoció, que Gustavo Álvarez Villegas y el “Cóndor” habían planeado el asesinato.¹¹¹

El viernes 15 de julio de 1955, *El Tiempo*, hizo pública una carta enviada desde Tuluá el 10 de julio pasado. En ella reposaban los crímenes de “El Cóndor”. Sus diez firmantes eran: Arístides y Donaldo Arrieta Gómez, Andrés y Alfonso Santacoloma, Daniel Sarmiento Lora, Ignacio y Diego Cruz Roldán, Álvaro Cruz Losada, Fabriciano Pulgarín y Jaime Valencia. Ellos mismos, igualmente, habían enviado una misiva al alcalde militar de Tuluá, Asdrúbal Romero, refiriendo la carta enviada a *El Tiempo*, y señalando a León María Lozano, Adriano Aguilar, Pascual Zapata y Ruperto García, como autores de crímenes y fallidos intentos de asesinato e intimidación, contra el doctor Arrieta y Alfonso Santacoloma.¹¹² Los firmantes fueron tristemente conocidos como “El batallón suicida”, por las consecuencias que tenía el

¹¹⁰ Rojas y Lozano se conocían desde comienzos de 1948, cuando el primero comandó en Cali la Tercera Brigada, lo reconoció el propio Rojas cuando afirmó que El Cóndor ayudó al: “Ejército de la Tercera Brigada a sostener el gobierno legítimo del doctor Mariano Ospina Pérez”. Citado en: Senado de la República, Comisión Instructora. El Proceso contra Gustavo Rojas Pinilla ante el Congreso de Colombia, T. 3 (Bogotá: Imprenta Nacional, 1960) 690.

¹¹¹ Delgado 63-65.

¹¹² *Diario Relator* (Cali) 18 de julio de 1955; y *Diario El Tiempo* (Bogotá) 15 de julio de 1955. 3.

denunciar directa y explícitamente a los promotores de la violencia en aquella región del país, quienes eran protegidos por el régimen militar en medio de la más descarada y rampante impunidad y complicidad.

La reacción de los “Pájaros”, no se hizo esperar, y comenzó de manera sistemática la eliminación de los firmantes en las calles de Tuluá. Al amparo del toque de queda, aprovechado por los asesinos para llegar hasta las residencias de las víctimas, Tuluá se llenó nuevamente de sangre.¹¹³

El 5 de agosto de 1955, se anunció el cierre de *El Tiempo* por parte del gobierno. Todo fue el resultado de las declaraciones de Rojas Pinilla, quien se hallaba en Quito, y acusó a los diarios de *El Espectador* y *El Tiempo*, de sacar una ventaja política del caso del asesinato del periodista Correa Uribe, un mes atrás. El director de *El Tiempo* refutó las acusaciones de Rojas y el gobierno quiso obligar a publicar durante un mes, una versión oficial. Por su negativa, fue cerrado el diario. Su propietario, Eduardo Santos se negó a gestionar el regreso de su periódico mientras la dictadura gobernara. Por su parte el dictador Rojas tenía a su disposición su respectivo periódico, dirigido por su yerno Samuel Moreno Díaz, llamado *Diario de Colombia*.¹¹⁴

¹¹³ Véase: *El Relator* (Cali) 28 de enero de 1952.

¹¹⁴ “Cuando Rojas Pinilla cerró el periódico El Tiempo”, *El Espectador*, 5 de agosto de 1955. <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/cuando-rojas-pinilla-cerro-el-periodico-el-tiempo-articulo-662280> (23/10/2016)

Finalmente, el rey de “Los Pájaros” del Valle del Cauca habría de dejar su querida Tuluá. El poder de “El Cóndor” se opacó entonces notoriamente y según se sabe, no llegó a consolidarse económicamente de los botines tomados durante la ejecución de sus acciones violentas. Así mismo, parece haberse producido terror en Rojas Pinilla de que “El Cóndor” revelara detalles de sus antiguos vínculos con el crimen, establecido en la zona del Valle. Por tanto, Rojas incitó la retirada de “El Cóndor” de Tuluá, otorgándole una pensión secreta del gobierno por los “*servicios prestados*”. Posteriormente y tras permanecer un tiempo en la Costa Caribe y Santander, finalmente “El Cóndor” se establecería por poco tiempo en la ciudad de Pereira. Hasta dicho lugar llegarían algunas de las víctimas que habían jurado venganza y, el 11 de octubre de 1956, “El Cóndor” caería acribillado de cuatro balazos mientras se desplazaba por la calle.¹¹⁵

¹¹⁵ Respecto a la muerte de León María Lozano se han establecido múltiples hipótesis, sobre todo, la participación que pudo haber tenido el entonces dictador Gustavo Rojas Pinilla, y su interés por acallar lo que aquello que en su momento pudiera haber dicho, pues podía afectar la presidencia y las instituciones del país.

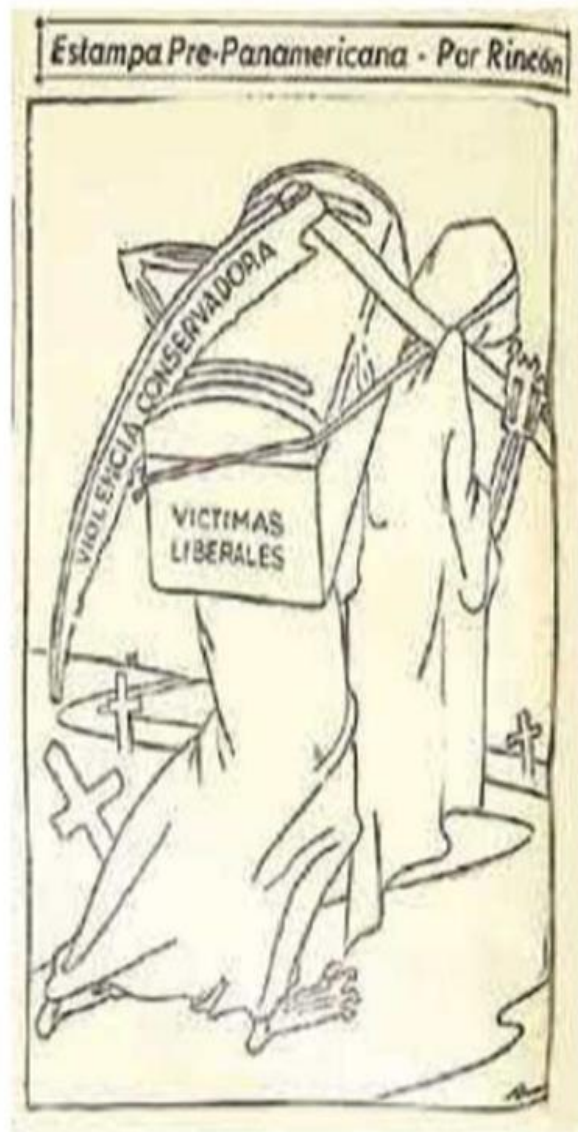


Ilustración 1. Rondón. Estampa pre-panamericana por Rondón, *Revista Credencial Historia*. No 25. (Bogotá, mayo 2000): 12.

3.5: Fin de los “Pájaros” y consideraciones

El primer “Pájaro” de algún renombre que murió fue Marco Tulio Triana Tafur, conocido como “Lamparilla”, el 6 de enero de 1950 en Toro (Valle), cuando un compañero del crimen lo hirió mortalmente.¹¹⁶ Otros bandoleros y “Pájaros” como Manuel Dolores Vélez, reconocido como “Pájaro Azul”, quien ocupó puestos públicos en la Secretaría de Agricultura Departamental en los primeros años de la Violencia, fueron perseguidos por la dictadura de Rojas Pinilla, para mermar la presión de la opinión pública. A pesar de ello, “Pájaro Azul” se escaparía de la cárcel de La Picota en Bogotá, el 31 de agosto de 1955. Años después, en julio de 1957, aparecería una noticia, en la que “Pájaro Azul” había muerto, según su argumento a causa de un accidente de tránsito. Dicha noticia se confirmaría días más tarde.¹¹⁷

En cuanto al “Pájaro” Jaime Javier Naranjo Ochoa, oriundo de Andes (Antioquia) y conocido como “El Vampiro”, fue capturado por primera vez cerca a Trujillo (Valle) en junio de 1951. Sin embargo, quedó libre y el 8 de marzo de 1954 fue capturado por un inspector de Policía en una escuela de Riofrío (Valle), luego de haber cometido un homicidio.¹¹⁸ Luego fue enviado a Bogotá, de donde posteriormente volvió a escapar.¹¹⁹ Después lograría ser capturado y remitido a la ciudad de Ibagué, donde el 22 de septiembre de 1959, ocurrió una

¹¹⁶ Véase la crónica sobre su persona y su asesinato en: *Diario Clarín*, 19 de enero de 1950. p. 2.

¹¹⁷ *Diario El Tiempo*, 12 y 20 de julio de 1957.

¹¹⁸ El 12 de marzo de 1954, el 7 y el 13 de abril de 1954, el diario *El Relator* publicó detalles del crimen y captura del reconocido Pájaro en la localidad de Salónica, Riofrío. Según su testimonio, estuvo amparado por el párroco de dicha región entre 1951 y 1954.

¹¹⁹ *Diario El Relator*, 26 de enero de 1957. p. 3.

masiva y sangrienta fuga que le permitió volver a escaparse. A finales de 1960 sería nuevamente capturado en La Estrella (Antioquia), de donde fue enviado a Cali.¹²⁰

Para 1961, fue trasladado a la Isla Prisión de Gorgona, donde permanecería hasta enero de 1965, siendo luego trasladado a otras cárceles del país. Años después, Alfredo Molano, le haría una entrevista en el libro referenciado anteriormente *Los años del Tropol*, donde el ex sicario, entre verdades y mentiras, le narró su agitada vida, así como su actuación con otros “Pájaros”, su relación con “El Cóndor” y actividades y circunstancias.

Respecto a José Vicente Mesa, conocido como “Pájaro Verde”, quien participaría en las campañas criminales de septiembre y octubre de 1949 en el norte del Valle, y sería señalado del asesinato dentro de un carro policía del panadero Moisés Manzur, en noviembre de 1949. Por ello sería capturado y enviado a la cárcel de Cali, de donde escaparía en 1952.¹²¹ Al igual que en el caso de otros criminales, las fugas reiteradas de estos ex bandoleros se produjeron en el ambiente permisivo del gobierno de Laureano Gómez respecto a los “Pájaros”, hasta el año 1953.¹²² “Pájaro Verde”, seguiría su accionar criminal en el Norte de Tolima, donde sería recapturado y herido tras algunos encuentros con sus antiguas víctimas. En 1975, sería sometido a un juicio en Bucaramanga con ocasión de sus crímenes en el Valle durante el año de 1949. En dichos juicios argumentaría que “actuó siempre coaccionado por los altos dirigentes que el país conocía y que finalmente, ellos habían sido solamente la mano armada

¹²⁰ *Diario El Relator*, 4 de diciembre de 1960. *Diario El Tiempo* 4 de diciembre de 1960

¹²¹ *Diario El Relator*, 19 de enero de 1952 y 20 de febrero de 1952

¹²² Gonzalo Sánchez, “La Violencia: de Rojas al Frente Nacional”, *Nueva Historia de Colombia*, Vol II (Bogotá: Planeta, 1989) 163.

de un poder económico y político oculto”.¹²³ Sería absuelto de sus cargos y un años después, el 1 de mayo de 1976, cuando era remitido a Cali bajo custodia para continuar su condena, fue atacado nuevamente por una ex víctima, Alberto Rendón, quien le propinaría los disparos que terminarían con su vida en la Terminal de buses de la ciudad valluna.¹²⁴

Sobre el actuar de los “Pájaros” y sus integrantes en el trajín político de la época, así como sobre el “autor verdadero” del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán cabe resaltar lo señalado por el investigador Mauricio A Montoya: “ Entre las teorías más recientes se encuentra aquella de Plinio Apuleyo Mendoza, hijo de Plinio Mendoza Neira (amigo cercano a Gaitán), quien aseveró en su momento que el verdadero asesino intelectual de Gaitán había sido Pablo Emilio Potes, reconocido detective y líder de los “Pájaros” del Valle del Cauca, el cual antes de su muerte habría confesado al coronel Luis Arturo Mera la verdad: “Por el aprecio que le tengo y para el descanso de mi alma lo mandé llamar. Yo estoy pudriéndome en vida y estoy pagando mi pecado por el mal tan grande que le hice al país: yo maté a Gaitán”.¹²⁵

Sin embargo, la impunidad cobijaría a los asesinos intermedios bajo el mando de los “Pájaros” como el “Cóndor” León María Lozano y otros de los ideólogos de la Violencia, ya que nunca fueron tocados por el gobierno militar. Incluso, luego de la caída de Rojas Pinilla, éste sería acusado de presionar a un juez que seguía un proceso en contra del “Cóndor” procurando que lo absolviese. El dictador, quien compartió con “El Cóndor”, lo instó a

¹²³ *Diario Occidente*, 27 de abril de 1975.

¹²⁴ *Diario El Caleño*, 3 y 8 de mayo de 1976. *Diario El País y Occidente*, 3 de mayo de 1976.

¹²⁵ Citado en: Mauricio Montoya y otros, *Preguntas y respuestas para comprender el conflicto colombiano T. 1* (Colombia: Impresos múltiples Ltda. 2017) 26.

defender el conservatismo, y así mismo lo libró de tocar una cárcel en el país por sus delitos, llegaría a afirmar durante su juicio ante el Senado, que gracias a “El Cóndor” el Valle del Cauca se pudo pacificar.¹²⁶

¹²⁶ Alberto Valencia G, “El juicio político a Rojas Pinilla en el congreso de la República (1958-1959) y la conspiración contra el Frente Nacional”, *Sociedad y Economía: Facultad de Ciencias Sociales y Económicas*. Cali, No. 18, (Ene.-Jun. 2010): 183-209.

Tabla 3. Los “Pájaros” y sus zonas de operación en el Valle del Cauca

Nombre	Alias	Municipios
León María Lozano	El Cóndor	Tuluá, La Marina, Fencia y
N. Zuluaga		otros.
N. Santos		
N. Hernández	Patillón	
N. Naranjo	El Vampiro	
N. Rojas		
N. Arredondo		
N. Guatama		
N. Aguilera		
N. Villegas		
N. Zapata		
N. García		
N. Castaño		
N. Pedraza		
N. Atehortúa	El Loco	

N. Carmona	El Indio	
N. Puertas	Galope	Trujillo
N. Caicedo	El Sargento	Buga
N. Zapata N. Quintero		Ginebra y sus veredas
Uriel Maya Marcos Granada Caín Sánchez N.N	El Montañero	Sevilla y norte del Valle
Efrén Osorio Juan Osorio N.N N.N N.N N.N Tres hermanos Dos hermanos	Rayo Malasombra Sufrido Corozo Los Calandrios Los Molina	Norte del Valle con la cuadrilla de “Melco”

Marco Tulio Tafur Triana	Lamparilla	Bugalagrande, Galicia,
José Vicente Mesa	Pájaro Verde	Ceilán y Primavera
Manuel Dolores Vélez	Pájaro Azul	
	El Pollo	
	Cabeza de Huevo	
	El Paisa	
	Caresebo	
	El Sorpresas	
N. Hernández		Toro y sus veredas
N. Obonaga		
N. Esquivel		
N.N	Nano	Restrepo y sus veredas
N.N	Lalo	
N.N	Mojojjoy	
N.N	Ventarron	
N.N	Pelusa	

Referencias: *El Relator*, (Cali), 1949-1957. *El País*, (Cali) 1949-1957. *El Tiempo*, (Bogotá) 1955. Alfredo Molano, *Los años del tropel*, (Bogotá: El Áncora, 2000), Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días* (Bogotá: Oveja Negra, 1986), Darío Betancourt Echeverry y Martha García, *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el Occidente colombiano* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990)

Hacia los años 1955 a 1957, como forma de resistencia a la violencia conservadora de los “Pájaros”, en el seno mismo de las comunidades campesinas surgieron las cuadrillas bandoleras, de tendencia liberal. Dichas cuadrillas adquirieron pronto filiación partidista y se desdoblaron en bandolerismo social, en bandidismo y finalmente, se convirtieron en guerrilla a fines de la década del cincuenta como proyecto político alternativo.

Los “Pájaros”, si bien tuvieron su aparición en el Valle, se desplazaron de sur a norte y hacia otros departamentos para hacer el trabajo *sucio* favorable a los terratenientes y hacendados que se enfrentaron al creciente movimiento campesino de los años sesenta.¹²⁷ Posteriormente, con el auge de las mafias de la marihuana y la cocaína, la modalidad “pajaril” fue redescubierta y revitalizada en Antioquia y el Valle. Puede decirse entonces, que buena parte del paramilitarismo y sicariato actuales fueron construidos sobre los restos de las violencias del cincuenta pues irrumpieron al igual que sus antecesores, como grupos de matones “politizados” y “motorizados”, que actuaron amparados con el visto bueno del régimen imperante, y que sirvieron a su vez para afianzar las áreas de influencia de tendencia ideológica conservadora. De igual manera, se puede afirmar que la Violencia no entorpeció la expansión capitalista del Valle del Cauca. Por el contrario, los índices de urbanización, industrialización y proletarianización se afianzaron en el marco de las diversas tendencias ya existentes antes del comienzo del período denominado como la Violencia. Más aún, en

¹²⁷ Se puede ver la actuación de los “pájaros” en el departamento de Caldas, donde se resalta que actuaron macabramente, el 29 de octubre de 1949, en el corregimiento de Arauca, donde asesinaron a 49 personas. Véase el estudio sobre el caso: Jaime Castañeda Hernández, *El lado b de la historia. Un caso de violencia política en el corregimiento de Arauca, Caldas Colombia, el 29 y 30 de octubre de 1949* (Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y ciencias de la educación maestría en Historia y Memoria. 2016)

términos comparativos, el mayor número de nuevos ingenios azucareros surgió precisamente en la peor época de la Violencia: entre 1948 y 1953, con lo que se reafirma la tesis anteriormente planteada de que en época de Violencia, se dio un fenómeno de crecimiento económico, que al parecer, se produjo de manera simultánea a los muertos dejados por la saña de los violentos en el país.

4-Los “Pájaros” en las letras colombianas

“El escritor se convierte en espectador y actor al mismo tiempo, de ese drama que lo atormenta y lo fuerza a escribir, como el único medio a su alcance para desahogar su espíritu, saturado por ese cúmulo de problemas que ha visto gravitar sobre la sociedad, y que en su temperamento esencialmente emotivo, no ha podido menos que hacer suyos.”¹²⁸

Gerardo Suárez Rondón¹²⁹

Ahondar sobre los relatos que se presentan a continuación, es acercarse a una parte de la historia de Colombia que se narra desde la óptica literaria y testimonial. Servirá además para dar luces sobre sucesos que no quedaron fidedignamente retratados en la prensa o en el discurso oficial, por lo que los testimonios constituyen de igual manera, un contrapeso a la historiografía tradicional, que desdeña en algunos casos del relato literario. La descripción en detalles respecto a las masacres, el actuar de los “Pájaros” y sus principales cabecillas, también se muestra en las obras, con alusiones a lo que verdaderamente pudo haber pasado en la época de las masacres y asesinatos sistemáticos, que se dieron a lo largo y ancho del país, y en el caso concreto que interesa en el presente estudio, la zona del Valle del Cauca.

¹²⁸ Gerardo Suárez Rondón, *La novela sobre la violencia en Colombia* (Bogotá: Luis F. Serrano A, 1966) 4.

¹²⁹ Crítico literario e investigador colombiano. Su obra ahonda sobre las narrativas, temas y problemas de La Violencia en Colombia

4.1 Arturo Álape, “Noche de Pájaros”. Una descripción y un testigo oculto

El nombre real de este autor fue Carlos Arturo Ruiz (1938-2006) y nació en Cali. Estudió pintura en el Instituto de Cultura Popular de Cali (1955-1959) y fue miembro activo de la Juventud Comunista. En los años sesenta decidió adoptar el apellido de Jacobo Prías Álape, como homenaje a este líder comunista que organizó la resistencia campesina en el sur del Tolima en los años de La Violencia, cuyo asesinato, según el mismo autor, fue el punto de partida del conflicto armado colombiano.

En 1984 escribió su primera novela: *Noche de Pájaros*. Allí recrea el paisaje de la catástrofe, aunque instalado, conciencia adentro, en el testigo de un genocidio: la masacre de la Casa Liberal en Cali, acaecida en octubre de 1949, y que motiva a Álape a denunciar la identidad de los culpables. Para dicho efecto, el literato que se encarna en aquel testigo, muestra a un hombre que recurre a ocultarse y a guardar silencio como recurso para sobrevivir. El hombre que atrapado como una bestia en los límites de su piel, se refugia en estados oníricos, teje fantasías y huye a su pasado, en donde se encuentra con Agripina, mujer del protagonista de la historia, dotada de una pata de palo. También recuerda el ahogamiento de su hermano Fernando en las aguas del río Cali, a los tuberculosos del café Bola Roja, a la muchachita que vendía su cuerpo por una palada de carbón, al personaje que con la Biblia en mano salía por las calles nocturnas a bendecir el sexo de las prostitutas y del cual estas se burlaban. Álape

funda la metáfora brutal del silencio y el miedo a la palabra, como si narrar y denunciar hechos concretos en estos momentos, fuera una idea rayana en el suicidio.¹³⁰

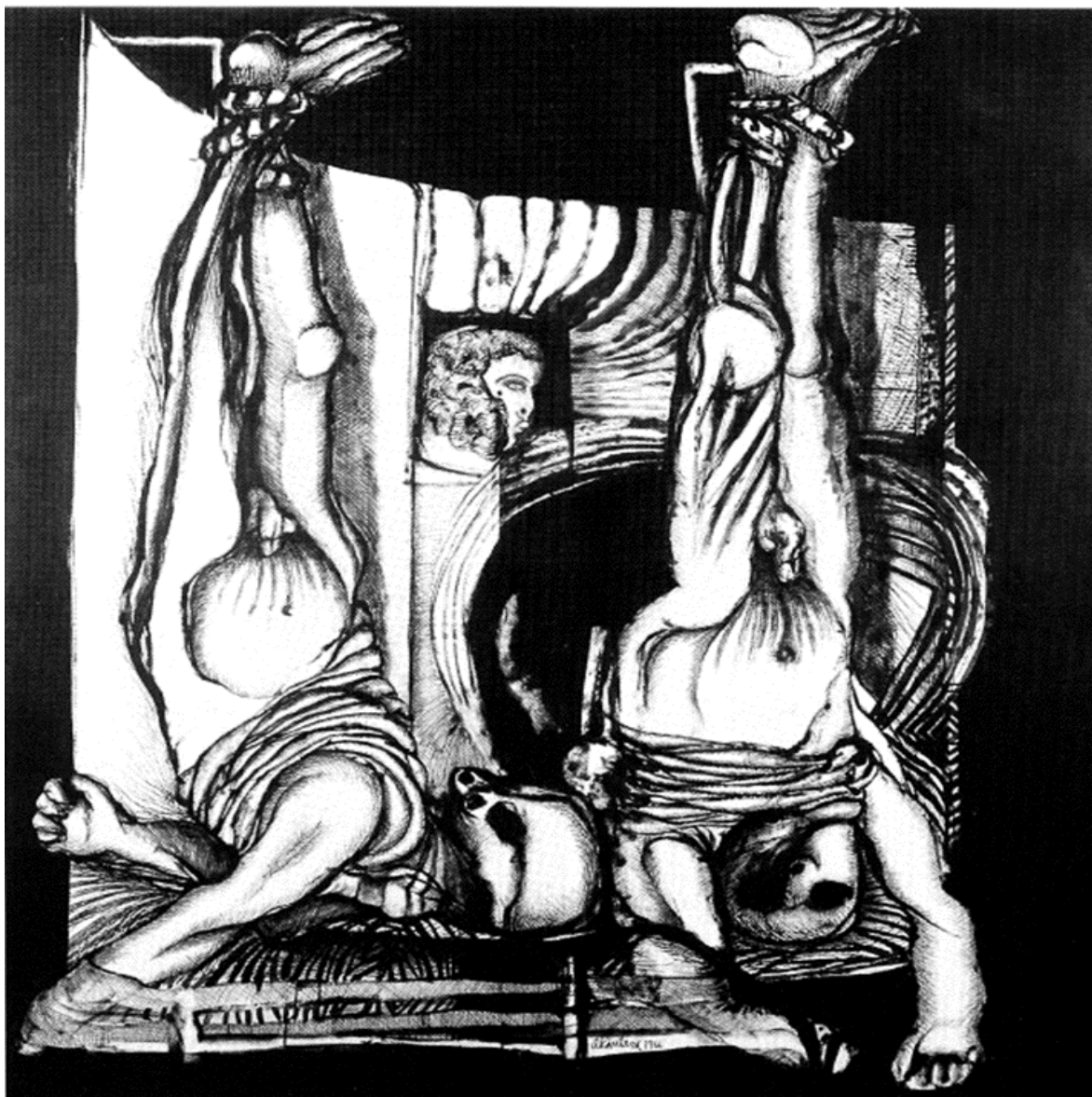


Ilustración 2. Pedro Alcántara, *El martirio agiganta a los hombres raíz*. Cali. 1966
<http://www.colarte.com/graficas/pintores/HerranPedroAlcantara/HerPmtb06.jpg> (13/05/2017)

¹³⁰ César Augusto Buitrago Orozco, *Arturo Álape, creación por medio del diálogo en la novela sangre ajena* (Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira. Facultad de Ciencias de la Educación, 2010) 42-67.

El libro es rico descriptivamente, quizá más en el universo del personaje y su esposa, que de los sucesos de la Casa liberal. Aun así, abundan también las metáforas y la vinculación directa del lector, como si este fuera el protagonista de la novela; se le plantean cuestiones que debe resolver, se le llama a la acción y a la introspección durante todo el relato, haciendo que no se vuelva un relato monótono que narra simplemente hechos inconclusos poblados por personajes neutrales.

Álape también describe el accionar de los “Pájaros”, y destaca su ya señalada metodología en el empleo de vehículos motorizados, que estos personajes usaban para amedrentar a la población. “Esos carros grandes y negros. Ellos son hombres que confunden su identidad en la bruma nocturna, viven en ella como potros salvajes en la más despiadada pradera. Su juego consiste en el conocimiento que tienen de la noche, la olfatean a cualquier distancia. El albur está en sus gatillos”.¹³¹

El autor en mención muestra de manera realista, pero también metafórica, el miedo que existía durante las noches de Cali, lugar donde se cumplía el toque de queda, pero a pesar de ello las amenazas, así como los cadáveres, aparecían subrepticamente en las calles. “En el mundo existen hombres que comen de matar a otros hombres. Y hoy, noche invadida por las estrellas del verano, usted es uno más, otro noctámbulo imprudente y atrevido, que de antemano está marcado en su rostro con una seña inequívoca al entrar en sus fauces”.¹³²

¹³¹ Arturo Álape, *Noche de Pájaros* (Bogotá: Planeta, 1984) 10.

¹³² Álape 14.

Sicarios es la palabra empleada por este autor al narrar efectivamente los hechos atinentes a los “Pájaros”, personajes a los que muestra como máquinas lúgubres, que se lucran de la vil tarea de dar muerte a las personas:

“Y corre viendo a un pájaro que vuela sin vaivenes, que ahuyenta la noche al explayar sus alas, que rebasa la nube más alta y se impulsa en picada y viene sobre su cabeza, diminuta desde el aire, sosteniendo en su pico un revolver calibre 38 largo, que dispara sin compasión sobre su cerebro, y como vidrio que se astilla, brota sangre coagulada en esquirlas que chocan contra las paredes de las casas que se desploman”.¹³³

Álape describe también la manera en que los “Pájaros” se vestían, intimidaban y operaban, siempre en grupos o cuadrillas de maleantes, que se regocijaban con el crimen:

“Calados los sombreros hasta las cejas y los revólveres en las manos, coparon la entrada abierta al patio y ese grupo uniforme, comenzó a moverse como arena movediza, meticulosamente cada uno a su puesto, produciendo en usted un terror inexplicable. La razón vino a sus ojos como una astilla. Los hombres ensombreados

¹³³ Álape 32.

disparaban ahora a un fácil blanco localizado en esa masa inerte, apeñuscada, resignada”.¹³⁴

El relato parece perderse en algunos momentos en las ideas profundas y acusadoras del personaje Antonio, que se pregunta constantemente diversas cuestiones, sobre todo las referentes a sí mismo y a su relación con su joven esposa Agripina de 22 años, que es su refugio, pero a su vez, este hombre se cuestiona sobre la frialdad que la embarga en algunos momentos.

Álape no hace una mención directa de la masacre de la Casa Liberal en Cali, debido quizá al temor de retroalimentar estos hechos macabros; sin embargo, se deduce fácilmente por su descripción, y porque el relato transcurre casi que de principio a fin, en la capital vallecaucana: “El río Cali le regala sus aguas al Cauca y por toda su plana geografía, la madera de los cajones se abre en astillas, dejando al descubierto los cuerpos de los hombres que se asemejan a un gran pez de pelambre negra, escamas hechas de camisas de colores, bocas abiertas como branquias y colas de piernas oleándose en sus zapatos, espaldas arponeadas por finos orificios”.¹³⁵

¹³⁴ Álape 86.

¹³⁵ Álape 99.

La descripción de la muerte es cruda y contada sin más. Si bien, no es la manera realista que se observa en la novela *Viento seco*, (como se relatará más adelante) es una manera de narrar, de manera fría y calculada, los sucesos que rodearon las múltiples muertes ocurridas en Cali.

Al final del relato, el protagonista Antonio muere, al igual que Agripina. Ello produce la sensación de que el lector mismo hubiese sido herido de muerte. Lo que se describe entonces es algo que asemeja la muerte del protagonista, a la muerte del lector: “Luego, las mismas manos que dispararon, lo arrastran por el piso, lo cogen en vilo y su cuerpo cae sobre la parte trasera de la volqueta. En un largo reconocimiento de cadáveres, llevan el suyo sobre el puente de Juanchito, lo lanzan al río Cauca, en el aire da volantines y cae verticalmente y las aguas se despiertan”.¹³⁶

En resumen, el relato de Álape es directo, abundante en metáforas, pero no abiertamente descriptivo o crítico, a la hora de señalar e impugnar hechos a determinados responsables individuales. De igual manera, trata de establecer una narración en la que la definición y orientación de los personajes no se encuentra definida, y hace que el lector se cuestione constantemente acerca de si los sentimientos y acciones expresados por los protagonistas se asemejen a los suyos propios.

¹³⁶ Álape 102.

4.2: Gustavo Álvarez Gardeazábal, una versión “parroquiana” de los “Pájaros”

Gustavo Álvarez Gardeazábal, nació en Tuluá en el año 1945. Es un destacado escritor, columnista y político colombiano, así como Doctor Honoris Causa en Literatura por la Universidad del Valle. Sus libros hacen alusión a temas diversos, pero entre ellos es el fenómeno de la Violencia el que lo impulsó a publicar sus primeros escritos, dando forma inicial a su carrera literaria. Entre sus producciones se destaca la novela de lectura obligada a la hora de hablar de la Violencia en Colombia, así como de los “Pájaros” del Valle: *Cóndores no entierran todos los días*.¹³⁷ Es tal vez su novela más importante. Está escrita en lo que su propio autor llama una prosa no dialogada, y su estructura narrativa se acerca mucho a la de una crónica periodística: recoge distintos testimonios de los hechos, pero los entreteje bajo el signo de lo que podría llamarse el rumor. Introduce, además, el mito y las creencias populares (evidentemente exacerbadas por los hechos), no sólo a manera de fuente sino como elemento en la estructura misma de la historia relatada. La conjunción de estos dos elementos: el rumor y el mito, garantizan que su género se encuentre del lado de la ficción.

La narración comienza con la siguiente expresión: "Tuluá jamás ha podido darse cuenta de cuándo comenzó todo". Tuluá (centro de operaciones y el lugar de reunión de los “Pájaros”) pero es simultáneamente un personaje más que representa la conciencia colectiva. Ese entorno, descrito como un lugar maldito, es de igual modo un ser incapaz de tener conciencia de su historia, o más bien, un ser aturdido por una conciencia mítica tan arraigada que le

¹³⁷ Cabe resaltar que el tema de la novelística de la Violencia en Colombia fue tema preponderante de estudio para este escritor en sus primeros años, al respecto remítase a su estudio: Gustavo Álvarez Gardeazábal, *La novelística de la Violencia en Colombia* (Cali: Universidad del Valle. 1970)

impide percibir los hechos desde la distancia histórica, y por eso tiende a re-mitificarlos de nuevo. Así, por ejemplo, se afirma que ese nueve de abril (asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá) es el día en que todo comenzó: “Tuluá no quiso grabarse ningún acto de depravación ni las caras de quienes encabezaban la turba, pero si elogió y convirtió en una leyenda la descabellada acción de León María Lozano cuando se opuso con tres hombres [...] un taco de dinamita y una noción de poder, que nunca más volvió a perder, a que la turba [...] hiciera lo que en otras ciudades y poblados hicieron ese día [...]”.¹³⁸

Ese “ellos” alude a los habitantes de Tuluá, encarnación que representa la conciencia (o inconsciencia) colectiva, y sirve al autor para asumir su función de “historiador”, esto es, actor que busca mostrar (y así mismo contrastar) una visión privilegiada desde la conciencia histórica (ya no mítica) de los hechos. Por tanto, al tono mítico de la narración (que se va generando a través del uso de fuentes orales y de la inclusión de mitos y creencias populares), se antepone un registro de fechas exactas, una precisión cronológica constituye estrategia de desmarque empleada por el autor de la obra para precisar los dos tipos de conciencia puestos en juego en la novela.

Existe entonces un narrador, personaje privilegiado, un individuo que hace las veces de héroe, que rescata del olvido, o de lo mítico, los hechos; paralelo a ese otro personaje que vive y crece por efecto de la inconsciencia del pueblo. De este modo, a Tuluá, como colectivo (y como símbolo del pueblo colombiano) se le puede acusar por su mala memoria, por su

¹³⁸ Gustavo Álvarez Gardezabal, *Cóndores no entierran todos los días* (Bogotá: Oveja Negra, 1986) 13.

percepción equivocada de los hechos, por sus sobresaltos inútiles, por su miedo, y en últimas, por su resignación; es decir, por su enredo en el mito, que le impide hacer y escribir su propia historia.

“El Cóndor”

De mensajero a dueño del puesto de quesos de la plaza de mercado y posterior líder de los asesinos de su región durante la violencia guerrillera, León María Lozano, apodado “El Cóndor”, (esto es, el rey de los “Pájaros”) fue un hombre polifacético. En la novela se le muestra como un hombre de fe, piadoso y fanático del partido conservador, machista y celoso, pero a su vez buen padre, vanidoso pero reservado, cumplidor de su deber y vengativo, calculador pero supersticioso, desinteresado pero rencoroso. Sufre un asma terrible, y siempre anda esperando el momento en que se cumpla la predicción del médico que diagnosticó su muerte por asfixia.

Bajo su responsabilidad surge un prontuario de terror y de miedo, y aunque sólo una vez usó las armas, fue el autor intelectual de masacres y múltiples asesinatos, y hasta de la única "sangría fina" que se llevó acabo en Tuluá, cuando ordenó asesinar a siete de los "señores del pueblo”, que habían redactado una carta abierta repudiando sus actividades.¹³⁹

¹³⁹ El denominado y anteriormente mencionado “batallón suicida”. Véase también al respecto: Omar Franco Duque, *Carta suicida de Tuluá* (Bogotá: Feriva, 2014)

Sin embargo, es en realidad la doble narración (la del historiador que precisa detalles y la de la fuente popular y la leyenda que los mitifica), la que deja al final un sabor a ambigüedad con relación a su personalidad. ¿Héroe o asesino? Aquí las dos percepciones se cruzan: la del mito y la del historiador, la del rumor y la de la reflexión. Esa es la causa de la ambigüedad, porque ante el peligro de quedarse sólo con la percepción mítica y popular, se contrapone la visión distanciada del historiador, pero no por ello libre de una determinada convicción política y religiosa.

Aún si la convicción política y religiosa de “El Cóndor” explicara sus actos, no los justifica, en la medida en que terminaron siendo vandálicos que sólo alimentaban su poder y el engrandecimiento de su imagen personal y la de su grupo de “Pájaros”.

Incluso, un hecho tan extraño como el de mandar asesinar a los "señores" a los que servía (que se habían cansado de su imagen), puede observarse desde las dos ópticas contradictorias: como un acto de heroísmo -o de autonomía-, o como una manifestación más de su *hybris*, de su deseo de poder. En el primer caso, la perspectiva es mítica, en el segundo, histórica. Tal ambigüedad es efecto de la estrategia narrativa, pero también de la expresión de un sincretismo propio.¹⁴⁰

¹⁴⁰ Jaime Alejandro Rodríguez, “Pájaros, bandoleros y sicarios. Para una historia de la violencia en la narrativa colombiana”, *Revista Universidad Javeriana*, (Bogotá: 2012): http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/jar_otro.txt/pajaros/006.html (22/02/2017)

Quizá la mejor descripción de los “Pájaros”, así como del “Cóndor”, sea la que hace el autor en el libro en mención.

“León María Lozano manejó con el dedo meñique a todo el Valle y se tornó en el jefe de un ejército de enruanados malencarados, sin disciplina distinta a la del aguardiente, motorizados y con el único ideal de acabar con cuanta cédula liberal encontraran en su camino. De todos sus pescuezos colgaban escapularios del Carmen. La mayoría iba a misa todos los domingos y comulgaba los primeros viernes. Todos, menos el jefe, que nunca cargó otra arma distinta que su mirada de mula cansada, iban armados con dos o tres revólveres y una carabina. Viajaban en carros azules, sin placas: o en las volquetas de la secretaría de obras públicas [...]”.¹⁴¹

La muerte

De acuerdo con la estructura narrativa, se pueden rastrear en la obra al menos dos tipos de actitudes ante la muerte: una, la que sostiene el pueblo y su visión mítica de los hechos; y la otra, aquella que es denunciada por el historiador: el *modus operandi* de los “Pájaros”.

Esos hombres llegaban antes del anochecer, tocaban la puerta, preguntaban por el dueño de la casa, lo hacían salir como se encontrara y sin permitirle siquiera dar un beso a su mujer o a sus hijos. Luego lo montaban en uno de los carros azules que rondaban en aquellas noches

¹⁴¹ Álvarez 94-95.

en el Valle del Cauca. Al día siguiente, la mujer y los hijos tenían que ir al anfiteatro a reclamar el cadáver, que casi siempre era encontrado por pescadores del río Cauca o por los barrenderos del municipio en la avenida del río Tuluá. El cadáver no llevaba otra marca distinta que balazos en la nuca, o rastros de las cabuyas con las que los asesinos amarraban de pies y manos para luego tirarlo al río.¹⁴²

Ese sistema se perfeccionó tanto en los mecanismos de selección de las víctimas como en su anuncio, y también en la misma manera de asesinar. León María Lozano llegó a tener bajo sus órdenes varias bandas que se repartían el territorio.

Posteriormente empezaría la sevicia y el descontrol: los muertos ya no sólo aparecían agujereados, sino que lucían “rematados” y desmembrados, y ya no sólo eran liberales: “los pájaros ya no respetaban recinto. Los escondites no eran válidos ni para liberales ni para conservadores. Si (alguien) no les caía bien, pues lo mataban”.¹⁴³ La muerte no hacía su aparición solamente en la noche: “Las bandas de León María comenzaron a matar no solamente en sus rondas nocturnas, sino a pleno día”.¹⁴⁴ El asunto se salió de cauce: “Los muertos siguieron creciendo y el sadismo empezó a aparecer en las matanzas... los muertos ya no solamente fueron hombres.”¹⁴⁵

¹⁴² Álvarez 99.

¹⁴³ Álvarez 127.

¹⁴⁴ Álvarez 137.

¹⁴⁵ Álvarez 139.

Producto de ese descontrol (que se manifestó con el surgimiento de jefes que ya no respetaban la autoridad del “Cóndor”) llegó el cansancio, el enfrentamiento y el miedo de los mismos “Pájaros”: "Los pájaros ya empezaban a tener miedo. La sangre de tantos muertos, aunque les había hecho costra, ya les estaba pesando".¹⁴⁶

En paralelo con esa visión "histórica" de la muerte, surge la visión mítica que se niega a creer que algo como lo anotado haya podido ocurrir a manos de los coterráneos. De otra parte, mitifica los hechos, atribuyéndolos a fuerzas sobrenaturales. Tuluá, portador de la conciencia colectiva, siempre evadió los hechos patentes o los reelaboró, como una manera de borrar, de eliminar lo que no se quiere que se sepa, o simplemente lo que no se entiende del todo. Una manera más del olvido como ejercicio de la memoria. En todo caso, aún frente a la evidencia, los habitantes de Tuluá "no pusieron bolas, continuaron con sus versiones fantásticas, comenzaron a ver el Jinete del Apocalipsis y olvidaron la noche de los muertos".¹⁴⁷

Esta visión no sólo debe contrastarse con la denuncia del narrador, sino además con la actitud de los orientadores políticos de la guerra, que dotaron a las bandas de toda la infraestructura paramilitar.

¹⁴⁶ Álvarez 146.

¹⁴⁷ Álvarez 86.

La otra actitud reseñada ante la muerte es la del propio León María, quien osciló entre la superstición, la rutina y el cinismo. León María estuvo siempre convencido de que su propia muerte se encontraba predeterminada, y que sólo tenían una manera de morir: la vaticinada por el curandero que le trataba el asma. Pero ante la muerte masiva de la que era responsable, León María se comporta con cinismo.

Autor-personaje

Se ha aclarado ya que las estrategias narrativas de *Cóndores no entierran todos los días*, consisten en contrastar la visión mítica con la visión histórica y crítica de los hechos. La novela es relatada por un narrador omnisciente, que es capaz de balancear ambas visiones, un narrador que constantemente enjuicia la visión mítica y actúa como enunciador, como señalador de la verdad de los hechos y de sus complejas interrelaciones. De modo que la relación entre autor y personaje se daría en la medida en que se acepte que el narrador-historiador es a la vez, portador de la visión de mundo del autor, quien se propone denunciar no sólo los hechos violentos, sino la inmutabilidad de las propias víctimas, en un esfuerzo por crear una conciencia histórica del fenómeno de la Violencia. Recuérdese que los dos personajes principales de la novela son: el Cóndor, a la vez protagonista real de los hechos y leyenda popular; y Tuluá, que se ha antropomorfizado para representar la conciencia colectiva que, si bien avanza, en últimas no evoluciona. Quizás la mejor metáfora para establecer esta doble relación sea la que propone el propio autor cuando, al final de su

prólogo, donde afirma que el origen de la novela está en la visión del niño tuluense que ahora ha crecido, es decir que ha tomado *conciencia* de los hechos.

4.3 Daniel Caicedo, “Viento seco”. La novela realista como testimonio

Daniel Caicedo¹⁴⁸ fue un médico y escritor nacido en Cartago (1912). *Viento seco*, publicada en 1953, es una de las primeras novelas que sobre el tema de la Violencia vieron la luz en el país. Describe de manera descriptiva y sangrienta, las atrocidades que se cometieron en diversos lugares del Valle del Cauca entre 1949 y 1953. Su epicentro lo tejen dos episodios históricos, ocurridos en el mes de octubre de 1949: el primero en el caserío de Ceilán, próximo a las poblaciones de Bugalagrande y Tuluá –en el Valle–, donde la policía asesinó a múltiples campesinos; y el otro en la Casa Liberal de Cali, donde un grupo de detectives, bajo las órdenes del gobernador del Valle, asesinó a los sobrevivientes de innumerables matanzas (realizadas a lo largo del departamento) y luego refugiados allí. Según el relato de Caicedo, tanto la policía de la ciudad como la jerarquía de la Iglesia Católica, actuaron como cómplices en los acontecimientos.

Los protagonistas de la novela son Antonio Gallardo y su esposa Marcela. Los padres de Antonio, así como algunos de los trabajadores de su finca murieron torturados y calcinados según lo ejemplifica el relato:

¹⁴⁸ Daniel Caicedo ejerció su profesión como médico, algo que puede verse claramente a lo largo de sus relatos. Escribió así mismo obras de carácter científico y literario, como: *Esquizofrenia y dolencias de Simón Bolívar; Biografía y explicación de la teoría de la relatividad de Einstein* y la novela *Salto al vacío*. [Obras sin información de publicación].

“Se dio cuenta en una mirada de horror que sus rostros estaban deformados y que sus cuerpos, mutilados, presentaban heridas del color de las llamas. El viejo José Gallardo había sido cegado y otro enorme tajo dejaba salir los intestinos. Los peones habían sido castrados y de sus bocas arrancadas las lenguas. Las dos mujeres presentaban en vez de pechos dos heridas que manaban trenzas de sangre. Ambas habían sido violadas y hendidas con bayonetas”.¹⁴⁹

La hija de ambos, una niña de seis años también fue violada y torturada y muere en brazos de Marcela, cuando iban camino a la ciudad de Cali. El autor resalta el hecho de que previamente al lugar de la masacre, muchas de las casas, como se narra en la novela, ya se encontraban señaladas con una cruz azul, signo de que sus habitantes eran conservadores y, por ende, no debía ocurrirles nada. En *Viento seco* la tortura, así como las depravaciones y vejámenes contra la población, parecen no acabar nunca y los detalles de los ultrajes cometidos se narran con minuciosidad; en especial la saña con la que trataban a los liberales, a los protestantes, a las mujeres solteras o en estado de gestación. Por ejemplo, en un momento de la novela, Antonio y Marcela deben esconderse mientras intentan escapar del fuego abrazador de Ceilán, y desde su escondite pueden ver cómo asesinan a un líder liberal junto a toda su familia. El relato es visceral:

“El descuartizador tenía maniatado a Jorge López, jefecillo liberal de la vereda, a quien pinchaba con un afilado cuchillo de matarife. Los gritos le causaban satisfacción. Le torturó largo rato con destreza inigualable. Le cortó los dedos de las

¹⁴⁹ Daniel Caicedo, *Viento seco* (Medellín: Nuestra América, 1954) 54-55.

manos y de los pies. Le mutiló la nariz y las orejas, le extrajo la lengua, le enucleó los ojos, y a tiras, en lonchas de grasa, músculos y nervios, le quitó la piel. Lo abandonó en su agonía de sangre, para alcanzar a una mujer que corría, y a la cual se contentó con cercenarle los pechos y hendirle el sexo. Y en los estertores de la muerte, la poseyó”.¹⁵⁰

Profusas son también las descripciones de los principales líderes de los Pájaros y su accionar, siendo mencionados específicamente cuatro de ellos: Lamparilla, La Hiena, El Vampiro y Pájaro azul, quienes fueran en su momento los cabecillas destacados del grupo, por su manera macabra y fría de asesinar y amedrentar a la población. Al respecto se señala: “Lamparilla, el jefe de los Pájaros, les ordenó a unos detectives y policías que hicieran subir a los detenidos en los camiones [...] En tres camiones apiñaron a golpes a ciento cincuenta prisioneros, que se asfixiaban por el apeñuscamiento [...] Los moribundos y los cadáveres fueron hacinados a pocos pasos, rociados con gasolina e incendiados.”¹⁵¹ Sobre el Vampiro, jefe muy temido en la zona, *Viento seco* describe: “Pegado al cuello de un joven moribundo, el Vampiro tragaba, sediento, la sangre que manaba de la yugular abierta. Repetía el episodio que le dio su apodo”.¹⁵² Pájaro Azul también es descrito en el relato, en especial por disfrutar de las torturas que infligía sobre sus víctimas: “Pájaro Azul, ratero y asesino de profesión, impuso la tónica. Cayó con saña infernal sobre un hombrazo de acero y le pinchó hasta que sus gritos tuvieron modalidad espectral. El rostro contraído, el llanto y el terror contracturando todos los músculos le satisficieron plenamente. Así sí valía la pena”.¹⁵³ Quizá, el relato más

¹⁵⁰ Caicedo 56-57.

¹⁵¹ Caicedo 60.

¹⁵² Caicedo 61.

¹⁵³ Caicedo 66.

sobrecogedor sea el de la Hiena, quien era reconocido por oficiar “prácticas oscuras”, por promulgar ideas del satanismo, así como de brujería. Sus torturas, eran casi un ritual:

“La Hiena, celebraba sus ritos de magia negra. Había preparado con chamizas una pequeña hoguera y se dirigía con su cuchillo de doble filo hacia un muchacho de quince años que tenían cogido [...] Como gran iniciado del ocultismo satánico sabía que el corazón de un joven devolvía la juventud. Él era un anciano y quería volver a sentir los ardores de sus veinte años. En las matanzas de Betania, de Fenicia, de Salónica, del Dovio, de La Primavera, de Andinápolis, de Restrepo, de La Tulia y del Águila había adquirido gran práctica en el arrancamiento del corazón”.¹⁵⁴

Relatos de este tipo se encuentran presentes en toda la novela, que es muy gráfica en descripciones y en señalamientos concretos sobre la forma de actuar de los victimarios. También es recurrente el amparo, la impunidad en que se movían y permanecían los mismos, contando con el apoyo de la Policía, el Ejército y algunos sacerdotes católicos: “Los desdichados temblaban como azogados en espera de la muerte. Imploraban piedad con gritos desgarrados cuando tenían lengua y con ojos desorbitados cuando tenían ojos, pero los policías no daban cuartel [...] El cura bendecía desde un altillo y en su mirada resplandecía la luz fervorosa y mística del oficiante de un rito sagrado”.¹⁵⁵

¹⁵⁴ Caicedo 66.

¹⁵⁵ Caicedo 67.

El relato continúa luego de la desolación de Ceilán y se inserta en los sucesos ocurridos días después en la Casa Liberal de Cali, a la que llegaron los pocos sobrevivientes de las matanzas ocurridas en algunos fortines liberales en el Valle del Cauca y regiones adyacentes, como el Tolima y Caldas. Allí, según aparece en el relato, la violencia y la saña parecen no terminar. Aparecen a su vez otros personajes de la novela, como Cristal, cuyo verdadero nombre era real Clara Isabel, quien fuera violada por 17 agentes de policía en una vereda de Armero (Tolima). Jura venganza a muerte contra sus agresores y busca refugio en la Casa Liberal de Cali, donde atiende con ánimo a los desplazados que llegaban cada día. Convergen en la Casa liberal, múltiples refugiados que huían de la violencia sádica de sus torturadores, y exponen testimonios como el siguiente:

“Sólo puedo decirle, don Antonio, que de Andinópolis y La Primavera no quedamos con vida más de diez. Los Chulavitas cayeron sobre esos poblados convertidos a la fe evangélica y los arrasaron. Fue horrible. Yo me guarecí en el zarzo de un gallinero, desde donde vi los asesinatos del pastor Davison y de la familia a su servicio. Con ellos se cebaron más que con el resto de los moradores: a la criada y a dos niñas las violaron unos veinte policías. Después les enterraron las bayonetas por el sexo y les cortaron los pechos. Como la madre estaba embarazada, le dieron una gran cuchillada en el vientre por la cual salió el feto de seis meses, que pataleaba. Uno se acercó y lo ensartó en el machete [...] y luego se lo puso en la cara a la agonizante [...] El pastor Davison veía maniatado, de rodillas, perpetrar el crimen [...] Como fin de fiesta los agentes del gobierno orinaron sobre él y algunos defecaron en su cara”.¹⁵⁶

¹⁵⁶ Caicedo 109-110.

Según el relato, en las masacres ocurridas en el año 1949, actuaron no solamente los “Pájaros” como grupo armado conservador, sino que así mismo, el grupo armado y bandolero de Boyacá, denominado los Chulavitas¹⁵⁷, que también era muy temido en la zona, en la cual hizo su aparición.¹⁵⁸ En el relato, sin embargo, no parecen distinguirse bien dichos grupos, ya que existe confusión en el uso de estas denominaciones, pues amparados en el anonimato, ambos grupos indistintamente llegaba a los diversos escenarios, unas veces con uniformes oficiales y otras como colectivos de civiles armados. Obedecían pues, en su forma más básica, a la denominada “conservatización” del Valle del Cauca y sus alrededores. Como se nota, los grupos conservadores parecían querer todo el poder y el control para sí:

“-Como usted sabe- decía Roberto-, el presidente actual quiere perdurar su partido en el poder, y, aconsejado por los jesuitas, se ha convertido en el jefe espiritual de las matanzas. Lo respaldan el Ministro de Gobierno, los alcaldes, los Inspectores y los cuerpos de la policía y el detectivismo. Una maquinaria de horror que cuenta con la pasividad del ejército, que indiferente ve vaciar las cárceles de toda la república para engrosar con criminales comunes las brigadas de choque”.¹⁵⁹

¹⁵⁷ Para un acercamiento literario e histórico, referente al accionar de los Chulavitas en la sabana cundiboyacense, véase: Próspero Morales Pradilla, *Los chulavitas y otros relatos* (Bogotá: Seix Barral, 1997), Eduardo Caballero Calderón, *Siervo sin tierra* (Bogotá. Oveja Negra. 1981) Mauricio Montoya y otros, *100 preguntas y respuestas para comprender el conflicto colombiano* (Colombia: Ilustraciones Oscar Ulloa, 2017) 45.

¹⁵⁸ En su columna periodística escribía Eduardo Caballero Calderón sobre los policías boyacenses: “Converse usted con ellos dos palabras y se convence de que son, para usar el término más benévolo, brutos con uniforme”. En: *El Espectador*, mayo 19 de 1949. 4.

¹⁵⁹ Caicedo 115.

En la Casa liberal, ocurren pues de nuevo la masacre, la tortura y el permiso pleno y absoluto a los cuerpos de seguridad del Estado del momento de ejercer violencia sobre ella. Aparecen retratados, no solo en la novela *Viento seco*, sino también en la prensa -no censurada- de la época en mención, donde se narran los hechos de forma fría y cuasi estadística, como lo relata el periódico *El Relator*, de Cali.

“¡¡La matanza del sábado en la Casa liberal de Cali!!

21 muertos - Antecedentes de la tragedia - La casa liberal fue bloqueada y todas las víctimas cayeron en su interior - Nombres y filiación de los muertos.

(Titulares)

-Noche de terror, de asesinato, de tragedia fue en Cali la del sábado pasado.

Antecedentes: A las 4 de la tarde del sábado fueron fijados en las esquinas de Cali, carteles en los que se invitaba al pueblo liberal de la ciudad a asistir a una concentración en la casa del partido situada en la calle 15, entre carreras 3 y 4. Detrás de los fijadores de los carteles, seguía un jeep, cuyas placas no fueron identificadas y que arrancaban algunos de los carteles. [...] Cohetones de llamada para agrupar a los partidarios en la casa [...] hablarían los representantes Alfredo Jaramillo Uribe y Hernán Isaías Ibarra. [...] Sorpresiva contramanifestación, en la casa conservadora también comenzaban a quemar cohetes para una concentración partidista.

En la casa liberal a las 7 pasadas [...] se iniciaron discursos con una asistencia inferior a la que se concentraba en el sitio [...] por los antecedentes que se venían presentando. [...] Cercada la casa liberal la matanza fue premeditada por los hechos que estamos narrando. Por la carrera segunda entraron las gentes armadas, también

por la carrera cuarta, cerrando toda salida y de repeso desde un edificio que queda sobre la carrera tercera y que da con ventanas a la casa liberal, se vieron numerosos enmascarados y francotiradores embozados que, con armas de largo alcance, disparaban contra las gentes indefensas que se encontraban dentro de ese destartado edificio. Y fue precisamente desde la casa que mencionamos, desde donde alcanzaron a herir gravemente a una mujer de nombre Clemencia Benavides de Ceballos, que se encontraba refugiada en ese sitio, lo mismo que a su hijita de 5 años de nombre Martha Cecilia Ceballos a quien le volaron prácticamente las piernitas [...]

Los dos grupos de tiradores se cerraron sobre la casa liberal, tanto los que venían de la carrera tercera, como los que entraban por la carrera cuarta, hicieron su aparatosa entrada a la Casa Liberal. Fue entonces cuando se vieron escenas de terror. Los agresores disparaban al bulto y caían como mieses las víctimas inermes.

[...] [En] la espantosa masacre los atacantes armados con gases y revólveres, fusiles y pistolas, disparaban sobre las gentes que apenas levantaban las manos al cielo e imploraban clemencia, frases de perdónennos por el amor de Dios salían de los grupos agredidos. Déjennos salir que nosotros no votamos por el partido liberal si eso es lo que quieren.

[...] La mayoría de los heridos coinciden en afirmar que los atacantes eran detectives y policías uniformados”¹⁶⁰

Es importante mencionar, según la información brindada por el periódico y los sucesos mencionados, que la masacre de Ceilán ocurre apenas unos días después de la masacre en la

¹⁶⁰ *El Relator*, (Cali) No. 9925 lunes 24 de octubre de 1949.

Casa Liberal, exactamente el 27 de octubre, apareciendo en portada la noticia el día después, con el titular “Ceilán fue atacada y destruida ayer por unos trescientos forajidos”¹⁶¹, lo que demuestra que Daniel Caicedo, ubica cronológicamente los acontecimientos de manera distinta a como éstos realmente sucedieron.¹⁶²

La narración de Caicedo culmina con la muerte de la esposa de Antonio, Marcela, producto de la balacera en la Casa Liberal.¹⁶³ Antonio logra escapar en compañía de Cristal, no sin antes haber sido torturado, castrado y tirado amarrado al río Cauca, donde es rescatado por un pescador de la zona. Antonio se vuelve entonces guerrillero, matando a algunos de sus antiguos perseguidores y jurando cobrar venganza por su familia perdida y por los vejámenes en su contra. Andrés Castro, un liberal rico de Cali, también ayudará a Antonio, esta vez para escapar a los Llanos Orientales, donde por aquellos días se concentraban las fuerzas contrarias al poder conservador. Allí sería traicionado por un antiguo conocido suyo, Pedro Machado, quien lo mata a balazos, en el camino hacia los Llanos.¹⁶⁴

¹⁶¹ Véase: *El Relator* (Cali) No 9929 Cali, viernes 28 de octubre de 1949.

¹⁶² *El Tiempo*, octubre 23 y 24 de 1949, reportó 24 muertos y 70 heridos. *El Espectador*, octubre 24 de 1949, reporta lo mismo con sólo el nombre de 15 muertos. Por la confusión que la matanza generó en el Hospital San Juan de Dios, es claro que los despachos de los corresponsales no son confiables al ciento por ciento.

¹⁶³ “Aunque es siempre arriesgado afirmar que un suceso ocurre por primera vez [...] en este caso todo indica que la matanza de la Casa Liberal ha sido, durante el siglo XX, la más sangrienta matanza de tipo político ocurrida en casco urbano de Cali. Por el número de muertos y heridos, fue una tragedia no superada”. Citado en: Alberto Donadío y Silvia Galvis, *El jefe supremo. Rojas Pinilla en La Violencia y en el poder* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2002) 147-148.

¹⁶⁴ Caicedo 84.

Puede afirmarse entonces, a modo de conclusión sobre esta novela, y como también lo señalan los investigadores sociales y literarios sobre la misma¹⁶⁵, que la caracterización de los personajes que la protagonizan es uno de los puntos más flojos de toda la obra. Pues el carácter realista y testimonial no siempre está bien descrito y estructurado. No obstante, le sirve al autor para demostrar sus tesis sociológicas e históricas, así no dé cuenta de la real complejidad de la experiencia humana y social de la Violencia. Se presenta de ese modo una dicotomía moral simplista: los buenos son las víctimas que mueren inocentes, generalmente por ser acusados de pertenecer al partido liberal, en tanto que los malos son los victimarios, inscritos en el partido conservador, la Iglesia católica y el respaldo de las altas esferas locales y de la capital de la República.

En otro ámbito, se muestra una novela rica en testimonios, una especie de catálogo que presenta nutridas y diversas formas de tortura, violación y muerte. Abundancia en detalles espeluznantes referentes a acuchillamientos, cegamientos, calcinamientos, fracturas de diverso tipo, arrastre de personas atadas a vehículos motorizados como tortura, muerte por sumersión, por hacinamiento, despeñamiento, masacres por la vía del machete mediante la extracción de entrañas con el objetivo de demostrar su valor. También señala la novela empalamiento, amputación, lanzamiento al vacío, flagelación, genuflexión, desarticulación de miembros, consumo obligatorio de excrementos, corte de orejas, descuartizamiento,

¹⁶⁵ Para estudios críticos sobre la misma, véase: Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, *La novela de la violencia en Colombia: viento seco de Daniel Caicedo una lectura crítica* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 1980), Álvaro Pineda Botero, *Juicios de residencia: la novela colombiana 1934-1985* (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT 2001) Yamid Galindo Cardona, “El martirio agiganta a los hombres. Tres perspectivas artísticas de la violencia en el Valle del Cauca”, *Historia y Espacio* (Cali. No. 29, Julio-diciembre 2007) 131-152.

prácticas de tiro al blanco, vampirismo, satanismo y antropofagia. Muchos de estos mismos hechos tienen como antecedente largas torturas y actos sexuales violentos, que se llevan a cabo de manera indiscriminada: emasculamiento, actos fálico-orales y anales, violación individual o colectiva de mujeres y niños, violación y asesinato de mujeres embarazadas.¹⁶⁶

Viento seco constituye entonces un libro-testimonio de indudable valor histórico y sociológico, pues múltiples episodios de la historia nacional, habrían quedado relegados al olvido, si no se hubiesen pormenorizado en una novela. Referencia obligada, quíerese o no para todo aquel que quiera acercarse a descripciones gráficas sobre la Violencia en Colombia, sin duda viscerales y descarnadas, pero realistas. Sin embargo y a pesar de su importancia en este sentido, en la novela también se resalta “su poca elaboración literaria desde el punto de vista de la estructura del relato, la caracterización de los personajes, la limitación temática debida a la manipulación ideológica del autor y la falta de creatividad en el lenguaje con los consecuentes desajustes en el estilo y tono de la narración”.¹⁶⁷ Esto, entendido en que el escritor es médico de profesión, y su relato se quiera inclinar más en relatar los hechos, a un ejercicio propiamente literario o histórico.

¹⁶⁶ Álvaro Pineda Botero, *Juicios de residencia: la novela colombiana 1934-1985* (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2001) 123.

¹⁶⁷Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, *La novela de la violencia en Colombia: viento seco de Daniel Caicedo una lectura crítica* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 1980) 112.

4.4: Hernando Téllez, “Cenizas para el viento”. Una mirada crítica y humana a la violencia política bipartidista

Hernando Téllez Sierra (1908-1966), nació en Bogotá, y comenzó como muchos de sus contemporáneos de “Los Nuevos” (Alberto Lleras Camargo, Jorge Zalamea¹⁶⁸, Luis Tejada o Baldomero Sanín Cano) como columnista, en colaboración con el historiador e intelectual Germán Arciniegas en la revista *Universidad*. Luego, trabajó con Eduardo Santos en *El Tiempo*, como subdirector de *El Liberal* y como director de la revista *Semana*. Desde este último espacio periodístico y editorial, comenzaría así mismo a alternar el trabajo intelectual con los deberes diplomáticos: cónsul en Marsella y luego senador de la República.¹⁶⁹

Destacada figura de la intelectualidad del momento, Téllez centró parte de sus escritos a analizar el fenómeno de la Violencia, que, para él, era el principal problema de Colombia y causa central de los fenómenos que sucedían en ese entonces. Así, Téllez “Llegó a ser emisario estratégico de una incipiente crítica de la Violencia, brazo vertiginoso de la modernización y del progreso en el país; hizo entender cómo el fiero recrudescimiento de las contiendas ideológicas, dicromáticas y bipolares de la historia nacional abría surcos de errores y vagas repeticiones que se podían abordar desde la misma literatura.”¹⁷⁰ Esto, se relaciona de manera directa, con la relación Literatura e Historia, en la medida en que la

¹⁶⁸ Jorge Zalamea Borda, se refería a los “Pájaros” como los “policías celestiales”. Citado en: Senado de la República, *Comisión Instructora. El Proceso contra Gustavo Rojas Pinilla ante el Congreso de Colombia* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1960, Vol 3) 530.

¹⁶⁹ Gustavo Cobo Borda, Prólogo. En: Hernando Téllez, *Cenizas para el viento y otras historias* (Bogotá: El Áncora Editores, 1984) 1-10.

¹⁷⁰ Lina Alonso Carrillo, “En las huestes invisibles de Hernando Téllez”, *Razón pública*. <http://razonpublica.com/index.php/cultura/7861-en-las-huestes-invisibles-de-hernando-t%C3%A9lez.html> (03/02/2017)

literatura, se reconoce como el producto de una sociedad, que expresa lo que en un momento dado ocurre y se generaliza. Aporta ideas, sentimientos y un acercamiento a las mentalidades, deseos, aspiraciones de una época determinada, que en muchos casos no es tenida en cuenta por el discurso oficialista. La Literatura, es pues, bastión cultural bajo el cual una sociedad se reconoce, se hace emotiva y expresa continuidades.¹⁷¹

En el caso de Téllez, en efecto, La literatura, era refugio para el poeta, y respecto a su país natal era, como él mismo lo indicaría, un constante “nadar contra la corriente”.¹⁷²

Cenizas para el viento, se publicó inicialmente en 1950. Fue un relato que ya para entonces empezaba a registrar los excesos de una guerra abierta que se padecía en el país. Aquel relato usó la voz omnipotente del tercer narrador, para retratar no sólo la violencia política, sino también las disyuntivas que mantenían en vilo a toda la población. De esa manera, los personajes del libro se caracterizan por una psicología profunda en medio del caos y el remordimiento, destacando la confusión como factor fundamental en el contexto de tomar acción frente a las condiciones sociales o, simplemente, frente a una contraposición política que defenderá las banderas del partido contrario.

¹⁷¹ Al respecto, véase el análisis para la literatura colombiana y su contribución a la historia: Alfredo Laverde Ospina, *Tradiciones y configuraciones discursivas: historia crítica de la literatura colombiana: elementos para la discusión* (Medellín: La Carreta Literaria, 2010)

¹⁷² Para un análisis a fondo del autor en cuestión, así como sobre el ambiente social, político e intelectual de la Bogotá de mediados del siglo XX, remítase a: David Felipe Sánchez, “Hernando Téllez: cuentos en un pueblo feo, católico y sentimental”. *Sombra larga*. <http://www.sombralarga.com/articulo.php?numeroArt=4&articulo=30> (23/03/2017)

A manera de cuentos cortos, Téllez en su libro relata la condición humana en un ambiente predispuesto para la guerra y el odio. Cada historia se constituye como una micro realidad cotidiana del territorio colombiano. A través de la sangre derramada, el conflicto y el rencor, el autor logra universalizar la situación colombiana al punto de reconocer que, si bien el país es violento, la violencia constituye una particularidad de la naturaleza del hombre deshumanizado.

Respecto a la narrativa de Téllez, cabe anotar que se asemeja a una clara y fehaciente preocupación por el lenguaje, es decir, por la forma, a la vez que por realizar una radiografía precisa del conflicto. Es por esto por lo que puede decirse que el autor escribe su obra de una forma poco aprehensiva, sin demostrar limitaciones frente a las monstruosidades ejecutadas por sus personajes, y evitando al máximo tomar un partido o pronunciar el más mínimo juicio moral. Por el contrario, las historias que narra pretenden una especie de neutralidad inteligente, que se consume al azar de las atrocidades. Téllez no denuncia ni acusa, como sí lo hace Daniel Caicedo en *Viento seco*. Téllez se mantiene al margen, y simplemente retrata el horror. De igual manera, no hay culpables manifiestos o latentes en su obra más allá del propio ser humano. Es el lector quien debe reaccionar frente a cada uno de sus relatos y dar cuenta de los desgarramientos morales propuestos por el autor, algo similar a la manera en que Arturo Álope interactúa con el lector.

En el primero de los cuentos de Téllez, que da título a su libro, una familia se niega a abandonar su rancho y por tanto es incinerada dentro de este, sin importar su condición ni el

número de integrantes de dicha familia. En el cuento, “Lección de domingo” –uno de los mejor logrados por el ritmo de sus diálogos– un matón cuida a los niños de la escuela y bromea con ellos mientras sus secuaces violan a la maestra en una habitación contigua al salón de clases. De nuevo, hay una continuidad que muestra este tipo de sucesos, como narra Cristal, uno de los personajes de *Viento seco*, quien también fuera maestra y así mismo abusada sexualmente.¹⁷³ No obstante, más allá de las escenas explícitas del conflicto armado, hay relatos que muestran la violencia sexual, social e intrafamiliar, en el sentido nutricio de estos factores a la violencia política. En relatos como “Libertad incondicional”, por ejemplo, Téllez habla de “la tradición de golpear a la mujer, inclusive de odiarla aún en el momento de poseerla”¹⁷⁴. En el cuento “Rosario dijo que sí”, la protagonista era, en cierta manera, implacable. A los 17 años hubiera querido ser ya esposa, madre y probablemente viuda”.¹⁷⁵ En el relato “Un corazón fiel”, la esposa de un escritor famoso termina justificando la infidelidad de su marido como un acto heroico por guardar una convención social, acto común en la época y aún en el presente. “Victoria al atardecer” describe la vida de un francés exiliado durante la Segunda Guerra Mundial, que se ve obligado a trabajar con un alemán y percibe a Colombia como un “territorio ocupado”.¹⁷⁶ Así pues, *Cenizas para el viento* parece un catálogo de las formas de la violencia comunes durante la época, y lo que lo hace tan

¹⁷³ Hernando Téllez, *Cenizas para el viento y otras historias* (Bogotá: El Áncora Editores, 1984) 22.

¹⁷⁴ Téllez 56.

¹⁷⁵ Téllez 104.

¹⁷⁶ Varios relatos dejan reflejada la tensión latente que se vivía en el país, incluso desde antes de “El Bogotazo.” Militares, policías y sujetos armados por el Gobierno, se tomaban las calles en pos de mantener el orden y el poder. Al respecto, Ernesto Che Guevara diría en su visita al país: “Este país [Colombia] es el que tiene más suprimidas las garantías individuales de todos los que hemos recorrido, la policía patrulla las calles con fusil al hombro y exigen a cada rato el pasaporte, que no falta quien lo lea al revés, es un clima tenso que hace adivinar una revuelta dentro de poco tiempo. Ernesto Guevara, *Diarios de motocicleta: notas de un viaje por América Latina* (Buenos Aires: Planeta, 2004) 231.

significativo como libro es la manera en que la narrativa de Téllez sugiere que el autor no se propuso escribir un libro así, sino que simplemente no pudo evitarlo.

En el cuento “Espuma y nada más”, el primer relato de este libro, un barbero se encuentra frente a frente con un reconocido líder político del Partido Conservador. El barbero, liberal, se debate entre degollar o no al hombre. No obstante, salen a flote los miedos y rencores, que el barbero es incapaz de ejecutar y que hacen que el sujeto conservador se ría en sus narices, mientras destaca la cobardía de los liberales rebeldes. Por otra parte, en el cuento “El regalo”, un niño campesino corre por los caminos empedrados de su sector rural. Se dirige hacia el pueblo para visitar a su padre, un preso político. El niño corre, y Téllez usa su pluma de la manera más sutil y precisa. Al llegar al pueblo, el infante es emboscado por un grupo de militares dedicado a resguardar la plaza principal del pueblo y es en este lugar, donde luego de advertirle de que no estaba permitido el paso, lo asesinan con varios disparos de fusil.¹⁷⁷ Historia tristemente repetida en las anteriores novelas analizadas, que muestra una continuidad en la saña ejercida contra los pequeños, los débiles, los inermes, así como contra las mujeres.

Hernando Téllez, sin embargo, no restringe la voz de los directamente afectados por la violencia. Cuentos como “Cenizas para el viento”, “Lección de domingo” y “Sangre en los Jazmines”, permiten ver la espesura del drama que experimentaron las víctimas de la Violencia. Permiten, además, que el lector se aproxime a sus padecimientos, sin velos y sin

¹⁷⁷ Téllez 78.

exageraciones ideológicas o estilísticas. Esto sucede mientras que otros relatos del mismo libro hablan, simultáneamente, de la “maldad” intrínseca del ser humano. Téllez no esencializa la bondad en una clase social, o en determinado grupo de víctimas, o en un grupo coetáneo específico, etc. Sus víctimas tienen la voz que él recobra para ellas, por su naturaleza de víctimas, y no por su condición de “buenas” o “malas”.

El trozo de mundo que encerraba en cada uno de sus escritos es la muestra de que Téllez produjo una escritura que no se contentaba con encerrar una cuantiosa suma de nombres y obras literarias, a modo de desabrido recuerdo erudito, sino en calidad de intachables testigos del continuo derrumbe al que se sometía la estructura de su país y del mundo. Surge como una de las obras fundamentales a la hora de aproximarse a la violencia bipartidista en Colombia, y de comprender panorámicamente su simbología y su ambiente.

CONSIDERACIONES FINALES

La literatura de la Violencia en Colombia ha sido amplia y sus temas y ejes de estudio han sido diversos. Presentan una visión de la vida cotidiana durante el conflicto entre facciones del liberalismo y el conservatismo, así como el papel representado por múltiples grupos sociales para el período en cuestión.

Las novelas sobre los grandes sucesos y protagonistas de la Violencia en Colombia cuestionan el discurso producido por las instancias del poder, así, como las acciones llevadas a cabo en pos de promover, de la manera que fuere, ideologías partidistas. Se cuestionan también, sobre la complicidad existente entre entes del gobierno y grupos armados de índole privada, que promovían matanzas para imponer su orden y su ley. Algunos relatos evidencian un énfasis testimonial, y narran de manera vívida las masacres y vejámenes cometidos.

La irrupción de grupos promovidos por el Estado, como lo fueron los “Pájaros”, deja al descubierto el interés latente por conservatizar todas las regiones posibles, con el fin de ampliar el poder e influencia gubernamental sobre dichas regiones, a la par de tomar el botín correspondiente; como se mostró en el presente estudio, dicho botín, podía abarcar desde un radio, o una gallina, hasta amedrentar a la gente para que dejaran sus propiedades, y posteriormente expropiarlas.

Hechos de la más diversa índole, como la violencia sexual, la antropofagia, amputaciones, torturas y un sinnúmero de descripciones macabras que no quedaron registradas por el discurso oficial y que son ampliamente retratadas por la literatura que frontalmente establece la correspondiente denuncia de ambos lados implicados.

La caracterización de los “Pájaros” en el marco de la historia de la Violencia en Colombia, retoma en las presentes páginas una tesis de Eric Hobsbawm, quien afirmó que el accionar de los “Pájaros” se destacó por el rasgo particular de ser motorizado y semi-urbano. Sus orígenes fueron urbanos, pero no permanecieron en las ciudades, gracias a que el transporte motorizado, les permitió acceder a entornos rurales, en los que cometieron todo tipo de atrocidades.¹⁷⁸

Aspecto importante, fue su manera de actuar, amparada muchas veces por las instituciones del momento, tanto Policía, como Ejército. Además, los “Pájaros” actuaron movidos por intereses políticos y en algunos casos económicos, llevando a cabo masacres indiscriminadas, como la de la Casa Liberal en Cali en 1949; en la que los sobrevivientes afirman que quienes les dispararon fueron entes del gobierno, tanto de la Policía, como del Ejército.

La persecución y la impunidad ante dichas circunstancias, se muestra pues como una forma atroz de la más descarada e insana relación entre los entes del gobierno nacional, y los

¹⁷⁸ Eric J. Hobsbawm. “La anatomía de “La Violencia” en Colombia”, *Once ensayos sobre la violencia* (Bogotá: Cerec, 1985) 14-17.

intereses del partido conservador, que luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, armaron una estratagema para mantenerse en el poder, y así mismo posibilitar su supervivencia.

Los “Pájaros”, si bien tuvieron su aparición en el Valle del Cauca, lograron desplazarse de sur a norte hacia otros departamentos, favoreciendo a terratenientes y hacendados que se enfrentaron al creciente movimiento campesino. Posteriormente, con el boom de las mafias de la marihuana y la cocaína en los años setenta, la modalidad “pajaril” fue “redescubierta” y “revitalizada” en Antioquia y el Valle. Puede afirmarse que una parte del paramilitarismo y sicariato que han aquejado a Colombia durante las últimas 3 décadas, se levantaron sobre los restos de la violencia generada en la década de 1950 y sus continuidades, pues irrumpieron (al igual que sus antecesores de los años cincuenta), como grupos de matones “politizados” y “motorizados”, que actuaron siempre amparados por la mirada condescendiente del régimen imperante.

La relación entre literatura e historia permite entonces mostrar una parte de relatos y testimonios que no se ven fidedignamente documentados, por los estudios históricos y sociológicos, dado el miedo que implicaba reconocer para muchas víctimas, que los asesinatos ocurridos fueron hechos con complacencia del gobierno de turno. La literatura, muestra esa parte sensible que no aparece en la prensa. Los relatos, subsanan parcialmente una omisión de naturaleza psicológica como una narración de lo que fue, de los actores, de las víctimas y victimarios, muchos caídos en el olvido. A su vez, aporta una versión que compromete los discursos del poder, que cuestiona el orden, el *statu quo* y, sobre todo,

propone una literatura que cuestiona la crueldad existente en una parte de la psique colombiana, que pretendió desaparecer mediante la saña con que se actuó, a todo aquel que no fuera simpatizante a determinada ideología.

Tal como afirma el historiador Roger Chartier: “La relación del texto con la realidad (que tal vez podamos definir como aquello que el texto mismo plantea como real, al construirlo en un referente fuera de sí mismo) se construye según modelos discursivos y divisiones intelectuales propias a cada situación de escritura”.¹⁷⁹

Por medio de esta investigación, se observa cómo las narraciones literarias producidas durante una época específica se alzan como un documento complementario e importante que permite el fortalecimiento del conocimiento histórico. Del mismo modo, se advierte cómo la literatura arroja nuevas miradas y perspectivas sobre determinados procesos sociales, permitiendo su mejor conocimiento de una manera más amplia y descriptiva. De igual modo, se establecen las marcadas diferencias entre el discurso histórico y el literario, entendiendo esto como una correlación de fuentes de época (prensa) y la descripción de los hechos realizadas desde la academia y las artes; esto con el fin de tener una perspectiva amplia, que permite contrarrestar las fuentes y señalar en qué puntos, se distancian, o en el caso contrario, se unen o complementan.

¹⁷⁹ Roger Chartier, *El mundo como representación* (Barcelona: Gedisa, 1992) 61.

Fuentes y bibliografía

Fuentes primarias

Archivo del Departamento de Microfilmación y Conservación de Documentos de la Universidad de Antioquia.

Prensa

Diario Clarín. Bogotá. 1950.

Diario del Pacífico. Cali, 1949.

Diario El Caleño. Cali, 1976

Diario Occidente. Cali, 1975.

Editorial del Nuevo Día, Cali, 1943.

El Espectador. Bogotá, 1949-1955.

El Relator. Cali, 1949-1960.

El Tiempo. Bogotá. 1949-1957

Revistas

Revista Fuerzas de Policía de Colombia. 1957.

Revista Semana. 1947-2013.

Revista Mito 1955-1962.

Crónicas, obras literarias, memorias y testimonios

ANÓNIMO. *Sangre y fraude, testimonio de la tragedia boyacense*. Bogotá: Kelly, 1949. 150 p.

ÁLAPE, Arturo. *Noche de Pájaros*. Bogotá: Planeta, 1984. 103 p.

ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo. *Cóndores no entierran todos los días*. Bogotá: Oveja Negra. 1986. 179 p.

CAICEDO, Daniel. *Viento seco*. Medellín: Nuestra América, 1954. 184 p.

TÉLLEZ, Hernando. *Cenizas para el viento y otras historias*. Bogotá: El Áncora Editores, 1984. 139 p.

Fuentes documentales

SENADO DE LA REPÚBLICA. Comisión Instructora. *El Proceso contra Gustavo Rojas Pinilla ante el Congreso de Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1960. III Vol.

COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE COLOMBIA. *Treinta años de lucha del Partido Comunista de Colombia*. Bogotá: Editorial Los Comuneros, 1960. 168 p.

Fuentes secundarias

Libros

ÁLAPE, Arturo. *El Bogotazo: Memorias del olvido*. Bogotá: Círculo de Lectores. 1987. 653 p.

ARANGO RESTREPO, Mariano. *El café en Colombia: 1930-1958: producción, circulación y política*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982. 300 p.

ARISTÓTELES. *Poética*. Madrid: Editorial Gredos, 1992. 542 p.

BARTHES, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós, 1987. 357 p.

BEDOYA, Luis Iván. ESCOBAR, Augusto. *La novela de la violencia en Colombia. La mala hora de Gabriel García Márquez: Ficción y realidad*. Medellín: Hombre Nuevo, 1980. 197 p.

BEDOYA, Luis Iván; ESCOBAR, Augusto. *La novela de la violencia en Colombia: viento seco de Daniel Caicedo una lectura crítica*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 1980. 124 p.

BETANCOURT ECHEVERRY, Darío. GARCÍA, Martha. *Contrabandistas, Marimberos y Mafiosos. Historia Social de la Mafia Colombiana (1965-1992)*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994. 318 p.

- BETANCOURT ECHEVERRY, Darío. GARCÍA, Martha. *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la Violencia en el occidente colombiano*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990. 217 p.
- BETANCOURT ECHEVERRY, Darío. *Mediadores, rebuscadores, traquetos y narcos. Valle del Cauca, (1890-1997)*. Bogotá: Ediciones Antropos, 1998. 189 p.
- BRAUN, Herbert. *Mataron a Gaitán*. Bogotá: Penguin Random House. 2013. 460 p.
- BUITRAGO OROZCO, César Augusto. *Arturo Álape, creación por medio del diálogo en la novela sangre ajena*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira. Facultad de Ciencias de la Educación, 2010. 312 p.
- CABALLERO CALDERÓN, Eduardo. *Siervo sin tierra*. Bogotá: Oveja Negra. 1986. 167 p.
- CASTAÑEDA HERNÁNDEZ, Jaime. *El lado b de la historia. Un caso de violencia política en el corregimiento de Arauca, Caldas Colombia, el 29 y 30 de octubre de 1949*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y ciencias de la educación maestría en Historia y Memoria. 2016. 133 p.
- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa, 1992. 276 p.
- DE CERTEAU, Michel. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1999. 334 p.
- DELGADO M, Jhony. *Como el ave fénix. La Violencia política colombiana 1946-1966*. Bogotá: Allahu Akbar, 2014. 308 p.
- DELGADO M, Johnny. *El bandolerismo en el Valle del Cauca 1946-1966*. Cali: Secretaria de Cultura del Valle del Cauca, 2011. 223 p.
- DONADIO, Alberto; GALVIS, Silvia. *El jefe supremo. Rojas Pinilla en La Violencia y en el poder*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2002. 567 p.
- FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. 23 ed. Medellín: Siglo XXI Editores, 2007. 355 p.
- FRANCO DUQUE, Omar. *Carta suicida de Tuluá*. Bogotá: Feriva, 2014. 169 p.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El general en su laberinto*. Bogotá: Editorial Norma, 1996. 285 p.
- GUEVARA, Ernesto. *Diarios de motocicleta: notas de un viaje por América Latina*. Buenos Aires: Planeta, 2004. 231 p.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. *Heterodoxias*. Bogotá: Taurus, 2004. 373 p.
- GUZMÁN CAMPOS, Germán, FALS BORDA, Orlando, UMAÑA LUNA, Eduardo. *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Bogotá: Círculo de lectores, 1988. 2 vol.

- HENDERSON, James D. *Cuando Colombia se desangró: un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia*. Bogotá: Áncora Editores, 1984. 349 p.
- HENDERSON, James D. *Víctima de la Globalización: La historia de cómo el narcotráfico destruyó la paz en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre. 2012. 382 p.
- HOBSBAWM, Eric John. *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: Cerec, 1985. 409 p.
- HOBSBAWM, Eric. *Bandidos*. Barcelona: Editorial Crítica, 2001. 240 p.
- JABLONKA, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2016. 348 p.
- KALMANOVITZ, Salomón. *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994. 576 p.
- KALMANOVITZ, Salomón. *El desarrollo de la agricultura en Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982. 360 p.
- KALMANOVITZ, Salomón. LÓPEZ ENCISO, Enrique. *La agricultura colombiana en el siglo XX*. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2006. 433 p.
- LAVERDE OSPINA, Alfredo. *Tradiciones y configuraciones discursivas: historia crítica de la literatura colombiana: elementos para la discusión*. Medellín: La Carreta Literaria, 2010. 234 p.
- LEE FLUHARTY, Vernon. *La danza de los millones. Régimen militar y revolución social en Colombia (1930-1956)*. Bogotá: El Áncora Editores, 1981. 372 p.
- LOZANO, Jorge. *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Universidad, 1994. 223 p.
- MARX, Karl. ENGELS, Friedrich. *Anti-Dübring*. Barcelona: Crítica Grijalbo, 1977. 196 p.
- MOLANO, Alfredo. *Los años del Tropol*. Bogotá: El Áncora Editores, 2000. 242 p.
- MONTOYA, Mauricio A; ARBOLEDA, John F; VALENCIA, Leidy K; SERRANO, Juan M; GÓMEZ, Carlos A. *100 preguntas y respuestas para comprender el conflicto colombiano*. Tomo I. Colombia: Impresos múltiples Ltda. 2017. 298 p.
- MONTOYA, Pablo. *Tríptico de la infamia*. Bogotá: Penguin Random House, 2014. 305 p.
- MORALES PRADILLA, Prospero. *Los chulavitas y otros relatos*. Bogotá: Seix Barral, 1997. 270 p.
- OSORIO LIZARAZO, J A. *El día del odio*. Bogotá: El Áncora Editores. 1998. 239 p.
- PARSONS, James. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Bogotá: Banco de la Republica, 1961. 344 p.
- PAZ, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. 3 ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1983. 673 p.

- PINEDA BOTERO, Álvaro. *Juicios de residencia: la novela colombiana 1934-1985*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2001. 288 p.
- RAMA, Ángel. *La novela en América Latina, panoramas 1920-1980*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982. 520 p.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010. 673 p.
- RUSELL W, Ramsey. *Guerrilleros y soldados*. Bogotá: Tercer Mundo, 2000. 352 p.
- SÁENZ ROVNER, Eduardo. *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*. Bogotá: UNAL, 2002. 265 p.
- SÁNCHEZ, Gonzalo; MEERTENS, Donny. *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores, 1983. 255 p.
- SARTRE, Jean Paul. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Editorial Losada S.A, 1950. 262 p.
- SILVA, Renán. *Territorios, regiones, sociedades*. Bogotá: CEREC, Depto de Ciencias Sociales. Univalle, 1994. 246 p.
- SUÁREZ RONDÓN, Gerardo. *La novela sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Luis F. Serrano A, 1966. 153 p.
- TIRADO MEJÍA, Álvaro. *Nueva historia de Colombia: era republicana*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1989. 359 p.
- TODOROV, Tzvetan. *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* Barcelona: Arcadia, 2009. 48 p.
- TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. *La historia al final del milenio: Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Bogotá: UNAL, 1994. 2 vol.
- VILLAR, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Editorial Crítica, 1999. 315 p.
- WHITE, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós, 2003. 252 p.
- WILLIAMS, Raymond L. *Novela y poder en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991. 273 p.

Artículos

ABEL, Christopher. "Política, militares y policía, 1928-1953". *Política, Iglesia y partidos en Colombia, 1885-1953*. Bogotá, FAES/ Universidad Nacional de Colombia, 1987. pp. 229-264.

BETANCOURT ECHEVERRY, Darío. "Las cuadrillas bandoleras del norte del Valle, en la violencia de los años cincuentas." *Historia Crítica*. No. 4, 1990. Universidad Pedagógica Nacional. 65 p.

CARRILLO, Lina Alonso. "En las huestes invisibles de Hernando Téllez". *Razón pública* <http://razonpublica.com/index.php/cultura/7861-en-las-huestes-invisibles-de-hernando-t%C3%A9llez.html>

GALINDO CARDONA, Yamid. "El martirio agiganta a los hombres. Tres perspectivas artísticas de la violencia en el Valle del Cauca." *Historia y Espacio*. Cali. No. 29, Julio-diciembre 2007. p. 131-152.

GIRALDO, Juan David. "Miguel Ángel Builes". *Biografías Biblioteca Virtual del Banco de la República*. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/builmigu.htm>

GÓMEZ L, Augusto J. "Los pájaros, los sicarios y los paramilitares: ¿Los grupos de justicia privada o la privatización de la violencia oficial?" *Universitas Humanistica*. 94-107.2004. Universidad Javeriana. p. 94-107.

GULLÓN, Germán. "El discurso histórico y la narración novelesca: (Juan Benet)" *Universiteit van Amsterdam*. 2002. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-discurso-historico-y-la-narracin-novelesca---juan-benet-0/html/01664448-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html#PagFin

IBARRA, Ana Carolina. "Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia. Discusiones recientes." *Instituto de investigaciones históricas UNAM*. 2007. P 2. <http://ignorantisimo.free.fr/CELA/docs/Ana%20Carolina%20Ibarra%20-%20ENTRE%20LA%20HISTORIA%20Y%20LA%20MEMORIA.pdf>

LARREA O, María Isabel. "Historia y literatura en la narrativa hispanoamericana." *Documentos Lingüísticos y Literarios*. 17-19 octubre. 2003-2004, no. 26-27. www.humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/document.php?id=44

LÖWENTHAL, Leo. "Tareas de la sociología de la Literatura" (1948). [Traducción de Juan Guillermo Gómez García]. *Utopía Siglo XXI*, Vol. 1, No. 3, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, enero-junio de 1998.

MONTAUBAN, Michele; MORIMOTO, Lourdes; PIZARRO, Jimena. "Literatura e Historia: Juntas en la formación de mejores seres humanos." *Saberes compartidos Universidad del Pacífico*. 2009. <http://www.saberescompartidos.pe/humanidades/literatura-e-historia-juntas-en-la-formacion-de-mejores-seres-humanos.html>

NIETO, Judith. "Sobre el discurso histórico y el literario." *Anuario de historia regional y de las fronteras*. 2004, no, 1. <http://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/922/1279>

OCAMPO, José Fernando. "A mediados del Siglo XX: La Convulsión política y Subdesarrollo Económico." *Ensayos sobre historia de Colombia*. Diciembre 2008. No. 2. <http://www.moir.org.co/A-mediados-del-Siglo-XX-La.html>

ORREGO, Jaime. "El día señalado de Manuel Mejía Vallejo." *Revista Cronopio*. Febrero 2010, Ed 7. <http://www.revistacronopio.com/?p=1470>

PERDOMO VANEGAS, William Leonardo. "El discurso literario y el discurso histórico en la novela histórica." *Literatura y lingüística*. 2014 no, 30. http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-58112014000200002#n1

PÉREZ SEPÚLVEDA, Yorgy Andrés. "La relación entre la historia y la literatura: (con) fusión para (re) presentar la experiencia (des) humana." *Argos*. 2012, vol.29, n.56. http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-16372012000100004&lng=es&tlng=es.

QUINTERO RESTREPO, León David. "Los pájaros del Valle del Cauca." *Estudios de Derecho*, Vol. LXIV. No 145, junio 2008. Medellín. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Universidad de Antioquia. p. 243-258.

RODRÍGUEZ, Jaime Alejandro. "Pájaros, bandoleros y sicarios. Para una historia de la violencia en la narrativa colombiana." *Revista Universidad Javeriana*. 2012. http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/bibliograf/jar_otroxtxt/pajaro_s/006.html

RODRÍGUEZ, Jaime Alejandro. "Textos sobre la violencia en la narrativa colombiana." *Revista Universidad Javeriana*. 2002, Vol 1. http://cmap.javeriana.edu.co/servlet/SBReadResourceServlet?rid=1274989824676_109430334_1870

SÁNCHEZ, David Felipe. "Hernando Téllez: cuentos en un pueblo feo, católico y sentimental." *Sombra larga*. 2014. <http://www.sombralarga.com/articulo.php?numeroArt=4&articulo=30>

VALENCIA G, Alberto. "El juicio político a Rojas Pinilla en el congreso de la República (1958-1959) y la conspiración contra el Frente Nacional." *Sociedad y Economía: Facultad de Ciencias Sociales y Económicas*. Cali, No. 18, Ene.-Jun. 2010. p. 183-209.

Tesis:

ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, Gustavo. *La novelística de la Violencia en Colombia*. Cali: Universidad del Valle. 1970. 211 p.

GÓMEZ CARDONA, Santiago. *La historia narrada, relatos de la violencia en el Quindío*. Tesis de grado para optar al título de antropología. Medellín: Universidad de Antioquia, 2003. 109 p.